



La esperada
precuela de
LA PORTADORA


DAKATA

Lorraine Cocó

Semillas  Negras

© 2017, DAKATA, Semillas negras
© Lorraine Cocó
© Imágenes originales para la portada
Diseño de portada: Nune Martínez
Corrección: Violeta Triviño
violetamtcorreccion@gmail.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución,
comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse
con
la autorización expresa de los titulares del copyright.

Índice de contenido

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[LA PORTADORA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[Próximas publicaciones](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Estaba tirada en el suelo preguntándose cómo había podido llegar hasta allí. Algunas gotas de sangre caían sobre la lona blanca, tiñéndola de un rojo vivo e intenso. Se limpió la boca con la manga de la camiseta antes de echar un vistazo a su alrededor. Había estado en muchas ocasiones en la zona de combate, pero hasta entonces nunca le había parecido tan fría y aséptica; las paredes eran blancas, la lona que cubría todo el suelo de la sala también lo era, incluso aquella iluminación excesiva y brillante era absolutamente blanca. Todo perfectamente estudiado para hacer resaltar aquellas gotas que resbalaban de sus labios precipitándose contra el suelo mullido.

La sangre debía verse desde cualquier punto de la sala, aquella había sido la premisa a la hora de diseñar el lugar. Las paredes curvas y de cristal permitían presenciar el combate a los miembros de la Colmena que desearan ver cómo se teñía la lona. Tosió, y un par de hilos del caliente y espeso líquido hicieron un extraño dibujo en el suelo. Se colocó a cuatro patas y levantó la cabeza para ver a su rival.

Definitivamente no estaba en uno de sus días más lúcidos. Frente a ella, Anouk la miraba agazapada de puntillas sobre una de las barras de entrenamiento junto a la pared. Parecía un hermoso felino a punto de caer sobre su presa. El cabello rubio y corto le caía en capas de diferente longitud tapando los laterales de su pequeño rostro. Los ojos, de un intenso verde aguamarina, la miraban fría y analíticamente. La vio agacharse un poco más hasta que la cabeza le quedó entre las rodillas, haciendo alarde de su gran flexibilidad.

Sin duda ese era uno de sus talentos naturales, y lo aprovechaba al máximo cuando se enfrentaba en combate. La chica tenía una flexibilidad y agilidad asombrosas, además de la capacidad de levitar durante varios minutos. Su punto fuerte era el ataque aéreo, no dudaba ni un instante en que lo utilizaría con ella ahora que se encontraba tirada en el suelo en posición desaventajada.

En ese momento, Anouk se levantó como una elegante trapecista y caminó con gracia sobre la fina barra. Miraba a su contrincante ladeando exageradamente la cabeza. Evaluaba la situación y su siguiente paso a dar, pero su rostro no mostró emoción alguna; impertérrita y fría.

Mientras, Dakata hacía lo mismo. De ser un combate abierto, su táctica

habría sido bien distinta; su destreza con las armas, especialmente con la espada, le habría dado una ventaja considerable sobre la otra chica. Pero tratándose de un combate por habilidades naturales, sus capacidades en la lucha cuerpo a cuerpo, fuerza y rapidez, eran las armas que la podían hacer destacar sobre ella, y las que debía aprovechar si no quería ser vencida.

Era la tercera vez que se enfrentaba en combate en el último mes, y empezaba a preguntarse en qué se habría descuidado para que el Mando la considerase merecedora de tanta atención y entrenamiento. Aquella frecuencia no era la habitual en la Colmena. Durante todo el año anterior tan solo había tenido que medirse en cinco ocasiones con otros adversarios. Aunque todos aquellos combates habían terminado con el K.O. de su contrincante, se había asegurado de que en cada uno de ellos la diferencia con su rival no fuera demasiado evidente. Pero este era un combate diferente, había sido decretado «combate a muerte» y estos se regían por otras reglas. Las consecuencias las pagarían ambas contrincantes; una perdería la vida, la otra comenzaría a batirse a muerte con mayor frecuencia. Si conseguía sobrevivir sería enviada a formar parte del Ejército Oscuro, el ejército especial a las órdenes del Mando, y abandonaría la Colmena para siempre.

No quería dejar sola a su pequeña Dara y por esa razón, se había asegurado muy bien de no destacar en exceso. Luchaba al límite de lo que se suponía normal para su desarrollo y habilidades. De lo contrario corría el riesgo de tener que abandonar la Colmena. Pero por alguna razón que no llegaba a comprender parecía que sí había llamado la atención. Y ahora estaba allí, en su primer combate a muerte, y no tenía más remedio que luchar o morir.

Aquello fue lo que le pasó a Constantine. La próxima semana haría un año exactamente de su marcha. Un año casi desde la última vez que lo vio caminar por los pasillos que comprendían el complejo al que llamaban la Colmena, el único hogar que conocían.

Constantine era un gran guerrero y sus habilidades en la lucha no tardaron en destacar sobre las de los demás del grupo. Fuerte, extremadamente rápido y con el don de predecir los movimientos de los adversarios jamás había perdido un enfrentamiento, por lo que a los pocos meses de completar el desarrollo de sus habilidades comenzaron a llamarlo para celebrar combates a muerte.

Él nunca quiso que ella presenciara sus combates. Prefería que se quedase en las celdas con Dara y la protegiera de todo aquello que él llamaba «el circo de la sangre». Por esa razón no pudo despedirse, no pudo abrazarlo ni decirle cuánto significaba para ella.

Recordaba cómo su corazón se desbocaba, el estómago se le apiñaba en un puño y la boca se le secaba hasta sentir cuarteársele la lengua cada vez que lo

sabía en la arena, y aquella sensación no cesaba hasta que lo veía atravesar el pasillo de vuelta al cuadrante B donde se encontraban sus celdas. La mañana de su marcha habían estado charlando y bromeando sobre el resto de habitantes de la Colmena y unas horas más tarde desapareció de su vida para siempre.

Los recuerdos de aquel día se amontonaron en sus retinas, llenándolas de imágenes dolorosas que había estado guardando celosamente. Las imágenes pasaron una tras otra como una película, pero a una velocidad vertiginosa. Había conseguido controlarse hasta entonces, dejando solamente que le invadiesen en los momentos en los que disponía de tranquilidad en la intimidad de su celda. Sin embargo, en aquel momento todas estaban allí, vivas, saliendo descontroladas y anulándole el sentido de la vista por completo.

Craso error.

Se había quedado ciega y aquella era la ventaja que esperaba Anouk. Acababa de cometer un fallo de novata; dejar que los sentimientos le nublasen la visión. Una debilidad inherente a su raza y por la que ya había visto morir a varios combatientes. Tardaría unos segundos en recuperar el sentido de la vista y poder contraatacar, pero para entonces su contrincante ya había vuelto a la carga.

Sin saber de dónde vino, un golpe seco en el pecho la hizo caer de espaldas sobre la lona y arrastró su cuerpo varios metros hasta chocar contra una de las frías paredes de cristal de la zona de combate. Sintió cómo las costillas aplastaban sus pulmones impidiéndole llenarlos para respirar. El corazón le latía desbocado mientras la angustia se apoderaba de ella. Intentó incorporarse antes de que Anouk volviese a arremeter, pero la opresión del pecho lo impidió. Entonces le agarró la pierna, y tirando de ella la llevó de nuevo al centro de la sala. La risa sibilante y satisfecha de su contrincante cortó el aire como un bisturí desgarrando la carne humana.

«Dara», pensó. No podía dejarla. ¡No! ese no era el camino. No debía pensar en ella en aquel momento o su visión no regresaría a tiempo de contraatacar. Debía centrarse en el combate. Sobrevivir. Mejor evaluar la situación: la presión sobre los pulmones estaba mermando, lo que indicaba que las costillas estaban volviendo a su sitio gracias a la capacidad regeneradora. La visión, sin embargo, no había mejorado lo suficiente. Tan solo distinguía manchas sin forma, pero no pudo permitirse esperar a la recuperación de la vista para volver al combate. Intentó concentrarse en las pistas que el sentido del oído le ofrecía. Anouk había dejado de reír y comenzaba a entonar una ñoña canción infantil mientras seguía tirando de ella hacia el centro de la lona. «Esta chica está como una cabra —pensó—, ¿quién se pone a cantar en un momento como este?». El sonido de su voz sonaba amortiguado por su cuerpo, que debía estar de

espaldas al de ella. Cuando hubo llegado al lugar en el que la quería dejar, se detuvo. Giró lentamente con la intención de darle su golpe de gracia. Saltaría elevándose para caer con los dos pies sobre su cráneo y aplastarlo sobre la lona. Ya la había visto hacerlo en dos ocasiones.

Era una muerte rápida, tenía que admitirlo, pero no estaba dispuesta a que aquel fuese su final. Antes de que Anouk pudiera coger impulso, la agarró por la pierna haciéndola girar violentamente y caer a su lado en la lona. Una de sus piernas, que la esperaba en el suelo, cayó sobre su muslo y con un movimiento brusco la aplastó con el otro haciendo unas tenazas con ellos. La cabeza de Anouk quedó entre sus piernas, que seguían apretando con fuerza su cuello fino y elegante.

Le agarró la cabeza con ambas manos y rápidamente retorció su cuello hasta sentirlo crujir entre las piernas. La visión se le aclaró en el momento justo de ver cómo los ojos abiertos de Anouk se teñían de pánico ante la clara visión de su inesperado final. Momentos después ya no se podía leer nada más en ellos.

Durante unos segundos, incapaz de reaccionar, dejó la mirada perdida en la de la otra chica. Sus ojos inexpresivos y vidriosos eran el espejo en el que se refleja su atormentada mirada. Acababa de matar a Anouk.

No eran amigas, ni siquiera pertenecían al mismo pasillo de celdas, pero la había visto por el complejo. Solía caminar con la gracia de una gata, a menudo parecía que estaba bailando. Se contoneaba al caminar y solía tararear cancioncillas ridículas mientras entrenaban, como unos minutos antes había hecho en el combate. No sabía si tenía amigos, pues siempre la había visto sola. Recordaba haber llegado a pensar en alguna ocasión que parecía una chica triste.

Tal vez nadie la echase de menos.

Tal vez nadie la mirase con odio por los pasillos culpándola de su muerte, nadie excepto ella misma, que jamás volvería a mirarse al espejo y verse como la misma persona que salió de su celda hacía tan solo una hora.

El sonido estridente de una sirena indicó que debía abandonar la zona de combate. Se levantó y, al hacerlo, la cabeza de Anouk se deslizó por su pierna chocando inerte sobre la lona con un sonido amortiguado y seco. Se dirigió hasta la salida sin mirar atrás.

Se colocó frente a la puerta, también de cristal como el resto del cubículo. Sobre ella, una cámara la observaba. En ese momento el objetivo la enfocaba mejor, intentando escrutar su rostro. Aquellas cámaras estaban por todo el recinto, incluso en las celdas. Era la forma en la que el Mando controlaba cuanto pasaba en la Colmena y localizaba a los insurrectos. Siempre había convivido con ellas y, hasta la fecha, no le habían supuesto un problema, pero exponer su rostro en un momento como aquel le parecía vergonzoso y, sabiendo que muy probablemente

recibiría un castigo por ello, evitó la observación desviando la mirada hasta el suelo. La puerta tardó unos segundos más de lo habitual en abrirse, unos segundos interminables en los que se preguntó cuál sería su sanción, pero finalmente se abrió deslizándose con un silbido.

CAPÍTULO 2

Sentada en la superficie ligeramente acolchada de su camastro, Dakata dejó caer el peso de su cabeza hasta que la barbilla le chocó contra el tórax. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas y a continuación la cabeza sobre las palmas de las manos. De repente parecía que sus pensamientos, oscuros y difusos, habían hecho que fuera imposible mantenerse erguida.

La mala conciencia.

Nunca había oído que pesase la mala conciencia, pero ahí estaba, incapaz de moverse. Incapaz de dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir. Había matado a una chica. Había sido una cuestión de vida o muerte, Anouk o ella, no había nada que pensar. Pero saber que era lo que tenía que hacer no mermaba un ápice el sentimiento sombrío que se había instalado en su pecho. Algo dentro de ella la acusaba con el dedo y le decía que a partir de ese momento su vida no volvería a ser la misma.

A los remordimientos tenía que sumar la preocupación evidente de haber entrado en el circuito de los combates a muerte, y una sensación extraña de que algo no iba bien se apoderó de ella. Aún no podía entender por qué la habían elegido para combatir. Había sido muy cuidadosa, extremadamente cuidadosa. Por nada del mundo pondría en peligro a Dara. Y si ella faltase, si ella se tuviese que marchar, ya nadie la protegería. Ahora no sabía qué iba a hacer. Tenía que sobrevivir a cada uno de los combates a los que iba a ser convocada, pero cada vez que esto sucediese, iba a estar un poco más cerca de abandonar la Colmena, un poco más lejos de Dara, ¿qué iba a ser de ella entonces?

Aquella realidad sí era un peso insoportable que llevar en su corazón. Un peso a sumar al de la ausencia de Constantine.

—¿Cuándo has vuelto? Te estaba esperando en la sala común. Me dijiste que te aguardara allí hasta que regresaras, ¡y no has ido a por mí! —oyó que le decía la voz aún infantil y compungida de Dara junto a la puerta de su celda. Levantó la vista y los ojos de la niña le devolvieron una mirada angustiada. La reconoció al instante, era la misma que le devolvía el espejo cuando esperaban a Constantine.

—Lo siento, cielo —le dijo intentando eliminar al máximo la tensión de su rostro—, necesitaba unos minutos. Iba a cambiarme de ropa y a ir a por ti enseguida —añadió señalando la sangre con la que había manchado la manga de su camiseta blanca.

Blanca también era la indumentaria obligatoria para el combate. Así que

aquellas manchas eran como un enorme cartel de neón, recordándole lo que acababa de ocurrir.

—¡Estás sangrando! ¿Estás herida? —empezó a preguntarle preocupada la niña mientras la inspeccionaba de arriba abajo.

—Estoy bien, en serio, no tienes de qué preocuparte —la tranquilizó incorporándose y mostrándole que no eran más que manchas en la ropa. Al hacerlo percibió un ligero temblor en las pequeñas manos de Dara y sintió la necesidad imperiosa de tranquilizarla. Se agachó frente a ella para que sus rostros quedasen a la misma altura y la abrazó con fuerza. Su cuerpo impúber apenas ocupaba espacio entre sus brazos. Seguía temblando como una hoja. Era tan pequeña e indefensa...

Dara tenía doce años, pero su cuerpo no aparentaba más de ocho. Llevaba con ellos en la Colmena desde que la llevaron con cinco y desde entonces Constantine y ella se habían ocupado de la pequeña, protegiéndola y enseñándola a vivir en un lugar como aquel. Los tres habían formado una pequeña familia. Se querían, protegían y cuidaban. Tenían algo que muy pocos habían llegado a tener en aquel lugar en el que sabías que tarde o temprano tus compañeros se podían convertir en tus verdugos, algo que en parte se había roto con la marcha de Constantine. Ella había doblado desde entonces sus esfuerzos a la hora de dar a Dara todo cuanto necesitara, y pensar que tendría que dejarla sola en aquel lugar le provocaba un dolor insufrible.

La apartó un poco y la miró a los ojos, parcialmente cubiertos por el largo cabello negro azabache que le caía hasta mitad de la espalda. Despejó la frente de su flequillo hasta que sus inmensos ojos rasgados asomaron por completo, llenándole el rostro aniñado y extremadamente pálido.

—No quiero que estés asustada —le dijo en voz baja, pero con toda la firmeza que pudo imprimir a sus palabras—, no me voy a ninguna parte.

—Constantine también dijo que no se marcharía y...

—Yo no me iré. Constantine fue eliminado en aquel combate —dijo apretando los dientes—, pero yo guardo un par de ases bajo la manga —añadió con un guiño al que acompañó con una pequeña sonrisa tranquilizadora—. Nadie conseguirá separarnos, ¿me oyes?

La niña hizo un gesto afirmativo casi imperceptible.

—Nadie —repitió aún con mayor firmeza, y la volvió a abrazar.

Dakata esperó hasta que Dara estuvo totalmente tranquila para volver a su celda aquella noche. Le había hecho una promesa que no sabía cómo cumplir,

pero a la que sin duda no podía fallar. Paseó por la estancia con pasos lentos y cortos. Las celdas no eran más que cubículos de tres por tres. Tres paredes de ladrillo gris y un frontal abierto que por la noche cerraba con otra pared de cristal que salía del techo y bajaba hasta dejar sellada la celda. Todas las celdas eran iguales. El mismo camastro suspendido en la pared, una mesa, una silla, dos estanterías y una taquilla. Todo en gris. No se permitían adornos ni expresiones artísticas en ellas, pues se consideraba que todo aquello que aportase individualismo y carácter a las estancias desviaba la atención de las enseñanzas del Mando. Las celdas debían ser lugares de reflexión y estudio, y debían estar immaculadas, impolutas. En ellas se permitía meditar, hacer ejercicio, la lectura de los libros autorizados y las reuniones de no más de cuatro miembros.

La alarma de inspección comenzó a sonar obligándola a dejar sus cavilaciones. Era uno de los pocos momentos del día en los que podían ver a uno de ellos. A un miembro de la raza superior. Como todos los demás, Dakata se dirigió hasta el límite de su celda y se colocó en posición de formación. Situó los pies en las marcas de posición, las piernas ligeramente abiertas, la espalda recta, las manos agarradas a su espalda y mirada al frente. La pared deslizante comenzó a bajar a pocos centímetros de su rostro y, al llegar al suelo, selló la celda con un chasquido. Permaneció completamente inmóvil. Un repiqueteo de zapatos comenzó a oírse al final del pasillo. Lentos, casi parsimoniosos, los minutos parecían alargarse en esos momentos en los que cualquier error podía costarte la vida. Una a una se iban apagando las luces de las celdas que habían pasado la inspección. La celda de Dara era la anterior a la suya y contuvo la respiración hasta que vio cómo su luz se extinguía.

Llegó su momento, lo primero que vio aparecer fueron los relucientes zapatos negros del «Hombre Tortuga», apodo con el que lo bautizó Constantine para que Dara no le tuviese tanto miedo. Si alguna vez este llegase a averiguar que lo llamaban así, no sabía si morirían antes por llamarlo tortuga u hombre.

El rostro de aquel ser se parecía mucho al del animal que habían visto en las fotografías de uno de los libros de la biblioteca. Completamente calvo, su cabeza estaba cubierta de manchas de distintos tamaños y tonos de marrón. Los ojos pequeños, fríos y oscuros observaban a cada uno de ellos con escrutinio, tan solo transformaba el rictus severo cuando encontraba algo inconveniente en la inspección. Entonces sus labios finos se curvaban en una ligera mueca que dejaba entrever sus colmillos afilados. Lo había visto transfigurarse una vez así y Dakata no quería repetir la experiencia. En aquella ocasión, sus ojos adquirieron una tonalidad carmesí mientras desplegab los colmillos. Apenas tardó unos segundos en desangrar al chico que se había atrevido a dejar una pajarita de papel azul sobre su mesa de estudio. Los recuerdos de aquel momento la pusieron nerviosa,

haciendo que se moviese ligeramente en su sitio. El Hombre Tortuga le prestó entonces toda su atención. Se colocó frente a ella mirándola a los ojos. Los ocupantes de las celdas tenían prohibido mirar directamente a los seres superiores a no ser en aquel momento. Cuando el Hombre Tortuga te miraba directamente debías sostenerle la mirada. Dakata estaba segura de que podía leer el pensamiento, así que contuvo la respiración e intentó dejar su mente en blanco. Una pantalla, una pantalla, se repitió una y otra vez, pero las imágenes de aquel chico inerte y envuelto en sangre en su celda reaparecieron en su mente acabando con sus esfuerzos. Se mordió ligeramente el labio y bajó la mirada temiendo el castigo. Pero lo único que escuchó fue la risa gutural que escapaba de la garganta del Hombre Tortuga mientras continuaba la inspección hacía la siguiente celda.

CAPÍTULO 3

Caminaba siguiendo a Constantine a corta distancia. Su paso era decidido y ágil, no parecía preocupado por el combate al que se enfrentaría en pocos minutos. Ella, sin embargo, intentaba inhalar todo el oxígeno de aquel pasillo y aún sentía que le era insuficiente. Su respiración se hacía cada vez más exigente y precipitada, le sudaban las manos y era incapaz de fijar la vista en cualquier cosa que no fuese Constantine frente a ella, caminando hacia la zona de combate. A pesar de su aparente tranquilidad era apreciable la tensión en sus anchos hombros, como si soportase un gran peso. Cada músculo de su espalda se tensaba bajo la blanca camiseta de combate. Los pantalones del mismo color, aunque algo más anchos, también se ceñían a sus caderas. Lo vio elevar los brazos estirándose, aquel movimiento dejó al aire parte de su musculosa espalda y comenzó a mover la cabeza a un lado y a otro intentando relajar el cuello cuando súbitamente se detuvo girándose frente ella. El movimiento fue tan repentino, que sin darle tiempo a reaccionar chocó contra él torpemente. Constantine la miró con aquellos intensos ojos verdes y le sonrió mientras le tomaba el rostro entre las manos y depositaba un beso dilatado sobre su frente. La huella de aquel beso en su piel ardió como las brasas de una hoguera. Dakata abrió los labios con intención de hablar, pero no pudo articular palabra... Quiso decirle que no se fuera, quiso rogarle que no se marchara, pero los sonidos se ahogaron en su garganta negándose a salir. La desesperación rompió en su rostro con un sinfín de lágrimas impotentes y lo vio marchar. Tan solo cuando lo observó atravesar la puerta de la zona de combate pudo gritar su nombre...

En la celda de Dakata, un ligero zumbido rompió el silencio de la noche. La cámara situada en el centro de la estancia la enfocó sin pudor mientras dormía. El zoom amplió su imagen hasta obtener de ella un primer plano que permitía ver el sudor perlado su frente. El cabello castaño, aunque recogido en una coleta, le cubría parcialmente las mejillas. Los labios carnosos y entreabiertos susurraban incesantemente un nombre.

—Mírala, parece un ángel atormentado, ¿no te parece? —dijo el hombre al otro lado de la cámara sin apartar la vista de ella.

—Los ángeles siempre están atormentados —le replicó el otro hombre con una mueca de asco.

Raynard dejó de mirarla y giró su sillón de cuero para quedar frente a su amigo que en ese momento se servía una copa de sangre de su reserva especial.

—Aún no entiendo cómo bebes esta porquería —le dijo su amigo dando un sorbo a la copa mientras se sentaba en el extremo de uno de los sofás de cuero negro del despacho—. Yo prefiero los envases vivos —añadió riendo—, y aquí tienes una cosecha completa para elegir cuál quieres —indicó a Raynard mientras señalaba la pared de pantallas tras su sillón. En ellas se podían ver las celdas de cada uno de los habitantes de la Colmena—. Incluso podrías alimentarte de la chica —añadió señalando a Dakata.

—¡No seas estúpido! —contestó Raynard molesto con aquella sugerencia. Se giró de nuevo hacia las pantallas y tecleando un par de botones volvió a poner la imagen de Dakata en grande, ocupando todas las pantallas—. La necesitamos. Tal vez sea la única forma de conseguir que él vuelva. Ya lo hemos intentado de otras formas y hemos fracasado —apuntó sin dejar de mirarla—. La chica tiene algo. No me extraña que se fijara en ella, no querrá perderla.

La risa estridente de Kendrick invadió el caro y elegante despacho de Raynard.

—Amigo mío, si no nos conociéramos desde hace más de mil años, juraría que te has vuelto un romántico —dijo sin parar de reír—. Estoy de acuerdo en el hecho de que debemos conseguir que el chico vuelva. Es una pieza clave en nuestros planes. ¿Pero de veras crees que pondrá en peligro a los Guardianes solo por esta chica? Ese hijo tuyo tendría que ser muy estúpido de ser así.

Raynard volvió a fijar su atención en el otro, sentado en su sofá. Efectivamente se conocían desde hacía más de un milenio. Su relación hasta entonces había sufrido sus altibajos. Habían luchado juntos en innumerables batallas, habían visto devastar ciudades, incluso habían participado ambos en la destrucción de alguna. Se habían alimentado juntos, masacrado y aniquilado, visto cómo se transformaba el mundo ante ellos, pero aquellos años no habían pasado por él sin dejar una huella. Había aprendido el valor de pensar fríamente y no dejarse llevar por los instintos más bajos, la sed y la necesidad de destrucción. Tenía planes más elevados, propósitos más importantes. No es que no disfrutase con la idea de destrozarse a todos aquellos «semillas negras» en sus celdas. No tardaría ni cinco minutos. Pero sabía lo que aquellos mestizos representaban. Era más útiles vivos que muertos. A pesar de ser la mayor amenaza para su raza, (razón por la cual se creó la Colmena hacía más de quinientos años), ahora también podían significar el futuro de la misma, y si para eso debía mantener a la mayoría de ellos a salvo, lo haría. Y si tenía que usar a esa chica para hacer que él volviese, lo haría también. Pero para Kendrick las cosas eran bien distintas. Aquel vampiro era impredecible, desafiante, basto, un animal. Por algo era

llamado Kendrick el Loco. Ya era caníbal antes de ser transformado, ya adoraba la sangre y encontraba placer en arrebatar la esencia vital a sus víctimas; una crueldad inherente a su especie, no a la humana. El rostro de Kendrick no era más que una máscara clara de su interior. Todo lleno de marcas. Cuatro cicatrices profundas cruzaban su rostro, desde su boca dos hacia los pómulos y otras dos hacia los laterales de su barbilla. Estas hacían que sus labios se curvasen hacia arriba ligeramente en un rictus diabólico. Kendrick fue transformado cuando ya superaba los cuarenta, por lo que en su escaso pelo seguía peinando canas, no era muy corpulento, pero sí lo bastante alto como para que él, que media más de metro noventa, lo superase en altura por muy poco.

—¿Qué has hecho con la que ha muerto hoy? —le preguntó Kendrick de repente cambiando la dirección de sus pensamientos.

—El Sr. Tian consiguió que su corazón volviese a latir lo suficiente para drenarla antes de enviar su cuerpo a Vlad el Mutilador. Te la estás bebiendo ahora.

Kendrick miró su copa con gesto indolente, antes de sentenciar:

—Pues no vale gran cosa.

—No, no lo valía —repitió Raynard girándose otra vez y centrando su atención en Dakata nuevamente—. Pero algo me dice que su sangre sí merece la pena. Pronto lo sabremos.

CAPÍTULO 4

El Dr. Tian Wu daba vueltas desde hacía horas en la consulta. Había terminado con su trabajo en la Colmena por ese día, pero debía aguardar hasta la hora habitual de salida para no levantar sospechas. Se sentó frente a su escritorio y miró el reloj de pared que coronaba la estantería con los utensilios quirúrgicos. Las manillas del reloj se pavoneaban de su ritmo pausado mientras su corazón desbocado amenazaba con partirle el pecho. El acero del marco brillaba con el reflejo de la única luz que tenía encendida en la habitación, el foco, también de acero, sobre el escritorio. Las agujas marcaban en ese momento las siete menos cinco. Tan solo restaban cinco minutos para salir de allí. Solo cinco minutos para dejar de respirar aquel oxígeno asfixiante.

Llevaba trabajando para el Mando desde hacía siete años y había contabilizado hasta entonces cada minuto de los que había pasado en el interior de aquel recinto. Había visto cosas terribles, cosas que jamás imaginó que verían sus ojos. Cosas que jamás pensó que vería hacer... Pero aquellos seres, los que gobernaban la Colmena, no eran humanos, eran auténticos monstruos. Despiadados y crueles.

Sabía dónde se metía. Había llegado allí con un propósito, pero nunca imaginó cómo de duro le iba a resultar. Tenía una deuda con la Orden de los Guardianes que estaba pagando día a día. La información que brindaba a la Guardia sobre las actividades del Mando habían salvado la vida de algunas personas, y eso era lo que contaba. Se lo repetía día tras día al levantarse y dirigirse desde su pequeño apartamento en Capitol Hill, hasta Twin Falls, donde se encontraban las instalaciones de la Colmena. También lo recordaba cada vez que su vida pendía de un hilo muy fino, justo como en aquel momento.

Vlad el Mutilador acababa de hacer acto de presencia. Cada vez iba hasta allí con mayor frecuencia y eso lo estaba desquiciando, enloqueciendo más bien. Se encontraba frente a un psicópata, y el hecho de que lo visitase tan asiduamente le hacía pensar que este sospechaba de su conexión con la Guardia. Por otro lado, intentaba tranquilizarse pensando que, de tener la más mínima sospecha, estaba seguro de que el Mutilador no dudaría un instante en hacer honor a su nombre y acabar con él antes de que pudiese tragar la saliva que se secaba en su boca al verlo aparecer por allí.

Vlad no solía perder su tiempo en dirigirle la palabra, cosa que agradecía, pues las escasas ocasiones en las que había oído su voz, se le había helado la

sangre en las venas. Era como un susurro sibilante, una voz escalofriante, la voz de un lunático despiadado. ¿Quién si no encontraría semejante placer en descuartizar los cuerpos de aquellos que morían en la Colmena?

Vlad llevaba trabajando con ellos desde hacía algo menos de un año. Justo después del incidente con Constantine, el Mando decidió que necesitaban un método más seguro para deshacerse de los cuerpos, que hasta ese momento eran enviados con un coche fúnebre hasta una incineradora. Pero después de lo de Constantine, ya nadie estaba seguro. A los pocos días llegó Vlad y, desde entonces, Tian se aseguraba de la defunción del fallecido y le entregaba el cuerpo a este, que se encargaba de descuartizarlo y deshacerse de él.

No sabía qué clase de criatura era el Mutilador. No era un vampiro como los miembros del Mando, pero había algo en él que le delataba como una de las criaturas más peligrosas que había. En apariencia, su aspecto era el de un tipo común, incluso bonachón. De su rostro redondo y mofletudo destacaban unos ojos azules, pequeños y vivaces. Su apariencia no era amenazadora, pero el brillo que se adivinaba en sus ojos cuando le hacía una entrega revelaba el placer que sentía al verse próximo a la experiencia de descuartizar el cuerpo, y eso lo hacía espeluznante.

El Dr. Wu sintió náuseas solo de pensarlo. Arrugó la nariz en un gesto que intentaba contener las náuseas. Levantó la vista y vio a Vlad semioculto en una de las esquinas de su consulta. Se había parado allí a observarlo sin que él se diese cuenta. Un brillo dorado relampagueó en los ojos de Vlad. Tian tragó saliva y volvió a mirar el reloj, las siete en punto. Cogió su maletín sobre el escritorio y se quitó la bata sin perder tiempo. La colgó en el perchero junto a la puerta y giró el pomo de su consulta.

—Hasta mañana —oyó que le decía la horripilante voz de Vlad.

—Hasta mañana —le contestó él sin mirar atrás, cerrando apresuradamente la puerta a su espalda.

Durante todo el trayecto dentro del entramado de pasillos del recinto, y una vez que llegó al aparcamiento donde se encontraba su coche, Tian sintió cómo le dolían los pulmones del esfuerzo que le constaba respirar. Estaba cansado de vivir de esa manera. Sentía que cada día envejecía una década, pero el dolor de no hacer lo debido era mucho peor que aquella vida agónica esperando su final.

Las instalaciones de la Colmena se encontraban construidas en medio del Twin Falls Trail, en una de las zonas más boscosas y de más difícil acceso. El edificio se encontraba completamente oculto a los visitantes asiduos a la zona para hacer senderismo y visitar las cascadas, ya que para entrar en ella había que cruzar un área vallada con fuertes medidas de seguridad, incluida una reja electrificada y una doble puerta de metal pintada de verde con doble hoja que

solo se podía atravesar introduciendo el código de seguridad. Desde el edificio hasta dicha puerta había un camino de más de quinientos metros que, aunque había sido trazado sobre el monte, estaba sin asfaltar, por lo que su recorrido era tortuoso y lento.

El Dr. Tian llegó hasta dicha puerta y un guarda de seguridad le acercó un pequeño dispositivo en el que tecleó el código de seguridad, avanzó un poco más y sacó la cabeza para que otro lector, esta vez de retina, hiciera la comprobación pertinente. Cuando los dispositivos de seguridad dieron luz verde, la puerta se abrió y pudo salir a otro camino sin asfaltar. Transitó por dos vías en las mismas condiciones durante diez minutos antes de tomar el último desvío, que lo dirigió hasta el sureste por la I-90E, Poco después tomaba la salida 38 hasta la carretera de Homestead Valley. Se incorporó entonces a la I-90W, y después de unos minutos llegó a la I-5N por la salida 2C. A partir de este momento, todo el camino era recto en dirección Vancouver. Condujo los treinta y cinco minutos de trayecto hasta su apartamento con la sensación de que alguien lo estaba siguiendo. Miraba cada cinco segundos el espejo retrovisor, en busca de algo que confirmara sus sospechas, pero nada llamó su atención de manera extraordinaria. Su apartamento estaba situado en un edificio de ladrillo rojo de seis plantas en el centro de Capitol Hill. Dirigió el coche hasta la parte de atrás y aparcó bajo la única farola apagada de toda la calle. Detuvo el motor y se dejó caer contra el reposacabezas. Sentado en el asiento de su vehículo, soltó todo el aire que contenían sus pulmones. Un impulso lo llevó a bajar el parasol sobre su cabeza. De dentro del bolsillo sacó una pequeña bolsita de fieltro negro y del interior una fotografía tamaño carnet. En ella, una preciosa chica asiática le sonreía tímida y juguetona guiñándole un ojo. Una punzada de dolor le atravesó el corazón hasta el punto de tener que agarrarse el pecho con la mano.

De repente unos golpes en el cristal del asiento del acompañante lo asustaron haciendo que la fotografía cayera sobre su regazo. Miró sobresaltado y vio a un hombre extremadamente alto, vestido con vaqueros y sudadera negra con capucha, que le hacía gestos desde fuera del coche para que levantase el pestillo de la puerta. Una enorme sonrisa de dientes increíblemente blancos acompañó al gesto. Tian no lo dudó y abrió el cierre dejando entrar al hombre que, a pesar de ocupar solo el asiento del copiloto, parecía haber invadido el interior del coche por completo con su presencia.

—Buenas noches, amigo —le dijo el recién llegado ofreciéndole la mano.

—Buenas noches, Caleb. ¡Cuánto tiempo sin verte! No te esperaba esta noche. Y menos después de la muerte de tu hermano. Siento mucho tu pérdida — lo saludó con un fuerte abrazo.

Caleb le devolvió el abrazo, guardándose la congoja que le producían las

palabras de su amigo. Sabía que sus intenciones eran nobles, pero él prefería obviar ese tema.

—Gracias —le dijo con voz ronca al separarse—, hacía al menos tres años que no nos veíamos. He venido un par de días para la asamblea de la Guardia, estamos en un momento crítico y hay muchas decisiones que tomar, pero cuando me dijeron que habías solicitado un encuentro me ofrecí voluntario antes de marcharme —cambió rápidamente de tema—. Pero dime, ¿cómo estás amigo? —le preguntó sinceramente interesado por su bienestar.

Tian lo miró con expresión sombría. La apariencia de Caleb era realmente amedrentadora. Con su más de metro noventa, el cabello oscuro, los ojos ambarinos y una complexión fuerte que lo hacía abarcar todo el espacio con sus anchos hombros. No en vano se encontraba ante el más probable futuro rey de los licántropos. Cualquiera otro estaría temblando ante su sola presencia, pero él conocía al lobo que tenía frente a él, su nobleza y bondad. Era implacable cuando tenía que serlo, pero también la persona más justa que se hubiese encontrado jamás. Se sentía orgulloso de poder contarle entre sus amigos. Confiaba ciegamente en él y por eso le abrió su corazón.

—¿Qué voy a decirte? Estar en la Colmena es una muerte en vida, pero una muerte que merezco. Es el camino que tengo que recorrer mientras espero el día de mi juicio final.

—No me gusta oírte decir esas cosas —comenzó a responderle el licántropo. Con su rotunda voz y acento tejano, parecía hacer vibrar el interior del coche—. Sigues culpándote por la muerte de Kumiko, y tú no fuiste su verdugo —enjuició Caleb.

—Sí lo fui —objetó apesadumbrado—, yo la puse en peligro. Tenía toda una vida por delante. Estábamos enamorados, teníamos sueños, pequeños sueños que nos habrían hecho felices. Yo habría sido feliz solo con verla cada mañana despertar a mi lado, pero me obsesioné con esta lucha, me obsesioné con llegar hasta ellos, con descubrir más. Necio de mí... cuanto más sabía, más me repugnaba este mundo en el que vivimos a merced de unos monstruos y más lejos estaba de ella, que solo aguardaba mi regreso. Mientras yo estaba demasiado ocupado para cuidar de ella, la dejé sola para llevar a cabo mi cruzada personal contra ellos, y la mataron. Yo la puse en sus manos y ella pagó por mis pecados. Solo me queda intentar que lo que hago ayude a otros.

—Lo hace, sabes que sin tu información muchos más habrían muerto. Eres muy valioso para la Guardia, pero también me preocupas tú. Creo que esta presión está acabando contigo. Tal vez sea el momento de dejarlo todo, buscaremos la forma de conseguir la información sin exponerte...

—¡No! —se anticipó Tian—. Aún me queda trabajo por hacer, están pasando

algunas cosas preocupantes en la Colmena.

—¿Más preocupantes de lo normal? —preguntó Caleb escéptico.

—Me temo que sí. Dakata ha sido convocada a los combates a muerte.

—¿Es esa chica a la que quería proteger Constantine? ¿Cómo es posible? Se supone que aún no ha completado su desarrollo. ¿Para qué la puede querer Raynard tan pronto?

—No lo sé, pero me preocupa. Puede formar parte de algún tipo de plan para atrapar a Constantine. Sabes que lo ha estado intentando de varias formas desde que perdió al chico.

—¿Quieres decir que está buscando que él vaya a por ella? —le dijo Caleb sin esconder la inquietud que aquella idea le provocaba, ya que lo conocía lo suficiente para saber que lo haría.

—No se me ocurre qué otra razón podría tener. La cuestión es que es la primera vez que se rompe el protocolo de entrenamiento, y justamente lo hacen con ella.

—¿Cuándo será ese combate? —le preguntó Caleb retirándose la capucha y pasándose la mano por el espeso y oscuro cabello.

—El primero ya se ha producido. Fue ayer, salió victoriosa, pero no sé cómo resultará su segundo combate. Su entrenamiento no ha concluido, sus habilidades no se han desarrollado por completo. Está en verdadero peligro.

—Lo entiendo, y con ella todos nosotros. Fue la única condición que puso él para quedarse en la Guardia. La chica debía permanecer a salvo. Todo estaba preparado para sacarla de allí al finalizar su desarrollo. Pero esto lo acelera todo y no es un buen momento. Están pasando algunas cosas en la Guardia, personas importantes deben ser protegidas para mantener el equilibrio —le informó Caleb.

—Para Constantine no hay nadie más importante que esa chica. Y cuando sepa que está en peligro querrá ir a por ella. Huele a trampa que apesta —le dijo Tian frotándose las sienes vigorosamente.

—Lo sé, coincido contigo. Comunicaré lo que me has contado al resto de representantes en la Guardia y tomaremos una decisión. —Caleb resopló consciente de que no iba a ser una situación sencilla de resolver—. Mientras, quiero que te cuides y que pienses en serio en abandonar la Colmena cuando finalicemos con este asunto.

Caleb vio a su amigo recoger una pequeña foto de su regazo y perder la vista en ella, como si de repente el resto hubiese desaparecido para él. Lo tenía realmente preocupado. Su deterioro físico era notable, además del mental. Esos absentismos no eran nada buenos para una persona que debía permanecer en todo momento alerta en la Colmena, su vida dependía de ello.

—Tian, es una orden —le dijo el licántropo seriamente.

Tian asintió con la cabeza un par de veces antes de añadir:

—Prometo que lo pensaré —le dijo sin mucho convencimiento.

Unos minutos más tarde, Caleb abandonaba el vehículo de su amigo y se dirigía a su Ford F 150 raptor negra, al otro lado de la calle, en dirección a la base de la Guardia.

CAPÍTULO 5

Dakata y Dara estaban sentadas en una de las largas mesas de metal que formaban el comedor. Tomaban su desayuno habitual; un tazón grande de gachas hechas con leche y una base de cereales de maíz. No estaban muy sabrosas, pero sí aportaban toda la energía que necesitaban para comenzar su día de estudio y entrenamiento. Se habían sentado junto a la ventana, como cada día. Algo apartadas del resto de los componentes de la Colmena.

Una única imagen se divisaba en todo el ventanal. Inmensa, estática, como una pintura monocromática; verde y más verde. En distintos tonos, en distintas texturas, todo verde. La Colmena estaba ubicada en medio de un gran bosque. La espesura de aquella frondosa vegetación ocultaba por completo la estructura de la edificación, haciéndola invisible a los humanos y protegiéndolos de ellos. Sabía que era lo mejor para su seguridad, pero a veces se preguntaba qué había al otro lado de aquella masa vegetal.

—¿Crees que podríamos invitar a Joss a nuestra mesa para comer con nosotras? —oyó que le preguntaba Dara sacándola de sus pensamientos.

—¿Por qué quieres que lo hagamos? —le preguntó justo antes de meter otra cucharada de gachas en su boca. Comenzó a engullirla dándole vueltas en la boca. No había mucho que masticar, pero era difícil deglutir aquella masa espesa y algo viscosa.

—No lo sé, me parece que está un poco solo, como nosotras. Podríamos pedirle que nos acompañara. Él podría estar conmigo cuando tú estés en la arena —añadió en tono ligero como si no quisiera dar importancia a este último comentario. Dakata había pillado el mensaje a la primera. Dara hacía dibujitos con la cuchara sobre sus gachas, tenía la mirada un poco ausente, estaba claramente preocupada y con miedo a quedarse sola. No soportaba verla así. Miró al chico sentado a dos mesas de la suya. Estaba solo, apenas tendría unos quince años, pero su complexión era grande. El cabello castaño le caía con un flequillo algo salvaje sobre unos ojos azul verdoso. Nunca lo había visto meterse en líos, y en los entrenamientos había demostrado una predisposición especial para el combate cuerpo a cuerpo. Decidió que podía ser una buena compañía para Dara.

—Pues, ¿sabes? Creo que has tenido una gran idea. Joss parece un chico simpático. Le preguntaré si quiere compartir mesa con nosotras, tal vez podríamos ser sus amigas.

En ese momento, la sirena de finalización del desayuno comenzó a sonar y un pitido agudo indicó la comunicación de un mensaje por megafonía.

—Todos los miembros del cuadrante B excepto el de la celda ciento veintitrés, deben acudir a la consulta del Dr. Wu para vacunación. —Otro pitido agudo anunció el fin del mensaje. La celda ciento veintitrés era la de Dara, a ella nunca la llamaban para vacunarse.

—Pues tendremos que esperar a la hora de la comida para proponérselo —le dijo a la niña levantándose y recogiendo ambos cuencos para dejarlos en los carritos de la vajilla sucia.

—Bien, lo haremos después. Te espero en la celda —le contestó la pequeña aparentemente más animada.

A Dakata le parecía muy extraño que Dara no fuese vacunada, pero para ella era mayor el alivio de no tener que ser pinchada que la curiosidad de saber por qué no lo hacían.

Esperaba pacientemente en la fila perfectamente alineada frente a la puerta de la consulta del Dr. Wu. Solo visitaban aquella consulta para ser vacunados cada semana y para las revisiones mensuales. Los miembros de su raza no enfermaban, pero aún así eran revisados para asegurarse de que estuviesen bien. Tampoco precisaban de curas gracias a la capacidad regeneradora, pero sí necesitaban aquella misteriosa vacuna.

La fila se mantenía en un absoluto mutismo. Nadie hablaba, no conversaban, debían estar en silencio. En un rato, no sabía exactamente cuánto tiempo, llegó su turno. Entró en la consulta y como siempre se colocó sentada en la camilla que el doctor Wu tenía en medio de la sala.

—Buenos días, Dakata —le dijo el Doctor.

Dakata levantó la vista sorprendida, el Dr. Wu nunca había hablado con ella. Estaba de espaldas preparando su inyección. Contenía un líquido azul muy claro. Mirando a un lado y a otro, se percató en ese momento de que no había nadie más en la consulta. Vlad el Mutilador estaba siempre allí durante la vacunación. Sentado en una silla en la esquina, él tampoco hablaba, solo les observa con una mirada extraña, pero su presencia era palpable en el ambiente por la tensión que se respiraba, como si el aire estuviese electrificado y diese miedo respirar.

El Dr. Wu se giró y fue hacia la camilla donde ella estaba sentada, se colocó frente a ella y acercó una bandeja con los utensilios que necesitaba. Ella ya estaba con el brazo estirado y preparado.

—¿Qué tal te sientes estos días? —le preguntó de repente el doctor. Dakata se sorprendió por segunda vez en unos minutos y lo miró a los ojos con expresión perpleja.

—Por haber empezado en el circuito de los combates a muerte —añadió el doctor a modo de aclaración. Lo hizo en un susurro y Dakata entendió que este temía que alguien escuchase su conversación.

El Dr. Tian Wu siempre había sido amable con ella. Aún así, era el único humano que conocía, y esa naturaleza suya la hacía ser precavida y distante. Los humanos buscaban la destrucción de su raza, por eso vivían confinados en aquellas instalaciones. En muchas ocasiones se había preguntado por qué entonces el Mando tenía a uno de ellos cuidando de la salud de los miembros de la Colmena. El Dr. Wu debía ser una excepción en su raza. Lo miró a los ojos, algo que había evitado en todas las ocasiones que había estado allí. La mirada del doctor le mostraba solo auténtica preocupación, por lo que se animó a hablar.

—Está siendo un poco desconcertante, no lo esperaba tan pronto —le dijo mientras le ofrecía su brazo. El doctor tomó la jeringuilla y elevándola frente a él expulsó un poquito del líquido frente a ella, luego le puso la inyección con cuidado. Sintió cómo el líquido helado penetraba en su carne, el dolor apenas duraba unos segundos, pero era intenso. Poco después sintió cómo se expandía por su cuerpo, al llegar al corazón, este se desaceleró lentamente, se paró y volvió a su ritmo habitual.

—¿Qué es esto? —le preguntó mientras se recomponía de los efectos de la vacuna. Nunca se habría atrevido a interrogar al doctor, pero su cambio de actitud la animó a hacerlo en aquella ocasión.

Él la miró con inquietud, después echó un vistazo alrededor comprobando que seguían solos.

—Los miembros de tu raza —comenzó a decir en voz muy baja—, tienen algunos problemas al llegar la pubertad, esta vacuna os ayuda a controlarlos.

Dakata dudó un momento mordiéndose el labio inferior. No sabía si formular la siguiente pregunta. Quizás estaba rebasando todos los límites, pero en aquel lugar había tantas preguntas sin respuesta... y a lo mejor no tenía otra oportunidad como aquella para obtener algunas.

—¿Y qué problemas son esos? —dijo finalmente.

El Dr. levantó la cabeza y la miró a los ojos con intensidad, después desvió la mirada a la entrada de la consulta y la volvió a bajar rápidamente separándose de ella. Dakata miró en la dirección en la que lo había hecho el doctor y vio entrar a Vlad el Mutilador. Instintivamente se irguió y bajó de la camilla.

—Eso es todo —le dijo el Dr. Wu en tono seco—. Ya puede marcharse —añadió sin mirarla.

Dakata no se lo pensó dos veces y se precipitó hacia la salida a toda prisa. Al hacerlo, Vlad la agarró del brazo. Ella contuvo la respiración y bajó la mirada. Vlad se acercó a ella hasta rozarla con su aliento. La piel se le erizó de

forma hiriente. Estaba aterrada, había oído historias sobre lo que hacía ese ser con los cuerpos de los que fallecían en la arena. Quería salir de allí corriendo, pero cualquier movimiento podría acabar con su vida en cuestión de segundos.

—Tengo entendido que pronto te tendremos de nuevo en la arena —dijo en tono escalofriante—. Estoy impaciente por que llegue el momento —terminó acercándose aun más a ella y deleitándose oliéndola lentamente.

Dakata no lo pudo soportar más y se soltó de su agarre con un movimiento rápido, pero antes de marcharse le dijo:

—Espero poder defraudarle —contestó en voz baja y se marchó por el pasillo en dirección a su celda.

Vlad se quedó unos segundos mirando a la chica que se había atrevido a contestarle. Era la primera vez que uno de ellos lo hacía, y no era una más de entre los «semillas negras». Aquella belleza lo excitaba de una manera especial. Su cabello oscuro y largo, sus ojos del violeta más intenso que había visto jamás, los labios carnosos y la piel fina y pálida, como los pétalos de una extraña flor. Olía de una forma exquisita, un aroma dulce y cálido que acababa de dejar una estela en la dirección de su marcha. Sabía que el Mando tenía un interés especial en hacerla luchar, por eso no podía atacarla en aquel instante, pero estando en el circuito de los combates a muerte, pronto llegaría hasta su camilla. Era cuestión de tiempo, poco tiempo.

CAPÍTULO 6

Constantine llegó a las instalaciones de los Guardianes de las Razas casi de madrugada. Su equipo y él habían estado custodiando las calles durante horas. Había sido un turno de vigilancia movidito, pero no habían encontrado nada fuera de lo habitual. El par de enfrentamientos que había tenido, el primero con un demonio, y el segundo con un vampiro insurgente, no lo agotaron lo suficiente. Sin embargo, nada más entrar en la nave que usaban como sede de los Guardianes, todo su cuerpo se tensó, muy consciente del ambiente denso que se respiraba.

Algo estaba pasando.

Siguió caminando por el laberinto de pasillos hasta llegar a la zona de vestuarios y taquillas. Muy de cerca iba seguido por Nyree, Luta, Ulua y Mako, su equipo al completo. Tan solo las dos primeras pertenecían a su raza; dhampiras. Luta era licántropo, y Mako, elfa rastreadora. Estaba orgulloso de sus chicas. Hacían un buen equipo; rápido, eficaz, perfectamente sincronizado y letal cuando debía serlo.

Como si siguiesen en plena guardia, todos se despojaron de sus equipos en silencio. Abrieron sus taquillas y fueron dejando en ellas cada una de las múltiples armas que llevaban adheridas al uniforme negro que vestían, lo que les llevó un buen rato. Constantine, por último, se quitó la cazadora de cuero y la colgó en una percha. Antes de cerrar la taquilla pasó los dedos sobre el papel azulado que tenía pegado en el interior de la puerta. No se detuvo a observar los trazos infantiles que representaban a las tres figuras que él tan bien reconocía. Solo se permitía ese lujo cuando estaba a solas. Jamás mostraba sus debilidades en público, y mucho menos frente a su equipo. Cerró los ojos e inspiró profundamente, antes de cerrar definitivamente la taquilla.

—Nyree, pasa por la enfermería antes de ir al comedor —declaró en tono firme, dirigiéndose a la puerta.

—No es nada, en unos minutos estaré bien —protestó ella.

—En circunstancias normales no te lo rebatiría. Tu capacidad de regeneración haría el trabajo en poco tiempo. Pero las armas de ese demonio estaban envenenadas por un brujo...

Nyree hizo ademán de volver a protestar, pero Constantine la detuvo con un gesto de su mano.

—Es una orden, Nyree. Te necesito en plena forma mañana —dijo dando la conversación por zanjada ya bajo el marco de la puerta—. Además, no necesito a tu padre dándome otra charla sobre seguridad. —La última frase fue acompañada

de una pequeña sonrisa. Un gesto que no se repetía mucho en él, y que siempre causaba sensación cuando la derrochaba.

—Tranquilo, jefe, yo me encargo de mi padre. —Constantine se giró para mirarla. Nyree sabía que no le gustaba que lo llamase de esa manera. A pesar de ser el líder de su escuadrón, no le gustaban las alusiones a su cargo.

Se limitó a mirarla con gesto adusto y ella tragó saliva.

—Iré a la enfermería, lo prometo.

No había más que decir, y Constantine salió definitivamente de los vestuarios en busca de unos minutos de paz. Tan solo había podido dar un par de pasos cuando fue interceptado por Aubrey, que lo detuvo a punto de girar por el pasillo.

—¡Constantine! Tenemos que hablar... —le dijo la joven con evidente nerviosismo, bajando la voz.

—¿Qué ocurre? —Se inclinó sobre ella, para minimizar la gran diferencia de altura que había entre ambos.

Aubrey era una de las mejores informáticas de los Guardianes de las Razas, además de ser la única enana que se alojaba en las instalaciones, junto a ellos. Sus facciones dulces, el cabello corto, teñido de un rosa vivo, y aquellas gafitas de pasta negra, le conferían un aspecto infantil, que junto a su baja estatura, la hacía confundir con una niña.

—Aquí no...—dijo ella mirando a un lado y a otro del pasillo, como temiendo que pudiesen ser escuchados. Fue la segunda vez que su cuerpo se tensó. Nada más entrar en la base ya había estado seguro de que algo ocurría, que Aubrey lo acorralase de aquella manera, solo podía significar que estaba en lo cierto.

—Acompáñame al comedor —le dijo comenzando a caminar a grandes zanjadas, lo que obligó a la chica a prácticamente correr tras él, hasta que llegaron a la sala común.

Cuando llegaron, encendió las luces y comprobó que, tal y como pensaba, a esas horas no tendrían testigos. Aunque la intimidad no se mantendría por mucho tiempo. Tenía hambre, pero en ese momento no le importaba saciar su acuciante apetito. Necesitaba saber qué ocurría, y todo lo que sucedía en los Guardianes, por muy confidencial que fuese, llegaba hasta la pequeña chica. Se sentó sobre el respaldo de una de las sillas del comedor y la invitó a hacer lo mismo frente a él. Audrey se sentó sobre una de sus piernas y se frotó las manos con nerviosismo.

—Vamos, suéltalo. —No quería rodeos.

—Me dijiste que si oía el nombre de Dakata en algún momento...

Nada más oír su nombre el corazón de Constantine cambió el ritmo de su latido y respiró con profundidad intentando apaciguar las emociones que se

apoderaban de su cuerpo. Se limitó a asentir, temiendo que no le saliesen las palabras.

—Mientras estabas fuera, ha habido una reunión extraordinaria del Consejo de los Guardianes. Tienen noticias de la Colmena...

Constantine tragó saliva. Tener noticias de la Colmena no era algo extraordinario, sabía que tenían a alguien trabajando dentro que les facilitaba información periódicamente, pero si se trataba de Dakata...

—Audrey, por favor —apremió a la chica pasándose una mano por la nuca.

—Ha sido convocada.

—¡No puede ser! Aún no está lista, no se han desarrollado todas sus habilidades.

—Por eso el Consejo se ha puesto en alerta. Creen que puede tratarse de una estrategia, algo para hacerte volver e intentar sacarla de allí...

—¿Cuándo? —preguntó interrumpiéndola.

Ella lo miró sin entender.

—¿Cuándo tiene el primer combate? —Elevó la voz, nervioso.

Audrey volvió a tragar saliva. No temía a Constantine, que a pesar de estar dotado de unos dones bastante demoledores para el combate, también había sido siempre respetuoso y considerado con ella. Algo que no podía decir de todos los componentes de los Guardianes. Pero sabía que si el chico tenía una debilidad era Dakata, y que lo que estaba a punto de contarle no le iba a gustar un ápice.

—Ya se ha enfrentado al primero.

El rostro de Constantine cambió inmediatamente, perdiendo todo atisbo de color. Su piel ya en apariencia pálida, casi parecía cenicienta.

—Tranquilo, está bien. Venció a una tal Anouk.

—Anouk...—La recordaba perfectamente, habían coincidido en los entrenamientos. Era buena, muy buena. Sus capacidades para el combate aéreo eran destacables. Y Dakata la había vencido. Cerró los ojos y permitió que el oxígeno volviese a llenar sus pulmones, devolviéndole la vida. Dakata... su Dakata. Mientras estuvieron juntos en la Colmena, no se atrevió a confesarle las cosas que sentía por ella. Y cuando empezó a ser llamado para participar en los combates a muerte y decidió que era el momento de hacerlo, todo cambió.

No podía pensar en ello, no en ese momento. Ella estaba a salvo, pero solo por el momento. Había sobrevivido a su primer combate, algo admirable teniendo en cuenta que no tenía desarrolladas por completo sus habilidades, pero la suerte podría cambiarle en cualquier momento. Dependía de la frecuencia con la que la hiciesen combatir.

—¡Tengo que ir a por ella! —dijo por fin levantándose.

—No puedes hacerlo. Por eso mismo el Consejo ha votado no decirte

nada...

Constantine le devolvió una mirada entornada.

—¿Mi madre está al corriente y ha votado para que no se me informe?

—Ella quiere protegerte, y sabe que es una trampa. ¿Por qué si no iban a hacerla competir? Tu padr...

Audrey se detuvo inmediatamente. Había estado a punto de cometer una estupidez.

—Raynard está dispuesto a hacer lo que sea necesario para recuperarte. Y Dakata solo es una herramienta para él. Su vida no significa nada...

—Para mí lo es todo. ¡Todo! Y no permitiré que le hagan daño —dijo apretando al tiempo las mandíbulas y los puños.

No esperó más y comenzó a marcharse. Audrey salió corriendo tras él.

—¡Constantine! —Lo detuvo posando una mano en su brazo. Los músculos del chico se tensaron bajo su contacto. La miró un segundo y ella lo soltó, al percibir el destello peligroso de su mirada.

Aun así, se atrevió a hablar.

—¡No puedes hacerlo! Tú solo no, necesitas un equipo de apoyo. Volver a la Colmena es un suicidio.

—El suicidio es ir acompañado. Si Raynard me quiere a mí, no me hará daño. Por el contrario, mi equipo es prescindible para él. No las pondré en peligro.

Constantine siguió caminando con su frenética zancada en dirección al centro de operaciones. Audrey no podía correr tras él, era una sandez siquiera intentarlo. Pero no podía dejarlo marchar. Creía que había actuado como una amiga al revelar aquella información confidencial, pero ahora se daba cuenta de que lo había puesto en peligro. Y su plan no se podía calificar más que de suicida. Por lo que mientras recorría los pasillos, ya a bastante distancia de Constantine, utilizó su intercomunicador para llamar a su equipo, con urgencia. Después hizo una última llamada que sabía que lo enfurecería, pero no le quedaba más remedio que hacer.

Constantine llegó al centro de operaciones casi cegado por una mezcla de furia, ansiedad, ira, decepción y algo que le atenazaba las entrañas impidiéndole respirar. Lo primero que le sorprendió fue ver allí a su equipo. Hacía unos minutos que las había dejado en los vestuarios y allí estaban de nuevo, armadas y preparadas.

Después, las enormes puertas de metal que daban acceso a la base se abrieron y dos desconocidos hicieron su aparición; un hombre de color, de gran tamaño, cabeza rapada y aspecto amenazador, acompañado de una chica menuda,

de rostro dulce y melena dorada. Ambos vestidos con sendos abrigos de cuero negro, se movían imponiendo una presencia difícil de obviar.

Al pasar junto a él, ninguno de los dos le dirigió la mirada. Obviándolos a él y a su equipo, pasaron por su lado, dejando una estela energética y plateada a su paso que no había visto jamás. Por un segundo, su intención de enfrentarse a su madre antes de marchar a ejecutar su plan de rescate a Dakata se disipó en su mente, hasta que la voz de su progenitora rompió el hechizo sufrido por la estela.

—¡Gabriel, Shinué, bienvenidos! —Saludó esta a los recién llegados con una tensa sonrisa.

Ellos respondieron a su saludo con una pequeña inclinación de sus cabezas, apenas perceptible.

—Es un honor teneros entre nosotros, y una suerte que sea justo en estos momentos —continuó su madre con los saludos.

Constantine observando la extraña escena, frunció el entrecejo. No había sido notificado de nuevas visitas. ¿Quiénes eran los recién llegados?

—Tenemos entendido que nuestra presencia es necesaria para los Guardianes — comenzó a hablar la pequeña rubia. Todos los presentes la miraban absortos.

—Así es, y no podemos más que agradeceros vuestra rápida intervención — Michela, la madre de Constantine, amplió la sonrisa, abriendo los brazos. Aun así, a su hijo no se le escapó el momento en el que su progenitora contuvo el aliento, justo antes de que la rubia estirase una de sus manos, y sin volverse a mirarlo, la dirigiese hacia él. Una descarga de energía plateada salió disparada, como una pulsión eléctrica, que lo dejó inconsciente. Al caer al suelo, su cuerpo parecía el de un muñeco de trapo.

CAPÍTULO 7

—¿Todo esto era necesario? —Nyree respiraba profusamente mientras se aferraba con ambas manos a los barrotes de la celda en la que habían dejado custodiado a Constantine.

Su líder estaba allí tirado sobre el camastro, completamente inconsciente, y aun así la tensión de su gesto se tornaba angustiada. Era impactante verlo así de indefenso. Constantine era un gran luchador; fuerte y decidido. A pesar de su juventud no había tardado en ganarse el puesto de líder del escuadrón. Tenía una intuición sobrenatural que le ayudaba a predecir las situaciones de peligro, pero imaginaba que nunca habría adivinado que su propia madre orquestara reducirlo de aquella forma tan brutal.

—Es mi hijo, Nyree, ¿crees que lo habría hecho de no ser así? —le contestó Michela sin apartar la vista del cuerpo laxo de su hijo.

—¿Es su hijo? —preguntó la rubia menuda, a su lado, sin ocultar media sonrisa y un alzamiento de ceja.

Su rostro no exhibía el menor remordimiento por haberlo dejado en ese estado. Nyree le dedicó una mirada hosca, al igual que el resto del equipo, que se mantenía a algunos pasos de distancia de esta. La observaban con precaución. Habían sido testigos del poder de chica. Era menuda pero mortífera, mucho más de lo que habían podido apreciar en las múltiples razas que convivían en la base.

Michela exhaló con fuerza y cabeceó con pesar.

—Sí, lo es. Y por mucho que me duela verlo así, ha sido lo mejor para él, para todos. A veces, como padres, tenemos que tomar las decisiones más duras. —Miró primero a la rubia, y después a las componentes del equipo de su hijo—. Era la única forma de protegerlo. Estaba a punto de cometer una locura. Él no puede ir a por Dakata.

—¡No iba a hacerlo solo! Nosotras jamás dejaríamos que lo hiciese, somos su equipo. ¿Y quién demonios es esta?

De nuevo fue Nyree la que habló. No acostumbraba a callar nada de lo que pasaba por su mente.

—No deberías referirte así a un ángel, hija. A no ser que quieras sufrir un destino mucho peor que el de Constantine —dijo Dominick, el padre de Nyree y uno de los componentes del consejo de guardianes de las razas, como vampiro.

Nyree dio un paso atrás, de manera inconsciente, al descubrir su naturaleza. Ninguna de ellas había estado antes en presencia de un ángel, pero eran conocedoras de su poder de destrucción.

—Un ángel... ¿Qué hace aquí un ángel? —titubeó Nyree preguntando directamente esta vez a su padre.

Dominick sabía la consternación que ambos ángeles traerían a la base, pero si habían solicitado su ayuda era por la más imperiosa necesidad. Los ángeles se mantenían displicentes de los problemas de los humanos y las razas, tan solo se decidían a actuar cuando la situación era tan extrema, y el equilibrio y la paz entre ellas era tan frágil como para que su intervención fuese absolutamente necesaria. Sabía que tanto su hija como el resto de guardianes podía pensar que haber invitado a los ángeles a mezclarse en sus asuntos era exagerado, pero salvo el consejo de los Guardianes, el resto era absolutamente ignorante del peligro que les acechaba. Y Constantine era una pieza clave en aquella guerra.

—Ahora no es el momento, hija. Será mejor que os marchéis de aquí. Nosotros tenemos que hablar.

Nyree dedicó a su padre una mirada cargada de rencor, nada nuevo en la relación que mantenían, que hizo centellear sus ojos verdes tan llamativos en contraste con su piel oscura. Finalmente decidió que no era momento para buscar pelea, y haciendo un gesto al resto del equipo, las instó a salir de allí, tras ella. Dejaría el tema, por el momento. Sabía que ni Michela ni su padre iban a explicarle qué estaba pasando, pero sospechaba quién sí lo haría.

Con paso decidido se dirigió a la salida. Fue entonces cuando vio emerger de las sombras al acompañante de la tal Gabriel. Era un hombre joven, con aspecto mucho más amenazante que la pequeña rubia. Se mantenía apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre su enorme pecho, y se preguntó si aquel también sería un ángel. Al acortar la distancia pudo sentir su mirada gris clavada en ella. La escrutaba con la misma intensidad que le había dedicado ella. Un resplandor plateado lo hizo brillar ligeramente cuando ya solo los separaban unos pasos. Él le sonrió de forma perezosa y el aliento de Nyree quedó atrapado en sus pulmones momentáneamente. Solo tardó un segundo en reponerse, en apariencia. Elevó la barbilla desafiante y lo ignoró mientras salían de la zona de celdas.

—Tenemos que hablar con Aubrey. Seguro que ella puede aclarar algunas de nuestras dudas —expuso Nyree al resto de las chicas cuando ya estaban a cierta distancia. Ellas asintieron, mostrándose de acuerdo, y se marcharon de allí antes de que alguien decidiese detenerlas.

En cuanto las chicas hubieron salido, Dominick se aproximó a Michela y posó una mano sobre su hombro. Sabía lo duro que estaba siendo todo aquello para ella. Ser padre era difícil, pero de un «semilla negra» ... Tenías el odio de tu progenie asegurado. Haber impedido que Constantine fuese a por Dakata, más cuando la única condición que había puesto al entrar a formar parte de la Orden era que debía estar asegurada su protección, rompería la confianza que había

conseguido su amiga establecer con él.

—Imagino que estáis pasando por una especie de drama familiar y no pretendo ser insensible, pero los ángeles no intervenimos en asuntos tan superfluos. Si nos habéis hecho venir, espero que sea por algo que merezca nuestra colaboración. Y me gustaría que fuésemos informados de inmediato.

Michela se recompuso rápidamente. Enderezó la postura y desvió la mirada de la de su hijo, que permanecería inconsciente durante varias horas. No conseguiría nada haciéndole vigilia. Miró a Gabriel y asintió antes de salir de la zona de celdas. Dominick dejó que los ángeles saliesen después, y él cerró tras ellos la comitiva, hasta la sala de juntas de los Guardianes.

—¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío! —Aubrey sacudió las manos sin despegar la mirada de la pantalla de su móvil. Miró a un lado y a otro con nerviosismo.

—¡Hola pequeñaja!, ¿qué tienes ahí?

Aubrey pegó un bote al verse sorprendida por Nyree que se dejó caer sobre su escritorio. Sentada sobre el mismo, cruzó las piernas y le dedicó aquella mirada arrogante, tan suya. Antes de que le diese tiempo a protestar por estar aplastando su flamante teclado con el trasero, la chica le quitó el móvil de las manos, sin miramientos.

—¡No tienes derecho...! —quiso protestar levantándose, pero en cuanto hizo el intento, la mano de Ulua, otra de las componentes del equipo de Constantine y la única licántropa del mismo, la devolvió a su sitio con un pequeño empujón en el pecho.

Sabía que apenas había empleado fuerza en el gesto, sin embargo, consiguió clavarla al cuero de la silla y que le faltase el aire durante unos segundos.

—Tienes que entendernos, necesitamos saber lo que pasa. Y toda la información de la base pasa por tus pequeñas manos —quiso explicarse Ulua. En sus expresivos ojos castaños podía adivinarse que aquella explicación encerraba una disculpa, sin embargo, no fue formulada por sus labios. Tan solo vio a la loba enderezarse y colocar su hermosa melena oscura a un lado.

—¿Qué significa esto? —la interrogó de repente Nyree que había estado cotilleando su móvil.

—Exactamente lo que lees. Acabo de recibir un mensaje de nuestra fuente dentro de la Colmena —dijo ella frotándose el pecho. La piel le ardía bajo la ropa, donde había recibido el golpe.

Nyree entornó la mirada y en su gesto se adivinó la preocupación.

—¡No puede ser! —exclamó.

—Eso mismo estaba pensando yo cuando me habéis interrumpido...

—¿Qué ocurre? —Esta vez fue Luta, la otra dhampira del equipo junto a

Nyree, la que se sumó a la conversación.

—Dakata ha sido convocada nuevamente a otro combate a muerte. El segundo en dos días.

—Esto no pinta bien. —Luta se pasó una mano por el largo cabello pelirrojo, con nerviosismo—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Se lo diremos a Constantine en contra del Consejo?

—Es nuestro líder —apuntó Nyree.

—Lo sé. Y si hablásemos de jugarnos la vida por él, no lo dudaría. Constantine nos la ha salvado a todas en más de una ocasión. Pero estamos hablando de ponerlo en peligro, o incluso intervenir en una operación de rescate que podría matarlo —argumentó Luta, haciendo alarde de su cabeza fría y racional.

—Si no lo hacemos, jamás nos lo perdonará.

Nyree levantó por fin el trasero de su teclado y Aubrey inmediatamente lo colocó de nuevo exactamente en la marca que tenía para situarlo en su escritorio. Después miró a las chicas que parecían concentradas en debatir entre ellas en susurros. Ya habían perdido todo interés en ella, y aprovecharía dicha circunstancia para cumplir con su deber. Antes de que pudiesen predecir sus movimientos, arrebató el teléfono de la mano de Nyree. Cuando esta quiso atraparla, desapareció ante sus ojos.

—¡Siento la interrupción! —exclamó Aubrey apareciendo en la sala de juntas del Consejo. Estaba sin resuello, no solía flashear con frecuencia, y hacerlo la dejaba sin aliento. Los presentes en la sala se pusieron a la defensiva al intuir un movimiento extraño entre ellos.

—Aubrey, ¿qué haces aquí? ¡No tienes autorización para estar en esta sala! —le increpó Dominick con mirada carmesí y dientes desplegados.

La joven tragó saliva y levantó la barbilla.

—No habría aparecido de no ser absolutamente necesario. Tengo información crucial que aportar a la reunión.

Aubrey vio cómo Michela, con un nimio gesto de su mano, detenía a Dominick dispuesto a seguir amonestándola.

—Habla —se limitó a decirle a ella.

Y tras asentir les comunicó las últimas noticias que el doctor Wu le había hecho llegar.

CAPÍTULO 8

Dakata vio salir a Dara, acompañada de Joss, de la sala común, mientras un nudo le atenazaba las entrañas. Hasta ese momento tan solo Constantine y ella se habían ocupado de la protección de la pequeña. No habían confiado en nadie más. Era difícil hacerlo cuando tarde o temprano cualquiera de tus compañeros podía convertirse en tu verdugo. Se aferró a la mesa de metal con ambas manos, intentando contener las lágrimas que abrasaban sus ojos dispuestas a salir en tropel. No podía permitirse, una vez más, exponer su debilidad. En unos minutos tendría que luchar de nuevo en la arena. Apenas habían transcurrido unos pocos días desde su último combate y ahora era más real que nunca el peligro al que se enfrentaba y en el que dejaba a Dara. No había marcha atrás. Por alguna razón había llamado la atención del Mando, y sin ningún tipo de duda su destino se debatía entre formar parte del Ejército Oscuro o la muerte en la arena.

Al pensar en esta última posibilidad el aire se hizo doloroso en sus pulmones y una descarga eléctrica recorrió las palmas de sus manos, como un hormigueo desagradable que terminaba por cosquillear las yemas de sus dedos. Abrió y cerró los puños, sorprendida. Se miró las manos volteándolas ante sus ojos pero no vio nada distinto en ellas. Terminó por frotárselas asumiendo que la reacción sería fruto de los nervios. Un rayo de sol se abrió paso entre la espesa vegetación del exterior para acariciar la piel de sus mejillas, templándolas. Lo sintió sobre la piel como una caricia, e inmediatamente su mente evocó la imagen de Constantine en un momento que atesoraba en su mente como único.

Él, sin previo aviso, había llevado los dedos hacia aquella misma parte de su rostro y la acarició levemente, mientras fijaba la vista en su boca. Recordaba perfectamente haber contenido el aliento, expectante, excitada, nerviosa. No sabía lo que esperaba de él en ese momento, pero cada centímetro de su piel se erizó y despertó a su contacto. Su corazón se había acelerado hasta sentirlo tronar en los oídos, en un zumbido en el que había deseado perderse. En un lugar en el que siempre estaba temiendo la muerte, aquel momento la hizo sentir más viva que nunca.

—Dakata.

La espeluznante voz de Vlad el Mutilador la sobresaltó en mitad de supreciado recuerdo. Sin embargo, una vida entera disimulando sus sentimientos ante aquellos seres, impidieron que cualquier atisbo del terror y repugnancia que aquel ser le producía, asomase a su rostro. Simplemente lo miró con gesto

indolente.

—Ha llegado tu hora... —le dijo observándola con detenimiento.

Siempre la acechaba como si quisiese violar su mente, apoderarse de algo íntimo, privado. Un gusto que no estaba dispuesta a darle. Se levantó de su asiento, sintiendo con pesar que la sensación de la caricia de Constantine se desvanecía de su piel. Caminó hacia el Mutilador con decisión. No iba a dejarse amedrentar. Sabía que él no podía tocarla antes de un combate.

—Y con suerte la mía también —finalizó al pasar ella a su lado.

Pronunció las palabras con un anhelo ladino que le erizó la piel. Irguió la barbilla aún más. Si el mutilador esperaba ponerla nerviosa antes del combate y con eso hacer mella en su concentración, no dejaría que la afectara.

Caminó por el entramado de pasillos hacia la arena, con él siguiéndola a pocos pasos de distancia. Podía sentir su respiración tras ella, algo más acelerada de lo habitual. Con seguridad esperaba que ese fuese el día en el que por fin cayese en combate, entonces estaría a su merced. Solo de imaginar su cuerpo yerto sobre la camilla del Mutilador para su deleite, un escalofrío enfermizo la recorrió desde el cuello hasta el final de la columna.

Llegó a la zona de la arena y se detuvo frente a la puerta acristalada de la misma, en su interior la esperaba Akame. Todos sus sentidos se pusieron en alerta. Su compañera dhampira hacía un par de semanas que había desaparecido de la zona de celdas para ser recluida en unas instalaciones especiales junto a la enfermería del doctor Wu. Aquello solo sucedía cuando uno de los miembros de la Colmena desarrollaba todas sus habilidades. En ocasiones, dichas habilidades precisaban de un periodo de adaptación, de lo contrario podían ser peligrosas para el portador y aquellos que estuviesen en su entorno. El hecho de haber estado recluida no solo le decía que ella había alcanzado un nivel de desarrollo superior al suyo, sino que, además, Dakata no podía trazar una estrategia de combate contra ella sin saber a qué se enfrentaba.

Ahora entendía la sonrisa satisfecha de Vlad. Estaba en verdadero peligro. «Dara...», pensó. Iba a morir, en unos minutos aquel sería su final, y ella solo podía preocuparse por su pequeña. Contuvo el aire al oír el chasquido de la puerta al abrirse frente a ella. No iba a amedrentarse, mantendría la cabeza fría y lucharía hasta el final. Aquel pensamiento fue el que se impuso en su mente antes de dar el primer paso para adentrarse en la arena, y entonces un pinchazo en el brazo la sorprendió desde la espalda. Miró con ojos desorbitados, primero su brazo, en el que encontró un pinchazo del que emanaba una pequeña gota de sangre. Y después la cara del Mutilador, que portaba en su mano una especie de pistola que no había visto antes. Este amplió la sonrisa al tiempo que la empujaba hacia el interior de la zona de combate.

No tuvo tiempo de preguntarse qué era aquello que el Mutilador le había inyectado, pues en cuanto sus pies tocaron la arena, tuvo una preocupación mayor; ya sabía cuál era la evolución del don de Akame, y no le gustaba en absoluto.

Se duplicaba. No sabía cómo podía hacerlo, ni si las dos réplicas que veía en ese momento de la luchadora que había conocido en su mismo pasillo de celdas serían igual de letales, pero tampoco tuvo tiempo de analizarlo. Antes incluso de dar el primer paso, la primera de ellas se aventuró a hacer el primer movimiento, lo que hizo que centrarse su atención en ella.

Akame se abalanzó sobre ella con la intención de golpearla en el vientre, pero Dakata tuvo los reflejos suficientes para evitar el golpe girando sobre sí misma, y aprovechar el movimiento para ser ella la que golpease la espalda de su rival. Ese instante fue el que aprovechó la segunda Akame, ya situada tras ella, para golpearla en la nuca y hacerla caer de rodillas por primera vez en la arena.

El golpe fue seco y contundente. Sacudió la cabeza, consciente de que no podía perder un segundo en el suelo, e hizo ademán de incorporarse de un salto, cuando un nuevo golpe, esta vez proveniente de una patada giratoria de la primera Akame, la tumbó en el suelo al colisionar directamente contra su tímpano derecho, que ahora parecía a punto de estallar por el zumbido ensordecedor del dolor.

La cosa no pintaba bien. En circunstancias normales, Akame ya imponía bastante. Era una luchadora veloz, sólida, impecable en la ejecución de sus movimientos. Si a eso sumábamos su imagen inquietante y amenazadora, era una de las adversarias más respetadas y temidas. Nadie había puesto en duda que se convertiría en un miembro clave dentro del Ejército Oscuro a las órdenes del Mando.

Tomó aire y sin levantar el rostro, intentó advertir los posicionamientos de sus adversarias, cuyas miradas inquisitivas sentía sobre la piel, como un hormigueo que la mantenía alerta. Pudo ver con claridad cómo ambas se movían al unísono, en círculos a su alrededor. Perfectamente coordinadas, cada paso de una era el reflejo exacto de la otra. Como gatos acechando a un pequeño ratón, iban cerrando el espacio en torno a ella.

No podía darles más ventaja, tenía que sobrevivir. Su mirada se desvió de soslayo a Vlad que, con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba el combate mientras por su rostro se paseaba una sonrisa satisfecha. Disfrutaba de verla acorralada, y si había algo que tenía claro en ese momento, era que no sería ella la que terminase en la mesa del Mutilador ese día.

Desde su posición, saltó sobre sí misma, haciendo una pirueta hacia atrás en el aire, lo que le permitió caer tras una de las Akame, pillándola desprevenida.

Se aferró a sus hombros, al tiempo que clavaba ambos pies en su espalda haciéndola doblarse en un arco inaguantable. No se detuvo hasta escuchar crujir los huesos de la espalda de la guerrera, que cayó de rodillas hacia atrás. Su cabeza golpeó la lona y exhaló un quejido de dolor agónico. Se apartó de ella, volviendo a colocarse en posición de combate. No se le olvidaba que tenía dos adversarias. La primera Akame tardaría en recuperarse unos minutos que tenía que aprovechar bien contra la segunda. Cada una en un extremo de la zona de combate, se colocaron en posición, mientras se analizaban. La piel siempre pálida del rostro de su rival contrastaba con el antifaz pintado de negro que cubría sus ojos rasgados, de un color gris, frío como el acero.

—Eres consciente de que jamás podrás vencernos... Dakata. —No era la primera vez que escuchaba la voz de su contrincante, pero sí la primera que esta se dirigía a ella directamente. Siempre le había dado la impresión de que no la consideraba suficientemente buena como para merecer su atención. Y por lo visto no se había equivocado—. ¿Por qué no haces esto más sencillo y te regalas una muerte rápida y menos dolorosa?

—Cuando dices «vencernos», ¿te refieres a la que está en el suelo, retorciéndose de dolor, y a ti? —le preguntó ella, levantando la barbilla, dándole a entender que lo último que haría sería dar aquel combate por perdido.

Nunca lo haría mientras le quedase un suspiro de vida. Y sí, ella no tenía la ventaja de haber podido desarrollar todos sus dones aún, pero durante el último año había guardado unos cuantos ases bajo la manga para no llamar la atención del Mando. Algo ya que ya no tenía sentido seguir haciendo. Era evidente que no había marcha atrás, vida o muerte. Y ella escogía vida.

Dakata apreció que la mirada de Akame, que no esperaba de ella una réplica, se encendía, furiosa. Corrió hacia ella y dándose impulso sobre la espalda herida de su doble, saltó sobre ella desde el aire, intentando un ataque aéreo. Dakata reaccionó inmediatamente, corrió en dirección contraria para saltar contra la pared de cristal, caminó sobre ella, elevando su posición y desde ese punto, saltó nuevamente volteando su cuerpo en una elipse limpia. Interceptó a Akame en el aire, desde la espalda. Rodeó su cuello con uno de los brazos, y ambas cayeron sobre la lona. El agarre de Dakata se cernía sobre el cuerpo de la guerrera que elevando las piernas la tomó a ella por el suyo, haciéndola rodar y de esta manera se colocó sobre Dakata. Inmovilizó sus brazos a ambos lados de su cabeza mientras presionaba su pecho con las rodillas. Los labios de Akame exhibían una sonrisa triunfal por haberla reducido bajo su cuerpo.

Dakata irguió la cabeza para ver cómo la primera Akame se incorporaba del suelo, sin duda dispuesta a ayudar a la segunda a rematar la jugada, pero esta estaba tan absorta en disfrutar de su posición aventajada, que no se percató de

ello, dispuesta a seguir sola con su siguiente movimiento. Dejó todo su peso recaer en las manos con las que las que inmovilizaba sus brazos y elevó el resto del cuerpo perpendicularmente al suyo. Pretendía caer para partirle las costillas hundiéndoselas en el pecho, pero antes de que terminase su movimiento, Dakata elevó las piernas y la golpeó con fuerza en el vientre. El cuerpo de Akame se convulsionó golpeando a su compañera, ya justo a su espalda. La inercia hizo que la segunda cayese por completo sobre la primera. Dakata la aferró por las muñecas, impidiendo que se separase de ella, y de nuevo la golpeó, esta vez en el pecho, con sus piernas. Los ojos de Akame se abrieron desorbitadamente al sentir que el aire abandonaba sus pulmones. Sin soltar sus muñecas, Dakata la impulsó hacia atrás para que cayese tras ella, y utilizándola como apoyo, elevó una pierna y después otra hasta ser ella la que cayese sobre su contrincante, esta vez. Akame aún seguía sin poder respirar, no esperó a que pudiese recuperarse y tomó su rostro entre las manos, en un movimiento seco giró su cuello, partiéndoselo en un segundo.

No podía detenerse a ver su rostro carente de vida, utilizó sus últimas fuerzas para incorporarse, dispuesta a terminar con la primera Akame que, aunque herida, seguía en el suelo con vida. Solo una de ellas podría salir de allí viva. No había nada que pensar. Cuando llegó hasta ella, la chica la miró con terror. Era la primera vez que alguien lo hacía de esa manera. Un profundo vacío se apoderó de su pecho. Aun así, no dejó que el turbador sentimiento impidiese su siguiente movimiento. Colocó la palma de su mano sobre el rostro asustado de Akame.

—Shhhh... —le susurró al oído, agachándose a su altura— Lo siento.

Fueron sus últimas palabras antes de partir el cuello de la segunda, en una centésima de segundo. Ella sí le había brindado una muerte rápida. Acabar con la vida de aquella chica no le producía ningún placer.

Elevó el rostro para cruzar la mirada encendida con la de Vlad, al otro lado del cristal, con la promesa velada de que el día que terminase con su vida, no sería tan piadosa, y este dio un paso hacia atrás. Su rostro no dejó advertir el temor, aunque el cambio en su postura despertó la sonrisa satisfecha de Dakata.

Pero de repente sintió una descarga en la nuca que la tumbó sobre la lona, dejándola inconsciente.

CAPÍTULO 9

La neblina espesa de la mente de Dakata comenzó a disiparse lenta y dolorosamente. Algunas imágenes tomaron forma ante sus ojos; el suelo de la Colmena se movía rápidamente bajo sus pies, pero no caminaba sobre él. La llevaban cargada, sujetándola por los brazos, arrastrando las puntas de su calzado por el suelo. Se fijó en sus portadores; vestían el uniforme del Ejército Oscuro; al menos los pantalones y las robustas botas negras eran las que usaban. Cerró los ojos unos segundos, necesitaba más información y para ello debía concentrarse. Escuchó atentamente y advirtió que eran cuatro los soldados que la custodiaban. Las pisadas de sus botas contra el pavimento eran rítmicas, de paso marcial.

El dolor atenazó sus sienes, presionándole el cráneo. Le dolía horrores la cabeza, pero tenía que superar el malestar. Giró el rostro a un lado y a otro, y de repente la vio allí; Dara, al final del pasillo, lloraba mientras estiraba los brazos en su dirección. Joss la sujetaba con fuerza, impidiendo que se acercase a ella y cumpliendo de esta manera su palabra de protegerla. Algo se rompió en su interior. Verla destrozada por la pena, saber que aquella era la última vez que vería a su pequeña... El cosquilleo eléctrico de aquella mañana volvió a recorrer sus manos, que cerró en puños, intentando contener la descarga de sufrimiento.

—Está despertando —oyó que decía sobre ella uno de sus portadores.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, no podemos correr riesgos con ella — contestó otras de las voces de su entorno.

—Dara...

No pudo decir nada más, pues volvió a recibir una nueva descarga en la nuca, haciéndola caer en el pozo negro de la inconsciencia.

No supo cuánto tiempo más tarde despertó de aquella pesadilla. No entendía nada. Había ganado el combate contra Akame. ¿Por qué la llevaban escoltada como a una prisionera? Abrió los ojos, pesados como losas, e intentó reconocer el entorno.

¿Dónde estaba? El habitáculo era pequeño, de metal, y oscuro. La habían depositado sobre una especie de banco, al menos no estaba atada. Intentó levantarse y fue cuando se percató de que el pequeño habitáculo estaba en movimiento. Perdió el equilibrio cayendo de nuevo, esta vez al suelo. Escuchó un ruido extraño, no supo identificar de qué. Era nuevo para ella; monótono y fuerte. La luz era escasa y provenía de una pequeña abertura enrejada sobre su cabeza.

Durante unos segundos se acostumbró al vaivén rítmico del espacio, tras lo cual hizo un nuevo intento y se levantó, esta vez con la intención de inspeccionar a través de la abertura del techo. Se aferró a las rejas que había en ella y se quedó sin palabras. Estaba habituada a la masa verde que dibujaba las vistas que tenían del exterior en la sala común de la Colmena, pero jamás había podido apreciar a través de ella el cielo azul. Inspiró el aire, impregnado de infinitos matices y olores desconocidos que llegaron hasta sus fosas nasales y pulmones, sacudiéndolos. Como si fuese la primera vez que respiraba. ¿Qué hacían con ella? ¿Adónde la llevaban?

El espacio se detuvo de manera imprevista. De no haber estado sujeta a los barrotes, habría caído de nuevo sobre la superficie metálica. Hasta sus oídos llegaron ruidos extraños, sonidos que le recordaron a los de la sala de entrenamiento. Alguien luchaba en el exterior. Los golpes y quejidos duraron apenas unos segundos de auténtica consternación. Y entonces una de las paredes de aquel reducido espacio se abrió en dos. La brillante luz del exterior entró a raudales, cegándola e impidiéndole ver más allá de las siluetas de tres individuos en el exterior. No sabía quiénes eran ni por qué estaban allí, y su instinto la puso en posición de alerta, dispuesta a enfrentarse a ellos.

—¿Dakata? —le pregunto una voz femenina.

Ella, sorprendida, asintió rápidamente.

—Bien, venimos a por ti —repitió la voz.

—No voy a ningún sitio. ¿Quiénes sois? —preguntó confusa.

Seguía con los puños en alto, dispuesta a enfrentarse a quien fuese. Le dolía todo el cuerpo como si la hubiesen estado pateando durante horas, pero no iba a rendirse sin presentar pelea.

—Lo siento, chicas, pero no tenemos tiempo para presentaciones. Aún debemos deshacernos del furgón y los soldados, así que si no os importa, la fiesta de bienvenida la dejamos para después. —La pequeña mujer que había tomado la palabra no dio lugar a que el resto se opusiese. Elevó su mano hacia ella y la fulminó con una especie de pulsión.

—Empiezo a pensar que esto te encanta —dijo Nyree a Gabriel cuando vio el cuerpo de la chica caer flácido en el interior de la furgoneta, de igual manera que le había visto hacer con Constantine.

La rubia se limitó a encogerse de hombros sin disimular la sonrisa que asomaba a sus labios.

—No voy a negar que me proporciona cierto placer.

—Esto no le va a gustar a Constantine... —apuntó Ulua con una mueca de desagrado.

—Me confundes con alguien a quien le importen sus opiniones —volvió a contestar la rubia con desdén.

Las chicas le brindaron una nueva mirada entornada y Gabriel rompió a reír.

—Vamos, recojamos cuanto antes, tengo hambre. Las operaciones de rescate me abren el apetito —las instó a moverse, pasando entre ellas.

—Es una autentica zorra —verbalizó Luta en voz alta lo que todas estaban pensando.

—Sí, lo es —apuntó Nyree apretando los dientes—. Pero tiene razón en una cosa, debemos movernos antes de que vengan más soldados. Señora... —dijo esta vez presionando el intercomunicador en el interior de su oreja—, la carga ya está a salvo. En unos minutos nos dirigiremos hacia la base.

Nyree escuchó la respuesta satisfecha de Michela en su oído. Y cerrando la comunicación, comenzaron con la operación de limpieza. Constantine había estado dispuesto a morir por aquella chica, y ella se moría de curiosidad por saber qué la hacía tan especial a ojos del líder de su equipo. Sin duda pronto lo averiguaría. También estaba impaciente por saber la reacción del mismo al ver la forma en la que aquel maldito ángel la había reducido sin saber siquiera si ella iba a oponer resistencia o no. La rubia le ponía los pelos de punta y despertaba todos sus instintos asesinos, algo que hasta la fecha solo habían conseguido hacer los vampiros. Tal vez también tenía algún problema con los ángeles, pero inmediatamente recordó al compañero de la rubia menuda. La imagen del apuesto ángel, tan grande, viril, con aquella mirada turbadora y esos carnosos labios, invadió su mente y caldeó zonas de su cuerpo que debían permanecer impasibles en ese momento.

No le iba a quedar más remedio que hablar con él. Si aquello se debía a algún jueguito por su parte, ángel o demonio, acabaría con él.

CAPÍTULO 10

—Bien, ya tenemos a la chica. Espero que ahora tu hijo sea más colaborador.

Timoleón, semidiós y actualmente el dirigente con más rango dentro del Consejo de los Guardianes de las Razas, se inclinó hacia delante en su sillón, apoyando sus fuertes antebrazos en la mesa de la sala de juntas.

—Lo será. Siempre dijo que su condición para hacerlo era garantizar la seguridad de Dakata, y es lo que hemos hecho.

—Y para conseguirlo hemos arriesgado mucho, Michela. Hemos expuesto a su equipo, y nuestras estrategias de vigilancia en la Colmena revelando que tenemos en nuestras filas a un ángel. Raynard no es estúpido —intervino Dominick esta vez.

—Por eso mismo no dejo de pensar que en realidad recuperar a Dakata ha sido relativamente sencillo. ¿Cuatro soldados para custodiar la única baza que podía usar Raynard para recuperar a su hijo? —Timoleón cabeceó mostrando su desconfianza.

—Yo también lo he pensado. ¿Hay alguna posibilidad de que la chica trabaje para ellos? —Amanda, la representante humana del consejo, tomó la palabra expresando la duda que muchos de los presentes se planteaban.

—No creo. Constantine la conoció bien durante su estancia en la Colmena... —repuso Michela en defensa de su hijo.

Aunque en su interior tenía los mismos temores que el resto de presentes. No quería ni imaginar las cosas que su hijo había tenido que vivir recluido en aquellas instalaciones, bajo el dominio de los seres más depravados y peligrosos sobre la faz de la tierra. Y se sentía profundamente agradecida con Dakata por haber hecho que aquellos aterradores y duros años hubiesen sido más llevaderos gracias a ella. Pero mucho temía que lo que sentía su hijo por la chica iba mucho más allá de una entrañable y necesaria amistad. Dakata ocupaba un lugar en su corazón que le impediría realizar con frialdad el papel que estaba destinado a representar en esa guerra.

—Tuvo que hacer mucho más que eso, si su permanencia entre nosotros dependía de recuperarla. —La afirmación de Amanda, apoyando lo que ella misma pensaba, hizo que bajase la mirada y asintiese.

—Imagino que sí. De cualquier manera, él confía en ella —repuso Michela.

—Eso no significa que lo tengamos que hacer nosotros. La mantendremos

bajo vigilancia. No quiero sorpresas. No en este momento tan crucial para la guerra que mantenemos contra el Mando.

—No necesito que me expliques la situación, Timoleón. Soy plenamente consciente del peligro —repuso Michela apretando los labios.

—¿Y tu hijo? ¿Es él consciente del peligro? Ahora Dakata está a salvo, pero mucho me temo que ella podría ser una gran distracción. —Lorien, representante de las hadas, intervino por primera vez, mientras jugueteaba, en apariencia distraída, con una esfera luminosa que bailaba entre sus dedos.

—Creo que mi hijo ha demostrado ya sobradamente su implicación con los Guardianes. De no ser así, no dirigiría su propio equipo con algunas de nuestras mejores guerreras.

Michela contuvo la respiración e intentó serenarse ante el resto del Consejo. El tema a tratar era su hijo, y estaba a punto de perder el control.

—Así ha sido, pero tengo entendido que para poder llevar a cabo la operación de rescate de Dakata, ha tenido que ser reducido por uno de nuestros invitados. De no haberlo hecho, se habría puesto en peligro él, y en extensión a todos nosotros. Cuando se trata de Dakata, pierde la perspectiva.

Michela estaba dispuesta nuevamente a interceder por su vástago cuando este hizo acto de presencia en la sala de reuniones, haciendo que todos los presentes guardasen silencio.

—Constantine... te creíamos dando la bienvenida a nuestra nueva invitada —intervino Dominick, finalmente.

—Lo haré más tarde. Pero primero quería dejar claro mi agradecimiento por haber cumplido con vuestra palabra y haberla rescatado. También quería tranquilizar al Consejo. Soy consciente del papel que ocupó en esta guerra, y no pienso poner en riesgo la misión.

—¿Entonces sabes que tarde o temprano tendrás que tomar una decisión que no será fácil, más ahora que ella está aquí?

Constantine sabía perfectamente a qué se refería Timoleón. Desde que él mismo hubo sido rescatado de la Colmena, todos los miembros de aquel Consejo habían hecho hincapié en ese hecho. Aunque no quería pensar en ello en ese momento. No sabía de cuánto tiempo disponía con Dakata y no quería perder un minuto. Llevaba contándolos durante el último año, y saber que ella ahora estaba tan cerca, hacía que estos se volviesen agónicos. Aun así, había ido hasta allí para tranquilizar a los representantes.

El Consejo de los Guardianes dirigía todos los movimientos en la base. Y Dakata estaba custodiada en sus dominios. Tenerlos sosegados le proporcionaría más tiempo. Y al parecer lo había conseguido.

Observó a todos los presentes, unos veinte representantes de algunas de las

razas que poblaban la tierra y que no eran más que leyendas para los humanos, sumidos en su ingenua ignorancia. Todos lo miraron aceptando sus palabras. Algunos guardarían reservas, pero temían más que él se negase a cumplir con su misión, y al menos de momento, preferían ser prudentes.

Solo le quedaba una cosa por hacer. Contuvo el aire antes de exhalarlo enérgicamente: había llegado el momento.

Dakata se frotó las perneras de los pantalones. Seguía vistiendo el uniforme de combate, todo blanco, y como la vez anterior, salpicado de algunas gotas de sangre. Un rastro en el filo del puño proveniente de la pintura negra con la que Akame pintaba el antifaz de sus ojos era todo el recuerdo que le quedaba de su combate a muerte, de hacía unas horas. Estaba deseando quitarse aquella ropa, pero al parecer sus captores no tenían intención, de momento, de facilitarle otra.

Se había despertado hacía más de una hora, encontrándose con estupefacción en una nueva celda. Esta no era tan blanca y aséptica como la que hacía las veces de su dormitorio en la Colmena. En aquella era todo gris y oscuro. El suelo era de cemento, la pared a su espalda también lo era, y el resto estaba formado por barrotes. Allí solo había un banco de metal anclado al suelo, que ella usaba en ese momento. Se había cansado de gritar llamando a quien quisiera escucharla y darle una explicación de qué hacía allí. Los golpes contra los barrotes, tampoco habían surtido efecto.

No entendía nada.

Cuando los soldados del Ejército Oscuro la sacaron de la Colmena, dio por sentado que la llevarían a las nuevas instalaciones destinadas al Ejército y allí comenzarían con su entrenamiento. Pero nunca que la mantendrían prisionera. Tampoco sabía cómo la habían llevado hasta allí.

Solo le quedaba esperar.

Se acomodó, apoyando la espalda contra la dura pared. Fuese cual fuese el destino que le aguardaba, seguro que agradecería estar recuperada por completo cuando este llegase.

No llevaba ni un par de minutos con los ojos cerrados cuando escuchó las pisadas de tres individuos entrando en el cuarto en el que se hallaba su celda. Los pasos eran pausados, pero se respiraba tensión en el ambiente. Abrió los ojos para observarlos, pero no cambió la postura, dejando la cabeza apoyada y el rostro elevado. El cuerpo en actitud aparentemente relajada, pero alerta. Se sorprendió al descubrir que se trataba de tres chicas, de aspectos y vestimentas muy diferentes. No llevaban el uniforme del ejército, y ese hecho la desconcertó.

Las observó mientras tomaban posiciones; dos de ellas en las esquinas de su celda, la tercera, más alejada, se situaba junto a la puerta por la que acababan de entrar. La chica más próxima a ella no le sobrepasaba en altura. De hecho debía medir pocos centímetros menos que ella. Tenía el cabello largo, liso y oscuro, cayéndole hasta el final de la espalda. Los ojos de un inquietante color ambarino, y mirada cálida y curiosa. Su ropa le llamó la atención. Un pantalón azul oscuro, camiseta marrón, ajustada, y botas del mismo color, aunque no había visto nunca unas así. No se parecían a las que usaban para el combate o los entrenamientos.

La segunda chica era extremadamente alta y atlética. Su piel muy oscura, al igual que sus ojos. Tenía las orejas ligeramente puntiagudas, la cabeza rapada, labios carnosos, y aplicaciones extrañas bajo la piel de su rostro, que mostraban un dibujo circular en ella, desde la sien derecha hasta el mentón de ese mismo lado. Iba descalza, se movía con sigilo, de forma elegante y comedida. Su vestimenta también era extraña. Pantalón verde oscuro, y una exigua parte de arriba que cubría solo algunas zonas de su piel de ébano. Esta la miró con cautela, sin poder evitar el brillo fiero que bailaba en sus ojos.

Y la tercera, algo más alta que ella, le llamó la atención por su belleza. Aunque su piel era oscura también, no lo era tanto como la de la segunda chica. Los ojos de apariencia gatuna, refulgían sobre aquella piel con un verde claro e impactante. El cabello muy rizado, y apartado del rostro en una coleta alta, dejaba ver un cuello esbelto, hombros torneados y cuerpo ejercitado por el entrenamiento. Su indumentaria era más parecida a la de los soldados; pantalones de bolsillo, y botas negras de combate. Pero su torso estaba cubierto por una camiseta de manga corta blanca. La actitud de esta última chica era una mezcla de las de las anteriores; curiosidad, cautela, recelo, y hasta algún atisbo de miedo. Aunque también adivinó determinación y fuerza en su mirada. Estaba segura de que sería una buena luchadora, con solo ver su postura y actitud. Y olfateando el ambiente, podía saber que aquella última era la única de su raza. Jamás había estado en presencia de miembros de otras razas que no fuesen los de la raza superior, y eso también la inquietaba.

Desde que estaba allí, sin duda ese era el momento en el que más posibilidades tendría de obtener respuestas. Se preguntaba por qué tras una hora, ahora decidían que tenía que ser custodiada por aquellas chicas, pero no se iba a quejar. Solo tenía que averiguar dónde estaba, deshacerse de aquellas tres y salir huyendo de allí. No quería formar parte del Ejército, al contrario que el resto de sus compañeros de la Colmena, su meta no era esa. Ella solo había querido proteger a Dara y vivir en algún lugar alejado, en el que no tuviesen que estar temiendo por su vida cada minuto. Siempre les habían hecho pensar que en la Colmena estaban seguros del mundo exterior, que allí eran protegidos, al

mantenerlos alejados de los humanos, que buscaban su exterminio. Pero también había visto a chicos morir a manos de sus «protectores». Aquellas muertes se justificaban como la selección natural que debía haber para hacer destacar a los más fuertes. Y ese era el problema; Dara no era fuerte. Era delicada, inocente, frágil... Y no pensaba dejarla en manos de aquellos seres. Prefería ver el peligro de frente, y luchar contra miles de humanos, pero mantenerla a salvo. Pero para ello tenía que salir de allí, volver a la Colmena y liberarla.

CAPÍTULO 11

—Necesito un poco de agua —declaró sin hacer ningún movimiento, rompiendo el silencio.

Las chicas la observaron y luego se miraron entre ellas, como si tuviesen que decidir si complacer su petición o no. Finalmente, la tercera chica y única otra dhampira de la sala, habló:

—Ulua, dale agua. —El tono enérgico denotó ciertas dotes de mando. La chica más cercana a ella asintió, dispuesta a obedecer.

La vio dirigirse hasta la esquina más alejada de la sala. Allí había una columna de metal. Sobre ella, una pila de vasos de plástico. Tomó uno y presionó una palanca. De la columna comenzó a emanar agua, llenó el vaso y fue hasta ella. Ulua dudó antes de introducir el brazo y el vaso entre las rejas de la celda.

Dakata se levantó del banco lentamente, no quería hacer algún movimiento que revelase sus intenciones. Se aproximó a la chica con la misma cautela que ella demostraba. Cuando llegó a su altura, Ulua le brindó media sonrisa nerviosa. Casi le dio pena, pero no podía permanecer allí. Tenía una misión que cumplir. Extendió el brazo como si fuese a tomar el vaso de plástico, pero cuando sus dedos lo rozaron, con un movimiento rápido, lo que hizo fue agarrarla de la muñeca con fuerza. Antes de que las otras dos pudiesen reaccionar, hizo una llave a la chica retorciéndole el brazo y pegándola de espaldas a los barrotes. Su otra mano se posó sobre la cabeza de su rival. Si mostraba resistencia o las otras se negaban a colaborar, podría romperle el cuello en un segundo. Escapar de dos era más sencillo que de tres.

—¡Suéltala! —le ordenó la otra dhampira.

—Lo siento, no puedo. No quiero hacerle daño, pero si no me dejáis salir de aquí, le partiré el cuello antes de que podáis volver a pestañear.

Dakata oyó el corazón de la chica tronar en su caja torácica, y la temperatura de su piel se elevó considerablemente allí donde la estaba tocando. Respiraba enérgicamente y las otras dos se pusieron en posición de alerta. Sus miradas se habían vuelto peligrosas y temerarias, sin duda dispuestas a acabar con ella si intentaba realizar alguna de sus amenazas.

—Si le haces daño, te aseguro que no saldrás de aquí con vida. Por mucho que él quiera protegerte, no dejaré que dañes a un miembro de nuestro equipo — volvió a hablar aquella que parecía tener el mando.

Dakata obtuvo de aquella declaración lo que sin duda era información

relevante para su plan de escape, pero también algunas dudas. ¿Quién quería protegerla?

—Yo tampoco quiero dañar a tu compañera, pero lo haré. No sé quiénes sois. No parecéis pertenecer al Ejército Oscuro, tampoco me importa. Tengo que marcharme de aquí, y si me lo intentáis impedir, tal vez perezca en el intento, pero me la llevaré a ella conmigo.

Dakata pronunció las palabras mientras aumentaba la presión en el agarre de su rehén, lo que hizo que esta exhalase una queja de dolor.

—¡Dakata!

La voz masculina que pronunció su nombre penetró en su mente despertando miles de recuerdos. Los nervios debían estar jugándole una mala pasada, porque no podía ser él. El corazón de Dakata comenzó a latir al unísono del de su rehén, retumbando en sus oídos hasta dejarla sorda. Tuvo miedo de girarse y comprobar que se estaba volviendo loca, pero aun así, y a costa de perder de vista a una de las chicas, giró el rostro hacia la puerta.

—Constantine... —Sus labios pronunciaron el nombre, incrédulos, desconfiados, dolidos. Pues si algo tenía claro, era que él no podía estar allí. El aire quedó preso en sus pulmones, asfixiándola, mientras recorría el rostro del hombre que la observaba desde la puerta.

Era él...

Antes de poder decir nada más, sintió un pinchazo en el brazo. Se giró a mirar y vio un dardo clavado en él. La segunda chica se lo acababa de lanzar con una cerbatana. No tardó en sentir de nuevo cómo perdía el control de su cuerpo, y este caía contra el cemento. Lo último que vio fue el rostro borroso de aquel que había ocupado sus sueños cada noche durante el último año.

Constantine llevaba observándola casi una hora. No podía culpar a su equipo por haberla dejado K.O. Dakata era fuerte y decidida. Y sin duda estaba lo suficientemente asustada como para haber plantado cara en combate a las tres, de ser preciso. Tras haberla dejado inconsciente, les había ordenado marcharse. Él se ocuparía de ella. Debía ser la primera persona que viese al despertar. Cuando las chicas se marcharon, él se había agachado a su altura, la había tomado del suelo y elevándola en brazos, la llevó hasta el banco de la celda. Le habría gustado llevarla a algún sitio más acogedor, pero no podía hacerlo. De momento, Dakata era como una bomba; inestable y a punto de explotar en cualquier momento.

Recordaba perfectamente cuando lo llevaron a él a aquellas mismas

instalaciones. Cuando le explicaron la verdad sobre dónde había estado, qué era, y cuál sería su futuro y su destino. No había sido fácil de asumir, para Dakata tampoco lo sería. Por eso, por su propia seguridad y la del resto de los que allí habitaban, al menos de momento, debía permanecer en la celda.

Se arrodilló junto a ella, con el dorso de la mano acarició su mejilla y le apartó un mechón de la frente con sumo cuidado. Lentamente, dejando que las yemas de sus dedos cosquilleasen de pura necesidad de tocarla. Su piel era aún más suave de lo que la recordaba. Su cuerpo también había cambiado. Parecía más mujer, sus curvas eran más redondeadas, sus facciones más definidas. La recordaba bonita, pero ahora lo dejaba sin aliento. Sin poder resistirlo un minuto más, llevó los dedos hasta su barbilla, recorriendo su perfil desafiante, con delicadeza y devoción. Se detuvo observando la curva de su labio inferior; lleno, exuberante. Pasó el pulgar muy despacio por esa curva, que definía la línea de lo prohibido. Tantas veces, durante sus años en la Colmena había querido atravesar esa barrera... Dejarse llevar por la tentación constante de apoderarse de esos labios, haciéndolos suyos, dejando una impronta de necesidad sobre ellos. Nunca había podido confesarle lo hermosa que era, las cosas que le hacía sentir. ¿Cómo hacerlo cuando en cualquier momento corría el riesgo de tener que abandonarla, o en la arena, o teniendo que formar parte del Ejército Oscuro? Si entonces hubiese sabido lo que sabía ahora...

Soltó el aire lentamente, manteniendo el control de su respiración que se empeñaba en alterarse con aquel leve contacto. No podía estar cerca de ella sin revivir todos aquellos sentimientos y sensaciones tan celosamente guardados durante años.

Se pasó una mano por el pelo, apartando la vista de su rostro unos segundos, lo suficiente para recuperar el control. Pero la sintió moverse a su lado y entonces se cruzaron sus miradas. Casi había olvidado el extraordinario color violeta de sus expresivos ojos, que ahora lo miraban con estupor. Quiso tomar su mano con la intención de tranquilizarla, pero ella reaccionó rápidamente, alejándose. Se arrastró de espaldas contra la pared, impulsándose con pies y manos para alejarse cuanto pudiese de él.

—¿Quién... demonios... eres? ¿Por qué... me haces esto? —balbuceó ella, aterrorizada.

—Dakata, soy yo, Constantine —Se levantó del banco pero no se acercó a ella.

—¡No! ¡No lo eres! ¡Constantine está muerto! ¡No te acerques a mí o te juro que te mataré!

—No miento, Dakata. Sé que es difícil de creer, pero soy yo...

—No... te fuiste... Nos dejaste...

—Tengo muchas cosas que explicarte, pero debes creerme, soy yo. Y nunca quise irme, marcharme así...

—¿Que nunca quisiste irte? No puedo creerlo. Nos dijeron que habías muerto. Te lloré durante días, meses... —No iba a confesar que seguía haciéndolo en sueños, cuando se permitía rememorar cada momento vivido con él —. El Constantine que yo conocí no lo habría hecho. No nos habría dejado pensar que había muerto mientras estaba aquí... ¿Dónde diablos estoy? ¿Estas son las instalaciones del Ejército Oscuro?

Constantine resopló con frustración. No podía revelarle toda la verdad de golpe.

—No, no estás en las instalaciones del Ejército. Este es un lugar seguro. Fuera de la Colmena, del dominio del Mando. Tienes que confiar en mí, Dakata, aquí estás a salvo. Mi equipo te ha rescatado de los soldados del Ejército cuando estos te llevaban a sus instalaciones. Jamás volverás a estar en peligro.

—¿Tu equipo? ¿Te refieres a las chicas que me han dejado dos veces inconsciente?

—Siento que haya tenido que ser así, pero te aseguro que todo lo que ha pasado hoy ha sido para garantizar tu seguridad.

Se acercó a ella un par de pasos, advirtiendo en su mirada la duda y confusión. Se moría de ganas de fundirse con ella en un abrazo, de sentirla y que ella lo sintiese a él.

—Dakata... por favor... —extendiendo la mano hacia ella, como invitación a tomarla.

Ella lo miró aún más confusa, recorriendo con la mirada su mano, su cuerpo y su rostro. Imaginó que buscando todo aquello que lo hacía reconocible para ella. Aunque al igual que ella, él era consciente de los cambios que su cuerpo había sufrido bajo el estricto entrenamiento de los Guardianes. Finalmente, y tras largos e interminables segundos, ella extendió la mano hacia él. Constantine dejó salir el aire de sus pulmones con alivio. Pero cuando Dakata tomó su mano, fue para, apoyada en una de sus piernas, elevar la otra con gran flexibilidad hasta su rostro y propinarle una fuerte patada giratoria. Volteó todo su cuerpo sobre las manos de ambos, aún agarradas, dando una segunda y espectacular patada en su pecho. Lo soltó para caer con elegancia una vez ejecutada la exuberante pirueta y ver cómo él se desplomaba en el suelo. Sin darle tiempo a reaccionar, cayó sobre él, sentándose sobre su pecho.

—Quiero salir de aquí y tú vas a hacer que sea posible —le dijo entre dientes, enfurecida. Decidida a no creer una sola palabra.

CAPÍTULO 12

Constantine giró sobre su lado derecho, haciendo que, de manera imprevista, Dakata cayese sobre el costado, momento que aprovechó él para colocarse sobre ella y reducirla, sujetando los brazos de la chica sobre su cabeza. Ella abrió los labios por la sorpresa. Se revolvió bajo su cuerpo, intentando zafarse del agarre, pero lo único que consiguió fue hacerle pasar un mal rato. El movimiento del cuerpo femenino, redondeado e insinuante, bajo el suyo, lo estaba desconcentrando y despertando en él necesidades inapropiadas para ese momento.

Lo más urgente era hacerla entrar en razón, y excitándose de aquella forma tan primitiva iba a conseguir que se sintiese de todo menos segura.

—No hay duda de que tus progresos en la lucha este último año son notables. Incluso sabiendo que el Dr. Wu te puso solo un placebo en la última revisión.

Aquellas palabras despertaron el interés de Dakata, que hasta ese momento solo había podido pensar en escapar de toda aquella locura.

—¿Qué placebo? ¿De qué estás hablando? ¿Qué sabes tú de las inyecciones? —preguntó haciendo un nuevo intento por liberarse, aunque Constantine siempre había sido más fuerte que ella, y era evidente que también había estado entrenando. No conseguiría librarse de su agarre si él realmente no se proponía que así fuese.

—Te lo contaré todo, si prometes dejar de resistirte y de intentar escapar de aquí.

El tono de Constantine fue tan suave y grave, mientras acercaba el rostro al suyo, que Dakata se quedó sin capacidad de respuesta. Tragó saliva y sintió cómo toda la piel se le erizaba de forma inquietante.

—Necesito que me lo prometas —insistió él sin apartar su mirada gris—. Siempre dimos valor a nuestras promesas...

—Hasta que rompiste la tuya de no abandonarnos.

—No me fui por voluntad propia, Dakata. Jamás me habría separado de ti.

Dakata apartó la mirada de su rostro. Le dolía tenerlo tan cerca, perderse en aquellas facciones perfectas, hermosas... Las había recorrido en sueños tantas veces el último año, pensando que jamás volvería a tenerlas frente a ella... El aire se hizo doloroso en los pulmones, intentando contener un sollozo.

—Por favor, Dakata, prométemelo y te lo explicaré todo.

Ella se movió muy despacio. Volvió la vista hacia él. La expresión de

Constantine cambió al ver el brillo de las lágrimas que amenazaban por salir de sus preciosos ojos, ahora más radiantes y violetas. Dakata no quería que él mostrase compasión por ella, por nada del mundo, y se tragó la congoja apretando las mandíbulas y elevando la barbilla.

—Lo prometo —aseguró en tono firme.

Él permaneció un segundo más observando fascinado el cambio de sus gestos.

—Ahora suéltame —le ordenó.

Su tono era bajo, pero lo suficientemente contundente como para que Constantine supiese que de no obedecer inmediatamente, volvería a atacar.

Con pereza la soltó primero de las manos y después se levantó liberando el resto de su cuerpo. Finalmente extendió una mano para ayudarla a levantarse, pero ella la rechazó, incorporándose sola, de un salto.

Constantine dio un par de pasos hacia atrás cuando vio que buscaba poner distancia entre ambos. Por mucho que le doliese que no quisiese tenerlo cerca, tras un año eterno de anhelar lo contrario, no podía culparla por guardar esa prudencial separación. Todo debía ser desconcertante y terrorífico para ella en ese momento. Tendría que tener paciencia.

—Habla —le ordenó apartándose un mechón de cabello del rostro.

—¿Por dónde quieres que empiece?

Dakata dudó, tenía tantas preguntas... sobre todo acerca de su marcha, de lo que había estado haciendo todo aquel tiempo, pero primordialmente, quería conocer los motivos que le habían impedido ir a por ellas. Aun así, temía que esas preguntas la colocasen en una postura vulnerable ante él. No quería llorar, ni dejarse llevar por los sentimientos que la dominaban.

—¿Qué sabes de las inyecciones, por qué dices que el Dr. Wu me ha puesto un... placebo? ¿Qué es eso? —Decidió finalmente que aquel era un tema más seguro.

—Porque él trabaja con nosotros...

—¿Vosotros? —lo interrumpió.

—La Orden de los Guardianes de las Razas.

Los ojos de Dakata adquirieron toda su capacidad de expresión y asombro.

—¿Los Guardianes de las Razas...? El doctor es un humano, ¿por qué estás trabajando con nuestros enemigos?

—Porque en realidad no lo son, Dakata. Ninguna de las otras razas lo es, en principio...

—No entiendo nada. En la Colmena...

—En la Colmena nos han estado engañando toda la vida —comenzó a explicarle, pero luego se dio cuenta de que tocar ese tema llevaría a muchas otras

preguntas. Era demasiada información de golpe—. Mira, ya te he dicho que es mucho que asimilar, pero tienes que ser paciente, darte tiempo para entenderlo todo.

—No tengo tiempo. Tengo una misión que cumplir y si no me explicas rápidamente qué es todo esto —dijo señalando a su alrededor con ambas manos—, me marcharé de aquí y no volverás a verme nunca más. Ni tú ni nadie conseguirá retenerme aquí.

Constantine resopló con frustración.

—Está bien... Siéntate, por favor. —Señaló el banco en el que ella había estado tumbada.

Dakata lo miró con desconfianza, como si estuviese electrificado, pero finalmente y viendo que él seguía esperando, lo hizo.

—Ahora mismo estás en las instalaciones de La Orden de los Guardianes de las Razas. En ella convivimos seres de distintas razas, en armonía. Nosotros nos ocupamos de que así sea. Nuestra misión es cuidar de que nadie ponga en peligro la supervivencia de ninguna. Para eso tenemos un Consejo formado por representantes de todas ellas, y un ejército, al que pertenezco, y que se asegura de protegerlas.

—Razas... ¿Cuántas razas? —preguntó consternada, bajando la mirada.

—Muchas más de las que jamás habrías podido imaginar —dijo él con una sonrisa— Hoy has conocido a unas cuantas de ellas, entre mi escuadrón hay dos dhampiras, como nosotros, una licántropo, y una elfa rastreadora.

—¿Tu equipo? ¿Te refieres a las chicas que me tenían custodiada?

—Sí. Ellas te liberaron del furgón en el que te transportaba el Ejército Oscuro a las órdenes del Mando. Ibas a ser recluida en su base cuando ellas te liberaron y te trajeron aquí.

—Yo no llamaría liberar a lo que han hecho conmigo. Para empezar, me dispararon alguna clase de energía que me dejó inconsciente, y luego me encerraron aquí, por lo que dices no sois mucho mejores que el Ejército Oscuro.

—Siento que tu rescate haya sido en estas circunstancias. Eso ha sido cosa de Gabriel, ella es un ángel, y una invitada estos días en la base. De haber estado allí, lo habría evitado.

Dakata no podía creer lo que estaba oyendo. Un ángel... Tenía que centrarse de nuevo en la conversación.

—Pero no estabas, otra vez.

Las palabras de Dakata se clavaron como puñales en el pecho de Constantine. Ella lo miraba con resentimiento, y lo entendía. Pero, ¿cómo iba a explicarle que él también había sido reducido de la misma manera para impedir que fuese a por ella, sin que su desconfianza hacia las personas que allí estaban,

aumentase? ¿Cómo iba a explicarle que él se debía a un destino que le había sido impuesto?

—Lo siento —fue lo único que dijo, lo único que podía decirle, por el momento—, pero lo importante es que estás aquí, a salvo.

—No haces más que decir eso, pero no lo entiendo, la verdad. Estoy encerrada, prisionera otra vez.

—Es por tu seguridad, y no voy a negar que también por la del resto de la base.

Dakata volvió a sorprenderse ante sus palabras.

—Yo no tengo intención de dañar a nadie, si no os interponéis en mi camino —aclaró.

—Ese es el problema. Antes de poder tomar tus propias decisiones sobre tu vida, tienes que conocer toda la verdad; cómo funciona el mundo realmente, lo que vas a encontrarte fuera de estas paredes, los seres que pueblan este planeta, cuáles son tus amigos y cuáles tus verdaderos enemigos. Y, sobre todo, tienes que aprender a controlar tus nuevos dones antes de que puedas hacer daño a alguien.

—Aún no se han desarrollado mis dones —se defendió sin saber qué decir al resto de lo que le había expuesto.

—Lo harán en los próximos días. Puede que, con tu rápida evolución, en las próximas horas.

Antes de que ella pudiese preguntarle nuevamente, Constantine se apresuró a aclararle su situación.

—Mientras estábamos en la Colmena, y a partir del momento en el que alcanzamos la pubertad, el Mando nos tuvo sometidos mediante las inyecciones que nos administraba el Dr. Wu. Esas vacunas no son para mantenernos sanos, sino para que seamos dóciles. No nos protegen a nosotros, sino a ellos.

—Ellos...

—Los seres de la raza superior. Y cuando el Dr. Wu descubrió que ibas a ser convocada para el circuito de los combates a muerte, cambió el contenido de tu vial por uno de igual apariencia, pero sin el inhibidor que nos mantenía sometidos. Era de vital importancia despertar tus dones, fuerza y habilidades, para que tuvieses una oportunidad de sobrevivir en la arena.

Dakata recordó entonces la extraña actitud del doctor en la última revisión; se había preocupado por su estado e intentado hablar con ella, hasta que fueron interrumpidos por Vlad el Mutilador.

—Necesitábamos que ganases los combates y entrases en el Ejército. Nuestra única oportunidad de rescate residía en hacerlo cuando te hubiesen sacado de las instalaciones, que son una fortaleza, hasta la fecha, impenetrable.

Dakata bajó nuevamente la cabeza, era mucho para asimilar. Las preguntas

se agolpaban en su mente una tras otra, embotando su cabeza. Apoyó las manos en sus sienes y volvió a sentir el cosquilleo de los últimos días, en las yemas de sus dedos. ¿Formarían parte de los nuevos dones que estaban por revelársele? Se las frotó de forma vigorosa, más fruto de los nervios que por la sensación que ya se estaba convirtiendo en algo habitual.

—Y todo este tiempo, ¿has estado aquí? ¿Te rescataron de la misma forma que a mí?

Constantine tomó aire. Sus circunstancias habían sido muy distintas. Fue hasta ella y a riesgo de que intentase un nuevo alejamiento entre ambos, se agachó frente a su cuerpo, apoyando las manos en sus rodillas. Necesitaba perderse en sus ojos antes de continuar, leer en ellos lo que pasaba por su mente. Dakata no se apartó, pero no le dio el gusto de levantar el rostro. Elevó una de sus manos hasta posarla en su mejilla, con suma delicadeza y ternura.

El corazón de Dakata se vio inmediatamente transportado al momento que había recordado aquella misma mañana en la sala común, en la Colmena. Sintió el calor de la palma masculina sobre su piel y aspiró su aroma. Cerró los ojos, temiendo estar soñando de nuevo. Todo lo vivido en las últimas horas bien podría ser producto de su imaginación, o de algún alucinógeno.

Nada parecía real.

—Mírame, Dakata —le ordenó él en tono suave pero firme, tan cerca de su rostro que pudo sentir su aliento sobre los labios.

Ella negó con la cabeza.

—Está bien, pero quiero que sepas que yo no quería marcharme sin ti, sin vosotras. Que habría dado mi vida por seguir a tu lado. Y que no ha pasado un minuto desde entonces en el que no hayas estado en mi mente.

El corazón de Dakata se desbocó en una carrera trepidante, furiosa. Un centelleo asomó a su mirada y entonces elevó el rostro para cruzarse con su mirada, apenas a unos centímetros de la suya. Él la bajó hasta sus labios que se abrieron expectantes, como una flor que ansía el rocío de la mañana. Contuvo el aliento mezclado con el masculino en los pulmones.

—Dakata... —Constantine pronunció su nombre con una cadencia que jamás había encontrado en su voz. Había necesidad, anhelo, dulzura, locura...

—¡Constantine! —La voz firme y urgente de una mujer los interrumpió, acabando con el momento.

Constantine se separó de ella con premura, alejándose hasta la otra punta de la celda, como si se avergonzase de lo que había estado a punto de pasar entre los dos.

—Necesito hablar contigo —volvió a intervenir la mujer.

Dakata la observó, aunque el único foco de atención de la recién llegada era

él. Era una mujer alta, con el cabello rubio muy claro, y los ojos grises. Su pose era altiva y elegante. Su piel pálida y ligeramente brillante. Vestía un traje largo y celeste que la cubría hasta el suelo, haciendo que, con su distinguido movimiento, pareciese que se deslizaba sobre él en lugar de caminar.

—Ya voy, madre.

Aquella última palabra hizo que Dakata que estaba a punto de interrogar a Constantine sobre la recién llegada, se detuviese en el sitio, dejando que las preguntas quedasen congeladas en sus labios.

Estupefacta, vio como él salía de la celda, y cerrando tras de sí, se marchaba dejándola de nuevo sola y aturdida.

CAPÍTULO 13

—¡No puedo creer que hayamos perdido a la chica! ¿Le pusiste una escolta de solo cuatro hombres? ¿En qué estabas pensando?

Raynard, que hasta ese momento dedicaba toda su atención a las cámaras de su despacho, observando el comportamiento del resto de los «semillas negras» de la Colmena tras la marcha de Dakata, giró lentamente su sillón hasta encarar a su viejo amigo. Sus iris, de un intenso color carmesí, se dilataron hasta ocupar la totalidad de las cuencas de sus ojos de forma aterradora. Kendrick dio un paso atrás de manera inconsciente.

Se conocían desde hacía tanto tiempo, que en ocasiones olvidaba lo temible que era contradecir abiertamente a su amigo.

—Pensaba en llevar a cabo mi plan.

El tono frío y cortante de Raynard, tan controlado y exento de agitación, lo sacó aún más de quicio, y curvó el gesto en una mueca desapacible que hizo más desagradable la visión de su rostro marcado por las cicatrices.

—Creía que el plan era recuperar a tu hijo. ¡Sin él no conseguiremos el suero! Y ahora no lo tenemos ni a él ni a la única baza que disponíamos para llamar su atención.

Raynard se levantó del sillón, y en lo que tardó Kendrick en pestañear, se colocó a su lado. Comenzó a servirse una copa de la sangre de la guerrera que había perecido aquel día en su combate con Dakata.

Tenía que reconocer que aquella había sido una pérdida que sí sentía. Siempre pensó que Akame se incorporaría al Ejército Oscuro. Sus dones y capacidades en la lucha la habían hecho destacar considerablemente dentro de su grupo, pero aún así, la pequeña Dakata había logrado vencerla, arrebatándole de esta forma a una soldado cuyo poder habría enriquecido al Ejército con su nuevo don.

Aquella endemoniada chica había resultado ser una caja de sorpresas, dando mucho más de lo que se esperaba de ella en la arena. Era especial, pero no se había dado cuenta de cuánto hasta ese día. Y a él más que a nadie, le había molestado tener que perderla bajo su control, aunque fuese solo por unos días.

—¿De veras pensaba que Michela iba a ser tan ilusa de enviar a Constantine a por Dakata? ¡No seas estúpido, Kendrick! ¡Es su hijo!

Este último exabrupto pilló por sorpresa al vampiro que volvió a separarse de él. Decidió tomar asiento en el sofá de cuero, junto a la pared. Contuvo el

aliento antes de volver a dirigirse a él y expresarle sus dudas.

—¿Y entonces por qué la hemos expuesto a ella? Ahora tienen lo que quieren, hemos perdido una oportunidad única. No tenemos nada más con lo que presionarlo.

—Te equivocas por completo. Ahora estamos más cerca que nunca, no solo de conseguir a Constantine y a la chica, también de acabar por fin con toda la Orden de los malditos Guardianes de las Razas.

La sorpresa de Kendrick se vio reflejada en su rostro.

—Deja de pensar, viejo amigo. La experiencia nos ha demostrado que, como asesino, eres implacable. Eres un buen brazo ejecutor, pero pensar no es lo tuyo. Por eso soy yo el que está al mando de la Colmena, y el que va a conseguir que por fin nosotros, los vampiros, nos hagamos con el dominio del mundo.

Raynard sonrió de forma escalofriante, dejando apreciar entre sus dientes un hilo de la sangre con la que se deleitaba. Y Kendrick le devolvió la sonrisa, encantado con la idea.

—¿Y puedo saber cuál es entonces tu plan para conseguirlo?

—Puedes saber que hacer que Dakata entrase en el circuito de los combates a muerte, me ha proporcionado información muy valiosa sobre el funcionamiento interno de la base que de otra forma, seguiría ignorando —hizo una pausa para dar un nuevo trago, mientras una de las cejas de Kendrick se elevaba a causa de la sorpresa—. Y que ahora tenemos, gracias a nuestro eficiente Vlad, localizada la base de los Guardianes, a Dakata y a Constantine.

—¿Cómo es posible...?

—Él mismo le inyectó un localizador antes de entrar en la arena. La cauta seguridad del furgón no era más que un ardid en favor de nuestros rivales para que pudiesen rescatar a la guerrera en apuros. Aunque por lo que he podido comprobar en las cámaras de seguridad del furgón, tampoco les habría hecho falta contando con la ayuda de un ángel. Sin duda no había considerado que estuviesen tan bien preparados. Tendremos que reforzar nuestras tropas antes de enfrentarnos con ellos.

—¿Un ángel? —Kendrick lo miró con estupor.

—Eso parece. Michela siempre ha sido buena consiguiendo aliados. Su diplomacia es una de sus grandes virtudes.

—Pero los ángeles solo actúan cuando el peligro es supremo.

—¿Y no te hace sentir eso sumamente importante? —La risa grotesca de Raynard invadió todo el despacho—. Están tan asustados que han llamado refuerzos. Pero está bien, eso solo hará la lucha mucho más excitante. Y la victoria, extraordinariamente satisfactoria.

Raynard se dio la vuelta, girando su sillón nuevamente hacia las pantallas y

dando la espalda a su amigo.

—Esto es interesante... —volvió a añadir, fijándose en una de las celdas en concreto, y ya ignorando por completo al otro.

—¿Qué? —preguntó sin entender qué veía de extraordinario esta vez en aquellos «semillas negras».

Raynard no contestó, se limitó a mostrar una intrigante sonrisa ladina.

Kendrick, viendo que ya no pensaba compartir con él más información, salió del despacho dejándolo solo con sus cavilaciones.

CAPÍTULO 14

Dakata iba caminando junto a Constantine mientras las chicas de su equipo los rodeaban, custodiándola. Tenía controlados cada uno de los movimientos de las guerreras. No se le olvidaba que una de ellas le había lanzado un dardo tranquilizante, y que todas ellas la llevaron inconsciente hasta la base. Constantine alegaba que estaban allí acompañándolos por formar parte de su escuadrón y para que las fuese conociendo, pero no lo tenía tan claro. Podía oler el miedo y recelo que emanaba de ellas. Pensaban que era peligrosa, y si estaban allí era para proteger al resto de personal de la base, o incluso a su líder de escuadrón. Era palpable la lealtad, respeto y admiración que todas ellas sentían por el que había sido su compañero en la Colmena, y no sabía por qué, eso le molestaba.

Lo tenía a su lado; caminaba como él, hablaba como él, podía reconocer sus facciones, sus gestos, aquel cuerpo fuerte y abrumador, pero al mismo tiempo era como estar junto a un desconocido. Como si todo lo que habían vivido juntos durante todos los años de reclusión en la Colmena, formasen parte de una vida muy lejana. Y aquello era una locura. Solo hacía un día que había salido de allí. Él sin embargo durante el último año se había convertido en otra persona; una llena de secretos, con una vida muy distinta, y prioridades que distaban mucho de las suyas.

Cuando vivían juntos, solo había una prioridad para ellos: protegerse como familia. Eran tres; Constantine, Dara y ella. Y no importaba nada más. Tal vez por eso, porque estaban solos, su mundo se reducía a los otros. Pero ahora él estaba rodeado de gente que lo admiraba y luchaba junto a él. Incluso tenía una madre, algo que aún la tenía completamente confusa, y de lo que esperaba que él le hablase. En la Colmena les habían enseñado que ellos no tenían familia, no procedían de nadie, a nadie importaban salvo a los seres de la raza superior, que los custodiaban y protegían del exterior. ¿Cómo era posible entonces que él sí la tuviese? ¿Tendría ella también una familia que desconocía?

Constantine la tomó por el codo para guiarla hacia un nuevo pasillo. Tan solo el roce de los dedos largos y fuertes de sus manos sobre la piel de su brazo le produjo un cosquilleo que quiso evitar inmediatamente, apartándose. Cuando él la miró interrogativamente, ella desvió la mirada hacia el centro del pasillo. Por suerte no tardaron en llegar a su destino. Según le había informado Constantine, se trataba del comedor.

Dakata se preguntó por qué la llevaban a un comedor, cuando hacía apenas una hora le habían llevado a la celda el desayuno, compuesto por una base de maíz y leche, más sabrosa que la de la Colmena, pero a fin de cuentas, una pasta más. Por lo tanto, no veía el sentido a visitar esa parte de la base. Tenía más curiosidad por conocer otras zonas de la enorme estructura, formada por un laberinto de pasillos tan distintos a los de la Colmena. Necesitaba hacer un plano mental de todos para trazar su plan de escape.

—Este es el comedor. Como verás, el espacio no dista mucho de la sala común de la Colmena. Sin embargo, enseguida averiguarás lo distinto que es en todo lo demás —le dijo él con una sonrisa.

Fue el turno de Dakata de mirarlo confusa. Y entonces entraron en la estancia y sus ojos se abrieron por el asombro. El comedor estaba repleto de seres de constituciones, colores, razas y vestimentas muy diversas. Ella jamás había visto algo semejante, acostumbrada a la vestimenta anodina e idéntica que todos vestían en la Colmena. El contraste con la ausencia de color de su hogar anterior, y sobre todo la gran diversidad de razas que allí había la abrumaban. Ni siquiera conocía la mayor parte de las que allí estaban congregadas y que se relacionaban de manera natural y sin reparos entre ellas.

Sus ojos fueron de un lado a otro de la sala sin saber exactamente dónde detenerse.

—¿Qué...?

—¿Qué son? —terminó Constantine la pregunta por ella, mientras cruzaba sus fuertes brazos sobre el pecho y sonreía con suficiencia.

Dakata se limitó a asentir y volver a recorrer la sala.

—¿Ves a aquellas dos chicas de allí?

Dakata siguió la dirección que él le había señalado, deteniendo su interés en dos chicas preciosas. Una rubia, de rasgos exquisitos y delicados, la otra de ojos rasgados, y labios carnosos. Ambas con el cabello muy largo, sobrepasando el final de sus espaldas. Sus pieles eran finas y resplandecientes. E iban apenas cubiertas por unos monos de un tejido semitransparente con pequeñas incrustaciones nacaradas que dejaban a la vista casi toda la piel de sus esculturales cuerpos. La rubia, tras reír ante lo que parecía la ocurrencia de su compañera de mesa, se levantó de su asiento, con movimientos insinuantes y se deslizó sobre la mesa, sentándose en ella. Apartó su larga melena a un lado y fue cuando Dakata las vio.

—Son branquias. Respiran por ellas cuando están en el agua —le aclaró él al ver su expresión boquiabierta—. Son sirenas. Vive en los océanos. Su mundo y dones son muy valiosos y están siempre expuestas a la codicia de otras razas. Los guardianes las protegemos.

—¡Son preciosas! —exclamó en un susurro quedo.

—Sí que lo son —Oyó Dakata que decía la chica que le había lanzado el día anterior el dardo tranquilizante. Constantine se la había presentado como Mako. También le había dicho que era una elfa rastreadora.

Se giró para observarla. Le había despertado la curiosidad el tono anhelante que acompañó su declaración. Mako admiraba a las sirenas, embelesada. Después desvió la vista a las chicas de la mesa y, pasmada, las vio besarse entre ellas, con devoción y entrega.

Ella nunca había sido testigo de un acto tan íntimo, y tras el primer momento de asombro, desvió la mirada ruborizada.

—¿Y qué hay de ellos? —Quiso apartar la atención de las chicas, preguntando por un grupo de cuatro chicos y chicas que reían en el otro extremo de la sala.

—El más joven, Luca, es un licántropo, y hermano menor de Ulua.

La chica, que formaba parte del escuadrón de Constantine y que además había sido víctima de su agarre a través de los barrotes el día anterior, la miró con recelo. Algo de lo que no la podía culpar.

—La del pelo azul es Taimi, un hada. Llari, la morena menuda, a su lado, es una cambiante, y el chico serio y grande del extremo de la mesa es un ángel. Se llama Shinué, y es el compañero de Gabrielle...

—La zorra que me dejó inconsciente en mi supuesto rescate —terminó la frase clavando la vista en él. En ese momento el ángel miró en su dirección, pero Dakata se dio cuenta de que el objeto de su atención se encontraba junto a ella; Nyree. La chica le sostuvo la mirada sin reparo.

Constantine, mientras tanto, observaba a Dakata con mirada entornada conteniendo una sonrisa. Ella nunca había sido tan visceral hablando sobre nadie. La alteración podía deberse a la cantidad de emociones que había vivido ella en los últimos días, pero él apostaba más por los cambios hormonales que se estaban dando en su interior, ahora que no estaba controlada por la vacuna del Mando. Dakata no podía imaginar, ni de lejos, la transformación que estaba a punto de sufrir.

—Sé que tendrás muchas más preguntas sobre los habitantes de la base. No hay duda de que somos un grupo variopinto, pero creo que es el momento de que conozcas al que será tu maestro, y a nuestra doctora.

—¡Nadie va a volver a inyectarme...! —protestó con vehemencia.

—¡No, claro que no! —Constantine la tomó por los hombros para tranquilizarla—. Nadie volverá a controlarte. Pero tenemos que estar seguros de que las alteraciones que se produzcan en ti, no te dañen. Tienes que conocer los efectos de dejar de estar bajo el dominio de la vacuna. Y la doctora puede hacer

que la mutación sea mucho más llevadera.

—¿También te ayudó a ti? —le preguntó atreviéndose a cruzar la mirada con la suya, abiertamente, por primera vez aquel día. Al instante su corazón comenzó a desbocarse, y lo que era aún más inquietante, la turbación se anidó en su vientre de una forma extraña y palpitante. El calor se apoderó de sus mejillas y se apartó de él con rapidez.

¿Qué era lo que le estaba pasando?

—Sí, a mí y a todos los dhampiros que hemos sido liberados o llegados a la base buscando ayuda o refugio —le contestó sin apartar la mirada de sus mejillas azoradas y su respiración acelerada. Estaba preciosa.

—¿Liberados?

—Tranquila, es mucha información, pero tu maestro te aclarará todas las dudas. Las chicas te acompañarán a conocerle.

—¿Tú no vienes conmigo? —El tono de Dakata demostraba inquietud y nerviosismo.

Interiormente, Constantine se alegró de que ella aún se sintiese tan a salvo con él como para querer que la acompañara. Lamentó no poder hacerlo.

—Lo siento mucho, pero tengo algunas responsabilidades que atender.

Dakata apartó la vista, no dejándole advertir la decepción que le provocaban sus palabras.

Constantine no pudo contenerse y elevó la mano para tomarla por la barbilla y girar su rostro.

—Te prometo que más tarde, cuando termines con tu maestro y la doctora, estaremos juntos. Tengo una sorpresa para ti.

Dakata, muy a su pesar, apenas fue capaz de disimular la sonrisa que amenazó con asomar en sus labios. Por suerte, él, tras depositar un leve, inesperado, y furtivo beso sobre su frente, se marchó antes de poder advertirlo.

A Dakata no se le escaparon las miradas que se dirigieron las chicas del escuadrón las unas a las otras ante el gesto de su líder. Pero no hicieron comentario alguno al respecto. Simplemente se colocaron en formación nuevamente, rodeándola, y la dirigieron a su siguiente destino.

CAPÍTULO 15

—¡Bienvenida, Dakata! —la saludó un hombre de tez muy oscura y penetrante mirada, nada más llegar a la que suponía que era la zona de entrenamiento de la base.

Dakata inspeccionó la zona rápidamente antes de nada, intentando ubicarse. Tampoco aquel espacio distaba mucho de su equivalente en la Colmena. Había un área central destinada al entrenamiento cuerpo a cuerpo, rodeado de maquinaria para ejercitarse, y una pared lateral cubierta por armas de distintos tipos y usos. Muchas de ellas no las había visto jamás, pero otras, como las espadas, katanas, cuchillos y bastones de lucha, eran viejas conocidas para ella. No solo se había entrenado para su uso, sino que su dominio de ellas era bastante aceptable. Si tenían las armas allí expuestas, podría tomarlas antes de su huida.

—¿Te gustan nuestras armas? —Se vio sorprendida por la pregunta del hombre.

Se recriminó mentalmente por haber sido tan transparente.

—Son interesantes —contestó elevando la barbilla, optando por mostrar una actitud más decidida y menos insegura, que era realmente como se sentía en ese momento.

El hombre comenzó a reír abiertamente, a carcajada limpia, lo que hizo que Dakata advirtiera los enormes colmillos que asomaban en su dentadura. Inmediatamente las imágenes del chico destrozado por el Hombre Tortuga en la Colmena aparecieron ante ella, helándole la sangre. Su instructor pertenecía a la raza superior. Dio un paso atrás, consternada.

—No debes temerme, Dakata. Estoy aquí para ser tu maestro. No voy a hacerte daño. Nadie lo hará dentro de esta base.

Dakata miró a un lado y otro, seguía rodeada por las chicas. Ella no tenía tan claro que fueran ciertas las afirmaciones del que se suponía que iba a ser su mentor.

—Teníamos que haber empezado por las presentaciones. Soy Dominick —dijo inclinando levemente la cabeza—. Y sí, tal y como has advertido, soy un vampiro. Vosotros, los «semillas negras», nos llamáis seres de la raza superior. Un apelativo arrogante que se otorgó a sí mismo el Mando, con el fin de amedrentaros.

—¿Semillas negras? —se atrevió a preguntar.

—Será mejor que nos sentemos antes de comenzar a explicarte tus

origines...

—Sí, será mejor. No queremos que la chica se nos desmaye, o peor aún, le dé por atacarte al descubrir quién eres y lo que has hecho —intervino Nyree con un desprecio que hizo centellear sus ojos.

Dominick le sostuvo la mirada unos segundos, pero en ella no advirtió vestigio alguno de ira, tan solo pesar.

—No creo que sea el momento, hija —le dijo a la guerrera.

Dakata se quedó pasmada al escuchar la forma en la que se había dirigido a ella. Sabía que Nyree era dhampira, como ella, ¿y también era hija de un miembro de la raza superior? No entendía nada.

Nyree bufó evidenciando su molestia, pero finalmente decidió con un gesto de su mano, ordenar al resto del escuadrón que la acompañara a la salida.

—Dakata, te esperaremos fuera para escoltarte cuando hayas finalizado —le dijo a ella, ya saliendo por la puerta.

Dakata estaba demasiado consternada para contestar, por lo que se giró para centrar su atención en Dominick, que había seguido con la mirada los pasos de su hija.

—Bien —dijo tras resoplar—, empecemos. Sígueme, por favor.

Dakata obedeció y acompañó al vampiro, una vez más, alucinada. Nunca antes un miembro de la raza superior le había pedido algo por favor. Las ordenes habían sido siempre escuetas y cortantes, dejando claro que no daban lugar a oposición de algún tipo.

Para su sorpresa se dirigieron al centro del área de entrenamiento cuerpo a cuerpo, y al llegar, el hombre se sentó sobre la lona que cubría el suelo, cruzando las piernas, tal y como hacía ella en los momentos de meditación. Elevando una mano la invitó a imitarlo y sentarse frente a él. Dakata observó la lona, la sala, y después la mano del hombre que seguía extendida. De momento, no le quedaba más remedio que seguir sus instrucciones, y para qué negárselo a sí misma, quería saber lo que él le había insinuado que le iba a explicar. Toda su vida había estado llena de grandes incógnitas, de las que parecía tener la respuesta. Finalmente, descendió hasta sentarse frente a él, imitando su postura.

Dominick asintió complacido.

—Estoy seguro de que tienes muchas preguntas, pero quizás sea mejor que te explique yo algunas cosas antes.

—Tampoco sabría por dónde empezar, así que me parece bien.

Dominick tomó aire antes de comenzar a hablar, algo que extrañó a Dakata. Parecía tenso. ¿Por qué iba a estarlo un miembro de la raza superior ante ella, una simple «semilla negra»? Aquella inquietud hizo que su interés despertara aún más, si cabía.

—Bien, empezaremos por el principio, siempre es lo mejor —comenzó—. Los vampiros hemos caminado sobre la tierra desde el principio de los tiempos. Sin duda, somos una raza fuerte y letal. Carente de alma y escrúpulos en la mayor parte de los casos. Acostumbrados a tomar cuanto deseábamos durante milenios, nunca nos preocupamos del bienestar de las especies que convivían con nosotros. Si teníamos que diezmar las vidas de cuantos se interponían en nuestro camino, lo hacíamos sin ningún tipo de cautela.

Dominick escrutó en este punto el rostro de la chica ante él, buscando algún signo que le ayudase a imaginar lo que pensaba, pero no lo encontró. Sus ojos violetas se mostraron tan solo expectantes y el gesto impasible. Decidió continuar con su relato.

—No quiero confundirte, no somos la raza más fuerte que habita sobre la faz del planeta. Son muchas las que poseen grandes poderes de destrucción, aún mayores que los nuestros, pero dichas razas poseían alma, algo de lo que nosotros carecemos. Me temo que la inmortalidad y la arrogancia nos convirtieron en la cabeza de la pirámide alimenticia. Una de las razas más afectadas por nuestra falta de escrúpulos fueron los humanos. Ellos son nuestra principal fuente de alimento, pues su sangre es el sustento que precisamos para mantener nuestra fuerza y dones.

—Pero los humanos son peligrosos...

—No, no lo son. Son frágiles ante nuestras destrezas y poder de destrucción, y sobre todo ante la falta de conocimiento que tienen sobre los peligros que les acechan. Son una raza extraordinaria que debe ser protegida de aquellos que no los ven más que como contenedores de su ansiado alimento.

—Pero ellos quieren matarnos...

—Dakata, ni siquiera saben que existimos. Para ellos somos leyendas, cuentos de miedo, personajes de ficción. Viven ignorantes de las grandes fuerzas que los rodean, y así debe ser, pues de ser conscientes de la realidad y la fragilidad de su existencia, el caos reinaría en la tierra.

Cuando más le explicaba Dominick, menos cosas entendía. Durante toda su vida había pensado que los seres de la raza superior les habían estado protegiendo de los humanos. Que estos eran sanguinarios asesinos sin escrúpulos. Pero ahora descubría que había sido al revés.

—Pero si no es para protegernos, ¿para qué el Mando nos tiene recluidos en la Colmena?

Dominick sonrió con lo que a ella le pareció tristeza.

—Para someteros. Tienes que entender que, durante milenios, mi raza se creyó fuera de peligro y sin rival que pudiese poner freno a su destrucción. En nuestro afán de dominación, no solo diezmos la vida de millones de humanos

para saciar nuestra hambre, también tomamos sus cuerpos para saciar otro tipo de apetitos...

Dakata lo miró confusa y él se dio cuenta de lo inocente que era. No esperaba verse obligado a tener también una conversación sobre *eso* con ella. Enderezó su postura, resoplando.

—¿Sabes algo sobre... sexo?

Dakata le devolvió una mirada entornada y ceñuda.

Dominick tosió, incomodo.

—Procreación. ¿Sabes algo sobre la procreación de las especies?

—He leído los manuales sobre la procreación animal. Conozco el proceso —dijo ella como si hablase del procedimiento para lavarse los dientes, o hacer una kata de entrenamiento.

—Me sirve. Aunque has de saber que hay mucho más detrás del acto de procrear. El proceso, como tú lo llamas, es mucho más complicado y no siempre se realiza para obtener descendencia. De hecho, en la mayor parte de los casos, su finalidad es la de satisfacer la necesidad física de obtener placer.

Dakata inclinó la cabeza a un lado con curiosidad.

—En fin, no quiero entrar en esos temas contigo. Seguro que los descubrirás por ti misma. Y si tienes dudas, la doctora Meyer está mucho más capacitada para aclararlas que yo. —Volvió a tomar aire—. Lo que quería explicarte es que también profanamos los cuerpos de las humanas a las que deseábamos. En muchos casos usando nuestro don de persuasión para conseguir nuestros fines, y sin pensar nunca en las consecuencias de nuestros actos. En la mayor parte de las ocasiones, el... acto terminaba con la muerte de la humana, tras alimentarnos de ella. Pero en unos pocos, las humanas eran suficientemente fuertes como para sobrevivir a nuestro ataque.

—No entiendo nada... ¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Dakata cada vez más incómoda con el giro de la conversación.

—Dakata —suspiró—, esas mujeres quedaban embarazadas. Y los bebés que engendraron en sus vientres, fruto del encuentro con un vampiro, sois vosotros, los «semillas negras»; dhampiros. Hijos de una humana y un vampiro.

Dakata sacudió la cabeza intentando deshacerse de aquella absurda idea. Ella no podía ser hija de un miembro de la raza superior... ¿y de una humana?

Dominick dio a Dakata algunos minutos para tolerar la idea.

—Entonces, ¿tengo padres? —preguntó elevando la vista. La firmeza de su tono sorprendió a Dominick.

—Tu madre murió al nacer tú, como la de todos los dhampiros nacidos de una humana. La gestación de uno requiere que una capacidad física y de resistencia que una humana no posee. No olvidemos que sois mitad vampiro.

—¿Entonces... maté a mi madre en el momento de mi nacimiento? —dijo con horror levantándose de la lona. Comenzó a caminar de un lado a otro con desasosiego.

—No fuiste tú. Tan solo eras un bebé. Tu madre fue suficientemente fuerte como para llegar al final de la gestación y poder darte la vida. Muchas humanas no consiguen llevar el embarazo de un semilla negra a término.

Dakata intentó tragar el nudo que atenazaba su garganta. Tenía ganas de gritar de llorar, de... No sabía de qué exactamente; estallar. Los poros de la piel le ardían. Y un millón de sensaciones y preguntas bulleron en su cabeza atormentándola.

—¿Y mi padre? —preguntó apretando los dientes.

Dominick la vio dirigirse a él. Ya no parecía la chica insegura que había entrado en la sala de entrenamiento, hacía un rato. Su piel irradiaba algún tipo de energía y su mirada violeta se volvió eléctrica, fría y peligrosa.

—No sabemos quién es.

—¿Él tomó lo que quiso de mi madre, profanó su cuerpo y se alimentó de ella, abandonándola sin mirar atrás, como si fuera inservible?

Ahí estaba, el odio natural de un semilla negra hacia su progenitor. Por ese odio había sido creada la Colmena. Un odio inherente a sus genes, a su historia, a su supervivencia, y que los convertía junto a sus dones, heredados de aquel que los había engendrado, en el mayor peligro para la conservación de los vampiros.

—Sí, así fue. —Era la única respuesta que Dominick debía darle; la verdad. Y la confesión no terminaba allí—. Pero aún hay más.

Dakata echó los hombros hacia atrás e inclinó la cabeza para observarlo entre el cabello que había escapado de su coleta. Su mirada era helada. Colocó las manos a ambos lados de su cuerpo, tenso y en alerta. Dominick sabía que su ira estaba a punto de estallar en su modo más letal.

—¿Y qué es la Colmena? ¿El lugar en el que encerráis a la escoria de vuestra progenie?

—No, es el lugar donde encerramos a la única raza con capacidad para destruirnos. Vuestro odio natural hacia nosotros despierta vuestros dones, heredados del progenitor. Sois fuertes, decididos, letales. Guerreros natos capaces de localizar a un vampiro a kilómetros de distancia, seguir su rastro y acabar con él. Poseéis nuestros dones y fortaleza sin nuestras debilidades; no estáis condenados a vivir en el mundo de las sombras. Vosotros podéis caminar bajo el sol. Y tampoco tenéis sed de sangre.

—Salvo la de derramar la de nuestros creadores.

—Exactamente. Por eso el Mando construyó la Colmena, para dominar y someter a su mayor enemigo. Su única arma natural de destrucción.

—¿Y quién nos ha llevado hasta allí? ¿Quién nos ha convertido en prisioneros para toda nuestra existencia?

Dakata pronunció las palabras con la frialdad de su mirada gélida.

—Yo. Yo fui el encargado de llevaros a cada uno de vosotros hasta allí. La última semilla negra que entregué, era una pequeña niña, hace siete años.

—Dara...

El nombre de la niña fue lo último que oyó Dominick, antes de ver el haz de luz azul que emanaba de manos de la chica, y que se trasladaba de una mano a otra, retroalimentándose. Los ojos de Dakata eran ya incandescentes. Elevó las manos hasta la altura de su pecho y Dominick pudo apreciar, perplejo, entre la luz eléctrica una figura metálica. Pero antes de que esta pudiese tomar forma por completo, los ojos de la chica se volvieron blancos, convulsionó violentamente, y cayó de espaldas, desplomándose en el suelo.

CAPÍTULO 16

—¡Vaya, te has despertado? ¿Cómo te encuentras?

La voz suave de una mujer llegó hasta Dakata mientras pretendía abrir los ojos y se revolvía intentando levantarse.

—No hagas esfuerzos, querida. Necesitas descansar. —La mujer apoyó una mano sobre su hombro, invitándola a permanecer tumbada.

—Perdone, señora, pero desde que llegué a esta maldita base, he pasado más tiempo inconsciente que despierta —dijo rápidamente. Pero al intentar nuevamente levantarse sintió que la habitación daba vueltas, haciendo que perdiese el equilibrio.

—Siento que no te hayamos dado una buena bienvenida. Aunque no lo creas, te esperábamos con impaciencia —dijo la mujer, dándose la vuelta para tomar un carro con utensilios y acercarlo a ella.

Dakata aprovechó el momento para observar la habitación en la que se encontraba. En esta ocasión, aquella era la equivalente a la consulta del doctor Wu en la Colmena, pero en la base. Y en lugar de atenderla un hombre asiático de trato hermético, la atendía una mujer de mediana edad que le ofrecía una mirada cálida. Sus ojos castaños sonreían en todo momento. Y su cabello, rojo como el fuego, a la altura de los hombros, avivaba su piel pálida, cubierta de pecas.

—¿Es usted la doctora Meyers? —preguntó al recordar que Dominick se había referido así a ella.

—Efectivamente, ya veo que te han hablado de mí —La doctora se acercó a ella y tomó su muñeca con dos dedos mientras miraba su reloj.

—¿Qué... qué hace? —preguntó paralizada.

—Te tomo el pulso. No debes preocuparte, solo te hago un chequeo para asegurarme de que te recuperas adecuadamente de tu sobreexposición.

—¿Sobreexposición? ¿Eso es lo que me ha pasado?

—Bueno, en realidad no sabemos qué te ha pasado. Solo que tus dones están despertando a una velocidad alarmante, y que como aún no tienes dominio sobre ellos, la falta de control ha provocado una sobreexposición que ha colapsado tu cuerpo. No estás preparada aún para soportar la intensidad de tu don. Tendrás que entrenar bastante, en un entorno controlado, para que esto no vuelva a suceder. Suerte que la capacidad de recuperación de los dhampiros es excelente.

Mientras la doctora hablaba, la vio tomar un aparatito y apuntar con él a su frente. Frunció el ceño e intentó apartarlo con la mano, como el que espanta una

mosca.

—Esto era solo para tomarte la temperatura. Cuando llegaste aquí parecías hervir desde el interior de tu cuerpo. Nunca había visto una cosa igual. Eres fascinante —le explicó con admiración.

Dakata no supo que decir, nadie antes se había referido a ella de tal forma.

—¿Tú cómo te sentías? —quiso saber la doctora, ayudándola a levantarse. Tras hacerlo y asegurarse de que se mantenía bien en esta postura, tomó un taburete y se sentó frente a ella, junto a la camilla.

—No lo sé explicar muy bien. Nunca lo había notado así. Hasta ahora tan solo había sentido un hormigueo en las manos... Pero cuando Dominick me dijo... —Dakata se frotó las palmas al apreciar que el hormigueo volvía a ella al recordar las cosas que este le había contado, todas las revelaciones que tenía que asumir. Temió volver a disparar su poder y se frotó enérgicamente las palmas contra los muslos. Su respiración se hizo acelerada, y la sensación de hormigueo subió por sus brazos, la sentía recorrer su piel hasta adormecerle el rostro. Miró confusa a la doctora.

—¡Dios mío! ¡De veras que eres fascinante! —Volvió a repetir la doctora, mirándola embelesada. Al darse cuenta esta de que no sabía a qué se refería, se alejó con premura de ella para volver a los pocos segundos con un espejo que puso entre sus manos, con sumo cuidado.

Dakata levantó el espejo hasta su rostro y se quedó sin palabras al admirar su reflejo en él. Sus ojos, habitualmente de un intenso color violeta, habían adquirido una tonalidad azul eléctrica. Tan claros y centelleantes que hacían cambiar la apariencia de su rostro por completo, haciendo que perdiese la dulzura para convertirse en algo... amenazador. Su piel también resplandecía ligeramente.

—¿Qué me está pasando? ¿Qué me habéis hecho? —Se levantó de un salto de la camilla dejando caer el espejo que se hizo añicos al colisionar contra el suelo.

—Tranquila. Ya te he dicho que es normal. Nosotros no te hemos hecho nada. Al contrario. Hasta ahora, en la Colmena, han estado dominando tu don para hacerlo despertar cuando ellos considerasen que no eras un peligro para ellos, tras tu ingreso en el Ejército Oscuro. Desde que el doctor Wu te administró el placebo de la vacuna, tu don lucha por manifestarse, pero el cambio está siendo rápido y brusco.

Dakata abrió los ojos desorbitadamente.

—¿Conoce al doctor Wu? —preguntó queriendo encajar una pieza más del puzle.

Aun no encontraba la línea que separaba a los buenos de los malos. Si debía creer a toda aquella gente o ser fiel a las enseñanzas que había recibido desde

niña. Desde luego, asumir cuanto se le estaba revelando era abrumador y alarmante. Y si la Colmena era lo que le habían dicho, tenía más urgencia que nunca en rescatar a Dara de garras de aquellos seres.

—Somos amigos desde hace muchos años. Estudiamos juntos en la facultad. Yo conocía a su mujer...—La doctora encogió el gesto con pesar y contuvo el aliento para luego soltarlo lentamente. Se dio la vuelta para ocultar su dolor a ojos de Dakata, mas ella ya había notado el cambio—. La muerte de Kumiko fue un duro golpe para todos los que la conocíamos. Después de aquello, Tian entró en una profunda depresión. No volvió a ser el mismo. Por eso no me extrañó que se ofreciera voluntario para trabajar infiltrado en la Colmena, y desde dentro, ayudarnos en nuestra lucha contra el Mando.

Dakata la miró alucinada. ¿El doctor Wu estaba infiltrado?

La doctora Meyers se dio la vuelta hacia ella con una tensa sonrisa.

—Gracias a él pudimos saber en todo momento cómo estabas. Supimos que habías entrado en el circuito de los combates a muerte, e intentó ayudarte administrándote un placebo para aumentar tu fuerza y despertar tus dones. Él nos informa de los movimientos del Mando. También fue el responsable del rescate de Constantine. Su ayuda es muy valiosa, y corre un gran riesgo yendo hasta la Colmena cada día para ofrecérsela.

La doctora no dejó de examinarla mientras le explicaba la delicada situación del doctor. Pero en esta ocasión no prestó atención alguna a sus movimientos, ágiles y rápidos, casi mecánicos sobre su cuerpo, pues las palabras de la doctora habían despertado en ella más interrogantes que necesitaba aclarar. Necesitaba hablar cuanto antes con Constantine, de momento solo se atrevía a preguntarle a él todas aquellas cosas que rondaban por su cabeza.

—Bien, tus niveles de hormonas siguen la progresión adecuada. Van a ser muchos los cambios que experimentes estos días, pero yo estaré aquí para resolver todas tus dudas. Parece que ya estás completamente recuperada. De veras que cada día envidio más vuestra capacidad regeneradora. —Eleanor Meyers hizo el comentario en tono ligero, sacándola de sus pensamientos.

La vio verter un líquido rosado en un vaso y ofrecérselo, ella lo miró inmediatamente con recelo.

—Debes beberlo, te aseguro que después me lo agradecerás infinitamente.

Tomó el vaso y lo elevó hasta sus ojos para contemplar el contenido con mirada entornada. El líquido semitransparente y rosado no tenía mala pinta. Lo aproximó a su nariz y el olor afrutado y dulce penetró por sus fosas nasales provocándole un cosquilleo. Nunca antes había olido algo tan... apetecible. Definitivamente despertó su curiosidad y aproximó los labios al filo del vaso, humedeciéndolos ligeramente. La doctora la miraba con expectación y radiante

sonrisa.

En cuanto sus papilas entraron en contacto con el dulce líquido, se vio extasiada por las sensaciones que le produjo. Nunca antes había probado algo tan delicioso. Acostumbrada a la papilla insulsa con la que se había alimentado día tras día en la Colmena, aquella bebida era el más dulce de los néctares. Jamás habría podido imaginar que hubiese sabores que despertasen todos sus sentidos, como aquel. No tardó en decidir apurar el vaso de un par de tragos, tras los cuales permaneció unos segundos con los ojos cerrados, relamiéndose de placer.

Constantine llegó a la consulta de la doctora Meyers, preocupado, tras haber sido informado de lo ocurrido con Dakata mientras tenía su primer encuentro con Dominick. Esperaba encontrarla en la camilla, inconsciente, tal como le contaron que la habían dejado allí. Sin embargo, al asomarse por la puerta, se quedó extasiado viéndola con una expresión totalmente nueva, para él en su rostro. Tenía los ojos cerrados, mientras se pasaba la lengua por los labios, que dibujaban una sonrisa deliciosa. Inmediatamente sintió cómo su entrepierna se calentaba por el deseo. Un deseo contenido durante tanto tiempo que creyó que iba a estallar. Ella jamás podría imaginar lo mucho que deseaba ser él el que pasease la lengua por aquel labio carnosos, de color rosado y exuberante apariencia.

—Ya estás preparada —anunció la doctora.

—¿Para qué? —preguntó Dakata saliendo de su trance.

—Para uno de los mayores placeres de la vida. —Constantine, que aún no había sido descubierto tragó saliva inmediatamente—. ¡La comida!

—Pero yo ya he comido —expuso ella sin entender.

—No, querida. Hasta ahora te has nutrido, pero no has comido. O mejor dicho, no has degustado y disfrutado de los muchos placeres que nos proporciona la comida.

—¿Hay más cosas como esta? —preguntó ella alzando el vaso que había contenido el líquido rosa.

La doctora rio con ganas ante su mirada expectante como la de un niño pequeño.

—Hay mucho más, Dakata, mucho más de lo que hayas imaginado jamás.

—¡Vaya! —dijo parpadeando, contagiada de la sonrisa de la doctora.

Constantine, al otro lado de la puerta, decidió que era el momento de intervenir. Acaba de descubrir cómo hacer que la primera noche en libertad de Dakata en la base se convirtiese en un acontecimiento inolvidable.

—Hola... —saludó entrando y convirtiéndose así en el centro de atención de ambas mujeres.

—Hola... —respondió Dakata sintiendo como su corazón volvía a cambiar

de ritmo.

—Buenas tardes, Constantine.

—Doctora Meyers, ¿le importa si me llevo ya a Dakata?

—Por supuesto que no —dijo ella advirtiendo la forma en la que ambos jóvenes se miraban.

Constantine fue directamente a la camilla y ofreció una mano a Dakata para ayudarla a bajar. Ella la aceptó inmediatamente. El contacto de ambas de manos fue delicado, cálido e inquietante, por la cantidad de sensaciones que despertó en el vientre de Dakata.

—Muchas gracias, doctora, por todo lo que ha hecho esta tarde por Dakata —se despidió Constantine de Eleanor.

—No hay nada que agradecer. Es un auténtico placer. Y ya sabes, Dakata, que aquí me tienes cada vez que me necesites.

Las palabras de la doctora, que estaba a punto de abandonar la consulta, recordaron a Dakata una duda que quería preguntarle desde su conversación con Dominick esa mañana.

—Gracias. Si no le importa, volveré mañana a su consulta.

—Pero te encuentras bien, ¿verdad?

—Sí, sí, perfectamente, pero creo que tengo que tener una conversación con usted para que me aclare dudas sobre... sexo, creo que se llama —explicó con gesto inocente.

Constantine creyó que caería en ese momento fulminado, y la miró perplejo.

CAPÍTULO 17

Dakata seguía a Constantine a un paso de distancia, pues la larga zancada del hombre que la tomaba de la mano y la guiaba por los pasillos en dirección desconocida, no le permitía alcanzarlo. A ella, sin embargo, no le suponía un problema. Le daba la oportunidad de observarlo y dejarse llevar por los efectos que el contacto de sus manos le provocaba.

Algunas cosas habían cambiado en él y la tenían fascinada. Cuando vivían en la Colmena, Constantine ya destacaba por su gran tamaño. Era un chico atlético, de amplias espaldas y brazos fuertes. Ahora era un hombre de aspecto impactante. Su cuerpo se había endurecido y desarrollado de una forma que la turbaba. El tacto de su piel también era ligeramente distinto, más curtido. Con su mano grande abarcaba la totalidad de la suya, mucho más pequeña. Contuvo el aliento aproximando el rostro a su brazo y aspiró su aroma, por suerte él no podía apreciar lo que ella hacía, sumergido en sus prisas. El aroma de la piel de Constantine no había cambiado, aunque ahora estaba mezclado con algún tipo de fragancia amaderada que antes no existía. Pero a pesar de todos aquellos cambios, solo tenía que fijarse en los detalles para descubrir a su Constantine: Seguía teniendo aquella peca oscura en el cuello, bajo el lóbulo de la oreja derecha. El cabello, aunque lucía más largo, seguía manteniendo el gracioso remolino que él se esmeraba tanto en ocultar en la parte delantera. Su forma de andar y estirar la espalda rotando los hombros hacia atrás y haciendo de esta manera que los músculos quedasen marcados en su camiseta negra y ajustada eran idénticos.

Sin saber por qué, la boca de Dakata se secó al instante, contemplándolos. Esperaba que llegasen pronto a su destino, porque de lo contrario tendría que buscar una excusa para alejarse de él. Todo aquello que sentía era demasiado inquietante para dejarse llevar, más cuando hacía solo unas cuantas horas que se habían reencontrado tras un año de ausencia. De repente, y como si él hubiese oído la súplica de su mente, se detuvo ante una puerta.

—Este será a partir de ahora tu cuarto —anunció retirándose del umbral e invitándola a pasar.

Dakata se quedó sin palabras durante largos minutos en los que recorrió con la mirada la estancia. Lo primero que le sorprendió y agradó, fue comprobar que tenía una ventana. Aunque algo alta y enrejada, se podía ver el cielo azul, salpicado de nubes blancas. Todo un espectáculo del que le costó separarse.

—Como ves, ahora tienes un armario —le indicó Constantine con una gran sonrisa.

Dakata no sabía qué podía tener de extraordinario hasta que examinó el interior, tras abrirle él las puertas. Estaba repleto de ropas: Había camisetas y pantalones de diversos colores y estampados. También había otras prendas más llamativas que ella no sabía ni cómo se debían poner, varios uniformes de color negro, que imaginó que eran los que usaba el ejército, y bajo todo aquel abanico de posibilidades, botas de combate y tres pares más de calzado totalmente nuevo, solo para ella.

—En los cajones hay más cosas... —El tono inquieto de Constantine despertó su curiosidad y abrió el primero de ellos, encontrándose con lo que parecían prendas íntimas. Se sonrojó ante la idea de que él las hubiese tenido en sus manos al colocarlas.

—Nyree me ha ayudado a elegirlo todo, espero que sean de tu gusto. De no ser así, puedes cambiar o desechar cuanto desees.

Dakata se mordió un labio, nerviosa. De repente se sentía azorada y ligeramente avergonzada. No había previsto quedarse allí. Tenía que rescatar a Dara, esa era su prioridad. Se sintió mal por el esfuerzo que tanto él, como al parecer su equipo, realizaban para que se sintiese acogida.

—Está todo bien, gracias —musitó acercando la mano a las prendas y disfrutando de la delicadeza y suavidad de algunas de ellas. Nunca había visto ropas así. Mucho menos había imaginado que algún día podría tenerlas. Era abrumador.

—El resto del cuarto, como puedes ver, es bastante sencillo —apuntó él, desviando su atención del contenido del armario.

Dakata se volvió para contemplar los muebles: un escritorio, un par de sillas, estanterías vacías y una cama. Todos eran blancos, pero había detalles dispersos de un suave color violeta: una alfombra de pelo largo, la colcha de la cama, el lapicero que había sobre el escritorio...

—Pensé que te gustaría el color... es como el de tus ojos. —La voz suave pero grave de Constantine a su espalda le erizó la piel.

—Es... perfecto.

El tono quedo de Dakata detuvo a Constantine, que estaba a punto de acercarse a ella. Se había emocionado, estaba demostrando vulnerabilidad, y poder hacerlo también era nuevo. En la Colmena habían tenido que medir cada gesto, cada palabra entre ellos, escrutados siempre bajo la atenta vigilancia de las cámaras, que no perdían detalle. Durante años se lo habían tenido que decir todo con la mirada, conteniendo el aliento ante cada muestra de afecto que necesitasen prodigarse. Por eso no había podido ser claro con ella en cuanto a sus

sentimientos. Sin embargo, era evidente que sus atenciones hacia ella no habían escapado del todo a ojos del Mando, pues habían intentado utilizarla como cebo para apresarla.

Sacudió la cabeza, no era momento de pensar en ello. Solo de recordar que podría haber muerto a causa de los sentimientos que albergaba hacia ella, haber sido tan torpe y falto de cautela como para que su padre descubriese que era su punto débil, le hacía sentirse enfermo.

Miró su reloj, había pedido a sus chicas que le ayudasen en una última tarea aquella tarde, e imaginaba que ya estaría todo dispuesto.

—Tengo más sorpresas para ti. —Le costó horrores disimular el sentimiento de culpa y volver a hablar con animosidad.

—No sé si podré aguantar una sola más —confesó girándose hacia él tras cambiar su gesto por una sonrisa.

—Bueno, no lo sabrás si no lo intentas.

Dakata amplió la mueca al recordar que esa era la frase que él siempre le decía cuando temía intentar alguna técnica nueva durante su entrenamiento en la Colmena. Él había sido su gran apoyo, la había conocido mejor que ella misma, ofreciéndole una palabra de aliento cuando lo había necesitado, una mirada de consuelo cuando tenía un día malo, o inventando alguna locura cuando Dara o ella necesitaban reír. Pero después él se fue. Y entendía que su madre o los miembros de los Guardianes lo hubiesen sacado de aquella prisión, pero había estado ausente un año entero. El más largo de su vida. Pues ya no solo había tenido que echarlo de menos cada minuto, también había recaído en ella la responsabilidad al completo de cuidar de Dara, de hacerse fuerte sola, de sobrevivir... sin él.

—Está bien, iré contigo.

La sonrisa de Constantine se amplió en sus labios.

—Pero porque necesito respuestas a muchas preguntas, y solo tú puedes dárme las.

—Sé que las tienes, y contestaré a cada una de ellas solamente con la verdad.

—No esperaba menos, después de todo —indicó saliendo de la habitación, tras echar un último vistazo al interior. Era realmente bonita, pensó. Vio salir a Constantine tras ella, este cerró la puerta y sacando una tarjeta negra del bolsillo trasero de su pantalón, se la ofreció.

—¿Qué es? —preguntó tomándola de su mano, y dándole vueltas entre los dedos la inspeccionó con curiosidad.

—Es la llave de tu cuarto. Solo tienes que pasarla por delante de la puerta y esta se abrirá.

—¿Durante todo el día?

—Y la noche. Nadie volverá a encerrarte, Dakata. Ahora eres libre. Puedes caminar por la base con total autonomía. Y si necesitas cualquier cosa, mi cuarto está aquí mismo, justo en la puerta contigua a la tuya. Aquella es la de Nyree, esa otra la de Ulua, y esas las de Luta y Mako —añadió señalando las otras dos puertas.

Tener aquella tarjeta en las manos supuso para ella mucho más de lo que Constantine podía imaginar. Un nudo de congoja se instaló en su garganta.

Era una pena que no pensase quedarse.

CAPÍTULO 18

Constantine se había empeñado en vendarle los ojos, y aunque recelosa, se sentía tan culpable por los esfuerzos que hacía él mientras ella pensaba solo en marcharse que terminó por acceder. A oscuras, él la guió cogida de la mano. Se dejó llevar por la agradable sensación del calor que la embargaba desde aquellos dedos largos enlazados los suyos, para seguir por su brazo y cuerpo, caldeándolo todo a su paso. La respiración se le aceleró al ritmo de su latido.

—¿Estás bien? —le preguntó él, deteniéndose.

—Sí, solo un poco nerviosa —se oyó a sí misma confesar.

—No tienes por qué, te aseguro que esto te va a encantar.

Aunque no pudiese verlo, Dakata podía advertir la sonrisa de Constantine mientras pronunciaba aquellas palabras y se vio ansiosa por ser liberada de las vendas.

Constantine, ejerciendo más presión en su mano, abrió con la otra una puerta, que por el sonido parecía metálica y pesada. Al hacerlo, tiró de ella ligeramente haciéndola salir. Lo primero que sintió Dakata fue la brisa del aire revolucionando los mechones sueltos de su cabello contra la piel de sus mejillas. Hacía fresco, pero no era desagradable. Sus sentidos se pusieron en alerta, pues cada uno de ellos se vio expuesto a cientos de estímulos. Elevó el rostro e inspiró. Recordó el momento de su rescate, encerrada en el furgón. Allí inhaló un aire similar, cargado de miles de notas y matices desconocidos para ella. Los sonidos también eran distintos: voces, pitidos, ruidos caóticos que no había apreciado antes. Nada que ver con el silencio sepulcral de la Colmena. Pero sus sentidos se vieron colapsados cuando Constantine se colocó tras ella, y con movimientos suaves, desató las vendas que tenían ocultos sus ojos.

El aire de sus pulmones quedó cautivo por la sorpresa, por la sobrecogedora visión de un atardecer con infinidad de tonalidades insólitas para ella. Era tan hermoso y abrumador que sintió que cada poro de su piel se emocionaba ante la exuberante visión. Los ojos se le llenaron de lágrimas, incontrolables, precipitadas. La congoja se apoderó de su pecho, que sintió a punto de estallar. De repente se sentía vulnerable, frágil, pequeña, pero feliz. Todo su cuerpo tembló y los brazos de Constantine la rodearon desde atrás, reconfortándola.

—Bienvenida al mundo, Dakata —le susurró al oído haciendo vibrar su enorme pecho tras ella.

—Esto es... es... —No encontraba las palabras para describir tanta belleza.

—Lo sé —apuntó él—. Cada noche subo hasta la azotea para ver el atardecer. El amanecer es también un espectáculo, pero no tiene esas tonalidades violetas que me recordaban tanto a ti. Cerraba los ojos e imaginaba que lo disfrutábamos juntos.

Dakata llenó los pulmones de pura felicidad.

—Pero ya estás aquí. Es un sueño hecho realidad —continuó posando las manos en sus hombros y girándola hacia él. Con suma delicadeza, Constantine limpió de su mejilla las lágrimas furtivas que habían dejado húmedas huellas sobre su piel. Se perdió en aquella preciosa mirada violeta, que se había convertido en todo su mundo. — Dakata... —Pronunció su nombre, dejándolo escapar de su boca, cargado de anhelo.

Y fijó la vista en sus labios carnosos.

—Seguramente no deba hacer esto. Debería darte más tiempo, pero si algo he aprendido este año es que la vida es fugaz. Solo un suspiro que, si no atrapamos, escapa de nuestro cuerpo para perderse para siempre.

—No te entiendo...

—No quiero volver a perderte, Dakata. No lo soportaría...

—Yo tampoco quiero perderte, Constantine —confesó ella provocando que los labios de Constantine dibujasen una sonrisa.

Tomó el rostro de Dakata entre sus manos, era tan pequeño y delicado, suave y exquisito que se recreó en el tacto de su piel durante un segundo eterno, mientras todo su cuerpo se preparaba para el momento que más había ansiado en su vida. Con sumo cuidado descendió hasta colocar el rostro a tan solo un centímetro del de la chica. Dakata contuvo el aliento y abrió los ojos, expectante. Y entonces posó los labios en los suyos, presionándolos con suavidad.

El contacto de los labios de Constantine sobre los suyos, despertó mil sensaciones nuevas en su cuerpo. Fue como sentir explotar cada célula de su piel, su pecho se hinchó de felicidad mientras el oxígeno abandonaba su cuerpo. «¿Qué era aquello?» Los labios masculinos se movieron sobre los suyos, recorriéndolos, marcándolos, y algo la instó a abrirlos buscando una caricia mayor. Constantine gimió contra su boca e invadió la cavidad con la lengua, buscando la suya con necesidad desmedida. Al principio se vio sorprendida, pero solo hasta sentir la suavidad de ambas lenguas danzar en un baile íntimo y delicioso. Bebió de su boca aferrándose a los hombros masculinos. Él la abrazó con fuerza, elevándola del suelo y acoplando a su cuerpo cada curva del femenino.

¿Cómo iba a separarse de ella? Ya jamás podría hacerlo. Constantine no se había sentido más extasiado en su vida. Ahora estaba convencido de que toda su existencia estaba destinada a compartir con ella ese momento. Dakata era suya y

con aquel beso, tan anhelado y necesitado, quería hacerle entender cuanto sentía por ella. Lo que había sufrido con su ausencia, la tortura que había sido amarla en secreto, conteniendo cada caricia, cada palabra, cada aliento que quería ofrecerle.

Una inconveniente tos los despertó de aquel mágico momento.

—Siento interrumpir —se disculpó Nyree asomando por la puerta.

Constantine vio con pesar cómo Dakata se alejaba inmediatamente de su cuerpo, bajaba el rostro sonrojado y se llevaba una mano a los labios, dándole la espalda.

Se había apresurado, pensó con dolor.

—Solo quería saber si está todo a vuestro gusto o necesitáis algo más, jefe —volvió a intervenir la dhampira.

—Está todo perfecto, Nyree, gracias —consiguió contestar Constantine. Aun así, a Nyree no se le escapó el tono grave y urgente de su voz. Con una sonrisa, inclinó la cabeza a modo de despedida y se marchó volviendo a dejar a la parejita sola.

Constantine tomó aire antes de dirigirse a Dakata, que seguía dándole la espalda. Se sentía estúpido, había organizado la que sería su primera cena de verdad, con los mejores manjares de la base dispuestos en una romántica mesa, allí arriba. Quería que ella disfrutase de la cena y los nuevos placeres a su alcance, pero se había apresurado, queriendo saciar sus propias necesidades, y ahora no sabía cómo disculparse por su impaciencia.

—Dakata... yo...

Ella se giró para clavar su mirada, ahora envuelta en una tonalidad eléctrica, en la suya. Lo dejó sin palabras.

—Quiero más.

Constantine abrió los labios sorprendido.

—Quiero más de eso —le aclaró ella con determinación. Y viendo que él no hacía ningún movimiento, se aproximó a su cuerpo, posó una mano sobre su pecho, y fue recorriéndolo lentamente sobre la camiseta hasta llegar a su hombro, subió por su cuello y terminó por acariciar su rostro, sus labios, con pulso tembloroso.

Constantine contuvo el aliento y cerró los ojos disfrutando de aquella primera caricia femenina. Su corazón estaba a punto de explotar, al igual que su entrepierna. Ella no sabía lo que le estaba haciendo, a lo que estaba jugando. No quería desatarse tan pronto con ella. Todo tenía que ser perfecto, y utilizando toda su fuerza de voluntad tomó la mano que ahora acariciaba sus labios deliciosamente y la apartó de allí para posarla de nuevo sobre su pecho.

—No imaginas lo que me estás pidiendo. No eres consciente de la necesidad

que tengo de ti. De lo unido que necesito estar a tu cuerpo... —Su respiración era entrecortada y dificultosa.

Jamás pensó que tendría que detenerse a sí mismo en un momento como ese, tan ansiado y anhelado para él. Pero durante ese año él había descubierto lo que era el placer carnal. Y ella no sabía aún a qué se exponía, no quería que su primera vez fuese allí, de manera precipitada, en una azotea.

—...Pero quiero que sea perfecto.

Dakata lo miró confusa frunciendo el ceño. Hizo ademán de separarse de él. Podía leer en sus ojos una mezcla de decepción y desconcierto que se le clavó en el corazón. No la dejó alejarse. No iba a permitir que lo hiciera. Tiró de ella y la retuvo entre sus brazos con fuerza. Olió su cabello y se perdió en la sensación de sentir su cuerpo pegado al suyo. Cuando sintió que ella se relajaba, la separó con pereza, tomándola de la barbilla.

—Te mereces que todo sea perfecto. Y tienes que confiar en mí —declaró acariciando sus labios con su aliento cálido, algo que emborrachó los sentidos de Dakata.

—¿Y cuánto tendré que esperar? —preguntó ella, volviéndolo a sorprender.

La carcajada de Constantine hizo vibrar su poderoso pecho bajo su mano.

—Poco, muy poco. Yo tampoco creo que pueda esperar demasiado. —Clavó la mirada en la suya para que ella pudiese leer también su necesidad.

Tomó aire, llenado los pulmones y buscando algo de la cordura y frialdad que necesitaba en aquel momento para proseguir con el plan que se había establecido para esa noche.

—Pero ahora tengo que mostrarte otras cosas que te has estado perdiendo.

Dakata dudaba que cualquier cosa que quisiera mostrarle en ese momento fuera a interesarle tanto como lo que acababa de experimentar al probar sus labios, al sentirse invadida por su lengua. Aún no podía racionalizar lo que había sentido. Las ascuas del calor abrasador que la habían poseído haciendo vibrar su interior, y palpar cada rincón de su zona íntima seguían encendidas, y no podrían compararse con nada. Se sentía primitiva y necesitada, y le dolía no poder saciar dicha necesidad. No entendía lo que él quería decir con que todo fuese perfecto. Para ella, estar allí con él ya lo era. Un sueño que durante el último año la había atormentado pensando que jamás podría disfrutar.

—Confía en mí —le pidió nuevamente él.

Dakata resopló pensando que realmente no tenía otra opción.

Por eso cuando Constantine le ofreció su mano, la tomó con cierta resignación. Lo siguió caminando sobre la azotea, momento que aprovechó para maravillarse con las vistas de lo que parecía una enorme ciudad bajo sus pies. Había millones de luces que se encendían al tiempo que el cielo perdía sus

tonalidades violetas y anaranjadas para oscurecerse, dejando aparecer miles de puntitos brillantes sobre él. Estaba tan maravillada con el cambio que no se dio cuenta de todo lo demás hasta que Constantine le mostró una mesa redonda con dos sillas. Había flores y una pequeña llama que salía de una pieza rosada que desprendía un aroma dulce. Había platos, cubiertos brillantes, y...

—¿Es comida? —preguntó soltando su mano y dirigiéndose a la mesa con la ingenua curiosidad de una niña.

Empezó a tocar los platos, los cubiertos, la suave tela de color tierra que cubría la mesa. Los vasos eran extraños, altos, con el pie esbelto y de cristal muy fino y brillante. Las flores eran hermosas y al pasar la mano sobre la llama, sintió el calor que emanaba de ella.

Constantine, sin borrar la sonrisa satisfecha por las reacciones de Dakata, destapó el contenido de una bandeja en el centro, y dejó que ella admirara el asado que había en el interior, que acompañarían con una ensalada, patatas con mantequilla y un delicioso postre que había sustraído de la cámara secreta de la cocinera.

Los ojos de Dakata brillaron extasiados mientras atesoraba el aroma de los platos y su boca se hacía agua. Entonces supo que aquella sí sería una noche perfecta para ella.

CAPÍTULO 19

Constantine tenía razón, el amanecer era impresionante, pero no le emocionaba tanto como el atardecer. Aun así, el aire a aquellas horas tempranas de la mañana, estaba cargado de una energía pura y renovada que despejaba su mente como nada lo había hecho hasta el momento. Mantuvo los ojos cerrados unos minutos más, sentada sobre la alfombra de pelo largo del suelo de su dormitorio sobre la que meditaba al despertar, al comienzo de cada día.

Llevaba allí una semana. Siete días fascinantes en los que había aprendido mucho, pero en los cuales su culpabilidad crecía segundo a segundo. Constantine le había dicho que tenía que confiar en los Guardianes, que al igual que con ella, tenían un plan para rescatar a Dara, pero no dejaba de pensar que su pequeña estaba allí sola, sin ella. Confiaba en que Joss estuviese cumpliendo con su promesa de cuidarla hasta entonces, pero eso no la consolaba.

Mientras pensaba en ello se daba cuenta de lo rápidos pero intensos que habían pasado los días. Por una parte, los entrenamientos, reconocimientos de la base y presentaciones del personal de la misma, habían hecho que no estuviese ociosa ni un minuto. Pero al tiempo, esa misma actividad frenética había hecho que pareciese que llevaba mucho más tiempo fuera de la Colmena, de lo que había estado en realidad.

Cada vez que pensaba que así era, que el rescate de Dara se estaba dilatando, tenía que recordarse las palabras de Constantine. Todas las noches desde aquella primera, cuando finalizaban sus clases y entrenamiento, ambos se dirigían a la azotea, buscando sus ansiados momentos de intimidad. Allí Constantine le había relatado su vida durante ese año. Cómo fue rescatado con la ayuda del Dr. Wu. Le había sorprendido averiguar que el doctor había administrado a Constantine una droga que provocó su desmayo en mitad del combate y que pareciera muerto. En aquella época, los que perecían en la arena eran desechados con un sistema de cremación externalizado. Los Guardianes lo rescataron cuando estaba siendo trasladado para su cremación. A partir de ese momento, y habiendo averiguado el Mando que el cuerpo había sido robado, decidieron contar con los servicios de Vlad el Mutilador para deshacerse de los cuerpos.

Aquella revelación la llevó a la siguiente pregunta; ¿por qué los Guardianes de las razas habían decidido rescatarlo a él, dejando que otros muchos hubiesen muerto en la Colmena antes? Constantine entonces le hizo la mayor de las

revelaciones: su padre era Raynard, el dirigente de la Colmena, y su madre, Michela, la representante de las ninfas dentro de la Orden de los Guardianes. Su naturaleza sobrenatural le había permitido sobrevivir a la gestación de su hijo, aunque no pudo evitar que se lo arrebatasen de los brazos, capturándolo para encerrarlo en la Colmena. Michela había luchado contra viento y marea buscando a su retoño, pero aún así, tuvo que esperar al momento perfecto para poder rescatarlo de las garras de su progenitor.

No podía negar que, al saber que Constantine contaba con su madre, quien lo amaba tanto como para buscarlo y luchar por recuperarlo, había sentido una punzada de dolor alimentada por la envidia.

Ella no tenía a nadie.

Jamás sabría de dónde procedía. Nunca tendría una madre que la mirase con adoración y preocupación, como había visto hacer a Michela con su hijo. Tampoco tendría el placer de arrebatarse la vida a su progenitor, pues se desconocía por completo quién era, o cómo podría dar con él para hacerle pagar por la muerte de su madre.

En esos momentos, cuando más desolada se sentía, intentaba centrarse en las personas que ahora formaban parte de su vida; Constantine y Dara. También había descubierto buenos compañeros en la base, como Nyree, que cada día la recogía de su dormitorio para acompañarla a los entrenamientos, y que se había esmerado mucho en hacerla sentir integrada, presentándole a todos los seres que habitaban allí.

Para aquel día, además tenía un plan que le entusiasmaba. Tras haber conocido a un número cuantioso de razas, sus interrogantes y curiosidades sobre ellas se habían disparado. Quería saber mucho más de todas ellas, incluidos los humanos. Y Nyree le había revelado el día anterior que en la base disponían de la biblioteca más amplia que había sobre todas las que habitaban en la Tierra. Al escucharlo, inmediatamente sus ojos se iluminaron, y su compañera dhampira, advirtiéndolo, le prometió que la llevaría ese día, para que no solo centrarse su entrenamiento en el plano físico, sino que también pudiese saciar su ansia de conocimiento.

Decidiendo que era hora de ponerse en marcha, se levantó de la alfombra y estiró cada músculo lentamente, sintiendo cómo su cuerpo, fortalecido aquellos días, respondía a los movimientos. Al finalizar se dirigió al armario a enfrentarse a aquella nueva duda que le surgía cada mañana; ¿qué iba a ponerse? Hasta la fecha no había tenido que preocuparse por esas cosas. Aun así no había conseguido variar mucho, pues terminaba por vestir prendas que le resultasen cómodas para las tareas de entrenamiento diarias. Solía terminar por vestirse con pantalones de bolsillos o de cuero, que acompañaba de botas altas y camisetas de

tirantes superpuestas, normalmente combinando el negro con algún otro color. Para aquel día eligió una camiseta rosa bajo la negra. Solo se veían los filos del color en tirantes y abdomen, y le gustaba el contraste. Tras calzarse, se recogió el cabello en una coleta que despejase su rostro. Nyree le había regalado un neceser con algunas cosas de maquillaje, pero además de no saber cómo se ponían la mitad de ellas, no le gustaba sentir su cara o labios pegajosos. Prefería salir con la cara lavada. Estaba revisándose ante el espejo justo en el momento en el que tocaron a su puerta. Se guardó la tarjeta-llave de su dormitorio en uno de los bolsillos y fue a abrir esperando encontrar allí a Nyree como cada mañana. Pero no fue así.

—¡Buenos días, preciosa! —la saludó Constantine tomándola del rostro con ambas manos.

Lo vio mirar a un lado y a otro del pasillo, cerciorándose de que no lo veía nadie, y la guió nuevamente al interior de la habitación, caminando de espaldas. Nada más entrar cerró la puerta tras él, empujándola con el pie y la apoyó a ella sobre la pared. Sus labios no tardaron ni un segundo en ser poseídos por los masculinos, y ella no se demoró otro más en abrir su boca para recibirlo con codicia, aferrándose a sus hombros.

—¿Qué haces aquí? —consiguió preguntarle entre jadeos y respiraciones aceleradas.

—He soñado contigo otra vez, no aguantaba un minuto más sin besarte...

Las palabras de Constantine caldearon la zona baja de su vientre haciéndolo hervir.

Desde su primer beso en la azotea se habían dado unos cuantos más, siempre en sus momentos de privacidad allí arriba, con las estrellas como únicos testigos de sus encuentros clandestinos. Constantine no quería que ella se viese envuelta por los cotilleos que una relación pública entre ambos provocaría en la base. Pero cada minuto que compartían a solas compensaba con creces tener que disimular ante el resto durante todo el día.

—Yo también te echaba de menos —confesó contra sus labios.

La sonrisa de Constantine se amplió y sus preciosos ojos grises centellearon con picardía. Tenía un rostro tan hermoso y un cuerpo tan abrumador que Dakata no pudo evitar suspirar admirándolo, como una niña ante un enorme helado.

—¿Te veré ahora en el desayuno? —preguntó Dakata, esperanzada.

—Lo siento... No puedo —contestó él tras regalarle un nuevo beso. —Hay una reunión del Consejo y me han convocado a asistir. Acaban de notificármelo. Parece algo urgente y debería estar ya en la sala de juntas, pero no podía imaginar comenzar el día sin probar esta boquita tuya que me tiene tan loco.

Las mejillas de Dakata ardieron como si fueran las ascuas de una hoguera. Él

pasó el pulgar por sus labios, admirándolos con devoción, y ella contuvo el aliento, junto a un millar de mariposas que revoloteaban en su estómago.

—Constantine —pronunció su nombre contenido en un gemido, pues él había comenzado a acariciar con sus dedos la piel de su cuello.

—¿Sí? —le preguntó él igual de afectado contra los labios.

—¿Cuánto más tendré que esperar?

Constantine se mordió el labio inferior aguantándose las ganas de devorarla. La última semana había sido una tortura, pues cada vez que la besaba, que compartían alguna caricia furtiva, todo su cuerpo anhelaba sentirla por completo. Quería fundirse con ella. De hecho, pasaba las noches enteras imaginando que lo hacía. Estaba agotando toda su paciencia y voluntad. Y ella no se lo ponía fácil con aquella pregunta.

—Dakata...

A ella le encantó escuchar su voz ronca y afectada.

Unos golpes en la puerta impidieron que él le diese una contestación.

—Debe ser Nyree, va a acompañarme a la biblioteca —le aclaró al ver su ceño fruncido.

—Me alegro de que te lleves bien con ella, es una buena guerrera, y amiga.

Nyree abrió la puerta al no recibir respuesta y los pilló en aquella postura tan íntima. Dakata apoyada sobre la pared, junto a la puerta, y Constantine literalmente sobre ella, con un brazo apoyado por encima de la cabeza de la chica, mientras con la otra mano la tomaba por el cuello.

—E impaciente —añadió Constantine sin cambiar de postura, las mejillas de Dakata sin embargo ardían hasta hacerla parecer febril—. ¿No sabes llamar a la puerta? —la interrogó Constantine.

—Es lo que he hecho, jefe, pero no me habéis contestado. Creí que igual le pasaba algo a Dakata —replicó ella sin el menor atisbo de arrepentimiento.

—Ya ves que no. Pero en fin, tengo que marcharme. ¿Nos vemos esta noche? —se volvió hacia ella para susurrarlo frente a sus labios.

Dakata se limitó a asentir, avergonzada como estaba, por tener quien los observaba con extremo interés.

Constantine depositó un beso sobre sus labios que, aunque leve, fue increíblemente efectivo trastornando todo su sistema nervioso. Y se marchó con una sonrisa en los labios.

—Muy bien, ahora me lo vas a contar toooodoooo —declaró Nyree entrando y cerrando la puerta de la habitación después.

Un par de horas más tarde, Dakata y Nyree salían de la biblioteca. No había podido verlo todo, pues Nyree seguía más interesada en sonsacarle cada detalle de sus encuentros con Constantine y contarle que ella se sentía en una situación similar con Shinué, el ángel compañero de Gabriel, que la tenía totalmente embobada, que en mostrarle la biblioteca al completo. Al menos había encontrado publicaciones interesantes. Ahora iban cargadas con varios de aquellos libros que había pedido poder llevarse a su dormitorio para estudiarlos tranquilamente.

—Nyree, dime una cosa... —A Dakata le constaba horrores preguntar a su nueva amiga sobre ese tipo de dudas, pero ella sí parecía dispuesta a hablar del tema.

—Dime.

—¿Quieres tener sexo con Shinué? —Nyree rompió a reír y por primera vez le pareció que se sonrojaba en su presencia. Pensó que quizás se negase a contestarle, pero una vez más, se vio sorprendida por la frescura y descaro de la chica.

—¡Claro! ¿Tú lo has visto? ¡Está cañón!

—¿Cañón? —preguntó sin entender.

—Bueno, rico, apetecible, dan ganas de lamerlo enterito hasta aprenderse su sabor de memoria.

—¡Nyree!

—Tú has preguntado —comentó la otra encogiéndose de hombros. Pero tras observar el rostro arrebolado de su amiga y cómo esta se mordía el labio, pensó que quizás la había asustado y prosiguió conteniendo su entusiasmo—. Mira, Shinué, es exactamente mi tipo. No solo físicamente, además de tenerme loca su tableta de abdominales y esos ojos verdes que miran con desdén, posee una energía arrolladora. Es devastador, peligroso. Tiene ese punto atormentado y misterioso de los ángeles. Y es un borde de cuidado, algo que incentiva mi capacidad creativa. Me gusta sacarlo de quicio, hacer que salte y se ponga nervioso. Me excita... Además, mi padre se moriría si me viese con un ángel. Como ves, son todo alicientes y diversión.

Dakata comenzó a reír a grandes carcajadas junto a su amiga, que le había confesado aquel último incentivo, con una doble elevación de cejas. Sus risas se oyeron por todo el pasillo hasta que, al pasar frente a la puerta de la sala de juntas, los gritos que se oyeron desde el interior, las detuvieron.

—¿Una Portadora? ¡Eso es imposible! ¡Debe tratarse de otra artimaña del Mando para mantenernos ocupados! —Oyeron que exclamó una contundente voz masculina.

—No lo es. Hemos hecho las comprobaciones pertinentes. Ella existe, pero ha desaparecido. El rastreador del Mando la está buscando, y cuando eso ocurra

estaremos en serio peligro —añadió otra voz que parecía la de Michela.

—¡No es posible! No se ha conocido la existencia de una Portadora desde hace siglos...

—Pues ahora ya hay una —volvió a apuntar Michela.

—¿Y siendo una ninfa, como tú, quieres que creamos que no sabías nada? —preguntó otra mujer y en su tono se advertía el miedo.

—No quiero que creáis nada. Yo soy la representante de las ninfas, pero no estoy informada de todo lo que ocurre en mi reino. Mucho más, cuando la madre de la misma sacrificó su vida para mantenerla oculta.

—Llevamos horas debatiendo el tema, y nada de esto tiene importancia. Solo hay dos cosas que debemos hacer: descubrir su paradero antes que el Mando, y protegerla. ¿Imagináis lo que hará Raynard con ella de encontrarla? Y aún peor, ¿imagináis de lo que sería capaz si además consigue a Constantine?

El silencio en el interior de la sala se hizo tan sepulcral y escalofriante que Nyree y ella se miraron boquiabiertas.

—Raynard no me tendrá jamás. Además, encontraremos a esa Portadora y la protegeremos. —Dakata oyó la voz de Constantine y esta le devolvió el latido, aunque no podía dejar de preguntarse qué podría querer Raynard de él. ¿Por qué estaba en peligro?

—Mako es una de las mejores rastreadoras que hay. Nosotros la encontraremos —volvió a intervenir él.

—Me parece bien que Mako, junto a un pequeño y discreto equipo, localice a la Portadora, pero tú no podrás ocuparte de esta misión, Constantine. No podemos exponerte y lo sabes bien. Ha llegado el momento de que tomes esa decisión que tanto temías. Dakata ya está en esta base, a salvo. Hemos cumplido con nuestra parte del trato, ahora te toca a ti —añadió de nuevo la contundente voz masculina.

Dakata se quedó petrificada al escuchar su nombre al otro lado de la puerta. ¿Qué estaba pasando?

—Vamos, tenemos que irnos —la tomó Nyree del brazo tirando de ella. En su rostro se advertía la preocupación.

—No puedo irme, necesito saber qué está pasando —expresó ella en un susurro angustiado.

—Si nos pillan aquí no solo no averiguaremos nada, sino que recibiremos un castigo. Constantine te lo contará todo más tarde, pero ahora tenemos que irnos.

Dakata miró una última vez la puerta de acero, con el pulso latiéndole frenético en la garganta. Nyree tenía razón, ella no sabía cómo funcionaban todas las cosas del Consejo, ni lo que realmente estaban hablando allí. Esperaría a Constantine y entonces averiguaría toda la verdad.

CAPÍTULO 20

Durante todo el día en la cabeza de Dakata bullían infinidad de preguntas que nadie sabía cómo responder; ¿Qué era una Portadora? ¿Por qué Raynard quería capturar a Constantine? ¿Qué decisión tenía que tomar este? ¿Por qué el Consejo había dicho que al liberarla habían cumplido con su parte del trato? ¿Había tenido que prometer él que haría algo que lo ponía en peligro para conseguir su liberación de la Colmena? Cuanto más pensaba en las palabras que había escuchado a hurtadillas, más confusa estaba y más necesitaba hablar con él. Lo buscó por toda la base, pero no lo localizó. Imaginó que igual había tenido que salir a cumplir con alguna misión, y esperó impaciente todo el día a que llegase la noche, intentando concentrarse en sus tareas y entrenamiento mientras tanto.

—¡Dakata! ¡Si tu mente no está en el combate, tu cuerpo no sirve de nada! ¡Esto es un entrenamiento, pero en un combate a muerte, perderías la vida y pondrías en peligro la de los que te acompañasen!

Sabía que Dominick tenía razón y que solo pretendía ayudarla en su evolución, pero no podía evitar pensar en Constantine todo el tiempo. Trabajar con su maestro en los entrenamientos, día a día, se iba haciendo más sencillo. Algo impensable tras los acontecimientos del primer día. Cuando tuvo que volver a la zona de combate al día siguiente, solo tenía en mente matar al vampiro que había trabajado para el Mando y los había convertido en prisioneros. Jamás podría perdonarle que llevase a Dara hasta la Colmena. Pero con el paso de los días había descubierto en él a un ser atormentado por la culpa, que intentaba subsanar los daños y el dolor que había ocasionado durante años a los de su especie. Dominick vivía un castigo perpetuo, advirtiendo la repulsa en los ojos de los de su raza, incluidos los de su propia hija, que no podía perdonarlo por la muerte de su madre. Con ella intentaba también resarcirse de sus pecados, y al principio no estaba dispuesta a darle el gusto. Prefería aprender sola a controlar su don antes que estar ante su sola presencia. Sin embargo, fueron Constantine y la misma Nyree quienes la convencieron para que siguiese con el entrenamiento al que Dominick quería someterla. Alegaron que era el mejor maestro que podría tener, que nadie entendería su proceso de cambio como él, y que ningún otro vampiro conocía la historia y origen de cada semilla negra. Tal vez, si hacía las preguntas correctas, él podría ofrecer respuesta a las dudas sobre sus orígenes, o los de Dara.

—¡Sigues ausente! Todo este esfuerzo es inútil si no te lo tomas en serio...

—volvió a increparla su maestro. Su mirada oscura adquirió una tonalidad carmesí, producto del enfado. Advirtiéndolo que era así, lo vio girarse dándole la espalda, con la excusa de dejar sus armas, y dar por finalizada la clase.

—¿Cómo se llamaba mi madre? —La repentina pregunta de Dakata hizo que detuviese sus pasos.

Sabía que Dominick no contestaría ninguna de las preguntas que tenía que hacerle sobre Constantine o la Portadora. Más aún, sabiendo que pertenecía al Consejo de los Guardianes. Pero sí había interrogantes a los que solo él podía dar respuesta.

Dominick bajó la cabeza y suspiró profundamente, sin girarse. Dakata esperó que se pronunciase, pero él permanecía en silencio. Pensando que ya no lo haría, decidió marcharse de allí, pero en ese momento la voz de su maestro la detuvo en seco.

—Aileen. Se llamaba Aileen. Era muy joven cuando quedó encinta, apenas tenía unos pocos años más que tú. Estudiaba en la universidad culturas orientales. Su sueño era viajar a Japón. —Dominick se dio la vuelta y enfrentó su mirada asombrada—. Tienes sus mismos ojos violetas, y esa mirada desafiante y obstinada.

—¿La conociste en vida? —preguntó en un hilo de voz.

—Sí. Al final de tu gestación. Cuando una mujer humana engendra a un dhampiro corre mucho peligro. No es sencillo gestar una raza distinta a la tuya, más cuando esta precisa de tanto alimento, energía y fortaleza para desarrollarse en el vientre de su madre. Como te dije, muchas humanas no consiguen llevar a término su gestación. Las que lo hacen demuestran una fortaleza inusual dentro de la especie. Tu madre intentó por todos los medios sacar adelante su embarazo. Visitó médicos, sanadores, curanderos... Eso llamó la atención. Para muchos, excepto para ella, era evidente que estaba embarazada de un semilla negra. Y cuando eso sucedía...

—Te lo notificaban a ti. —Terminó la frase por él.

Dominick asintió en silencio.

—¿Y tú te limitaste a ver cómo sacrificaba sus últimos alientos y fuerzas para hacer que yo llegase a vivir, sin ayudarla?

—No era mi cometido hacerlo. Si hubiese sobrevivido a tu parto, no habría renunciado a ti, jamás. Y eso no podía pasar. Ella jamás habría entendido tu naturaleza.

—¡Eso no lo sabes! Quizás... ella quizás... —Dakata sintió cómo las lágrimas invadían su rostro. Por ella, por su madre, por los años de soledad, por las miles de cosas que no conseguía entender aún.

Dominick la vio volver a transformarse, envuelta en la neblina de su dolor,

totalmente ajena al cambio que se producía en ella. Vio cómo de sus manos volvía a refulgir la extraordinaria luz azul e incandescente que se había apoderado de ella el primer día de entrenamiento. La energía eléctrica fue deslizándose por su cuerpo, envolviéndolo todo y haciéndola resplandecer de una forma extraordinaria.

—Dakata...

Ella elevó la vista del suelo y lo dejó sin palabras al apreciar sus ojos, que ya no eran violetas, sino del azul más claro y brillante que hubiese visto jamás.

—Deja que pase a través de ti. No te resistas. Siéntelo apoderarse de cada célula de tu cuerpo. Admítelo, Dakata, forma parte de ti —declaró él en tono sosegado.

Dakata se vio expuesta a una energía arrolladora que sacudió cada rincón de su ser. Extendió los brazos y cabeza hacia atrás, dominada por el éxtasis de sentir despertar toda partícula de su cuerpo tras largos minutos de comunión en los que consiguió acompasar su respiración y el latido frenético de su corazón. Luego descendió las manos hasta colocarlas enfrentadas, a la altura de su pecho. La energía quedó concentrada entre sus palmas, retroalimentándose en una bola azul de la que comenzó a emanar una figura metálica. Sintiendo la canalización de dicha energía entre sus manos, fue separándolas lentamente.

Dominick no se atrevió a pronunciarse, como único y privilegiado espectador de aquel extraordinario acontecimiento. Cuando Dakata dejó de extender las palmas admiró desconcertado la enorme y espectacular katana que flotaba entre sus manos, aún radiante por la energía que la envolvía. Con un rápido movimiento, Dakata la tomó del aire, la hizo girar alrededor de su propia cabeza, la bajó hasta su costado y la volteó nuevamente en un alarde espectacular de unión y dominio con el arma. Antes de que pudiese predecirlo, hizo girar todo su cuerpo sobre una de sus piernas, haciendo una rueda, cayó con ambos pies sobre la lona y saltó a pocos centímetros de él.

En su siguiente pestañeo, Dominick tenía el fabuloso sable acariciando su cuello. La miró de soslayo, cautivo de la sorpresa y el miedo. Dakata mostró una sonrisa fría y ladina.

—Gracias, maestro, por haberme ayudado a encontrar mi don. —Su tono era tan gélido como su mirada.

Dominick tragó saliva, haciendo que la hoja de la katana, rasgara su piel en aquella zona expuesta contra ella.

—Tranquilo, tu cabeza no será la primera que caiga bajo mi hoja. Tengo otras antes en mente. —Sin embargo, se demoró más de lo necesario en apartar el arma.

Tras lo que a Dominick le pareció una eternidad, Dakata, con la misma

rapidez con la que lo había reducido, se apartó de él. Colocó la katana sobre sus antebrazos y esta se redujo hasta fundirse con su piel. En el interior de sus muñecas, la luz incandescente dejó dos marcas, como tatuadas con fuego. Dos círculos que guardaban en su interior una figura mítica. Pocos conocían el significado de dichas marcas que resplandecieron sobre su piel hasta que se extinguieron sin dejar rastro.

Dominick contuvo el aire en los pulmones. Ya sabía quién era el padre de la chica: Dakata era la hija del dragón. Pero... no podía decírselo, como tampoco revelarle lo que eso significaba. No debía descubrirlo, no en ese momento crucial de peligro. Tampoco tuvo tiempo para pensarlo porque ella, con gesto indolente, ya se dirigía a la salida de la sala de entrenamientos.

Cuando se quedó solo en la lona, Dominick se dejó caer sobre esta, quedando de rodillas. La hija del dragón... su primogénita. Eso la convertía en la heredera de unos dones que ni ella misma era capaz de imaginar. No solo de la capacidad de invocación del arma sagrada de su estirpe, la katana Draka. En un futuro también podría invocar otras armas de su linaje. Como también había heredado las capacidades letales de su progenitor, que ahora estaba en serio peligro, pues estaba convencido de que la lista de víctimas a las que haría perecer la chica bajo su poder, estaba encabezada por su nombre.

Cuando llegó la noche y tras un agónico y eterno día de espera, Dakata subió a la azotea, esperando encontrar allí a Constantine, como había estado sucediendo durante la última semana. Pero al llegar descubrió que él no había acudido a su cita. Lo esperó durante horas bajo el manto estrellado de la noche, sentada en el suelo, sujetándose las rodillas, poseída por la congoja que le producía la sensación de soledad que la invadía en ese momento. Tras lo sucedido en el entrenamiento, lo necesitaba. Necesitaba compartir con él su turbación, narrarle lo que sentía tras su transformación, tras los descubrimientos que había hecho sobre su madre, hacerlo cómplice de la nueva guerrera que albergaba dentro de ella.

Pero él no estaba.

Finalmente, cuando comprendió que él no acudiría y que estaba completamente sola, se dejó llevar por los sentimientos que pugnaban por salir, abordando cada latido de su corazón, y rompió a llorar.

CAPÍTULO 21

Dakata estaba tumbada en su cama, mirando al techo, como cada una de las noches de los últimos tres días, en los que no había tenido noticias de Constantine. Se atormentaba pensando en él, en su paradero, en si corría peligro, en si lo había perdido otra vez...

Había pasado por todo un abanico de emociones; primero dejó que la invadiese la rabia. Él le había pedido confianza, y en cuanto había tenido la oportunidad se había marchado sin darle ningún tipo de explicación, dejándola sola de nuevo. Después, la ira dio paso a la frustración y más tarde a la preocupación. Si Constantine se había marchado de aquella manera, después de todo lo que habían vivido y compartido tras su reencuentro, tenía que haber un buen motivo. Recordaba las palabras que escuchó de los miembros del Consejo, mientras oía tras la puerta de la sala de juntas, e imaginaba mil situaciones que lo podían haber puesto en peligro; quizás no podía regresar.

Intentó averiguar su paradero interrogando a los miembros de su escuadrón, que aún seguían en la base, porque Mako y Luta se habían marchado el mismo día que Constantine. También preguntando a Aubrey, una chica dulce y diminuta que parecía estar al tanto de todo lo que sucedía allí. Y finalmente, cuando no obtuvo respuestas y se sintió agotada y consumida por la preocupación, ya no le quedó más que la sensación de pérdida y necesidad. Ya no quería saber dónde había estado, o qué lo había llevado a marcharse de allí. Solo necesitaba que volviese junto a ella, sano y salvo.

Constantine, tras tres días fuera, regresaba por el pasillo que conducía a los dormitorios de los miembros de su equipo y de Dakata. Y aunque se había impuesto aquella separación para poder pensar en la decisión que debía tomar, y había terminado por convencerse de que mantenerse alejado era lo mejor para ella, no pudo evitar detenerse frente a su puerta. Tenía que dejarla definitivamente. Separarse de ella, al menos durante una larga temporada y no sabía cómo decírselo, cómo podría despedirse después de lo que ambos habían sufrido con la primera separación. Se habían reencontrado y era el mayor de los regalos que le había ofrecido aquella existencia, y ahora tenía que volver a renunciar a ella, sin la seguridad de que pudiesen volver a reunirse tras cumplir con su misión.

Como si anhelase percibir su calor a través del frío acero, posó la mano sobre su puerta, apoyó la frente y cerró los ojos, intentando imaginarla en el

interior, durmiendo plácidamente en su cama.

Dakata sintió un movimiento tras la puerta de su cuarto. Se incorporó rápidamente, permaneciendo sentada, en alerta, aguardando alguna otra señal de que había alguien fuera. Si intentaban entrar en su dormitorio en mitad de la noche, estaría preparada para ofrecer un buen recibimiento a quién se atreviese a hacerlo. Pero tras unos segundos de inquietante espera, nada sucedió. Lentamente, se acercó hasta la puerta con paso cauto y silencioso. Apoyó la mejilla en ella y procuró escuchar algo del exterior, pero no percibió sonido alguno. Se separó de la puerta, pero en lugar de volver a la cama, tomó el pomo y la abrió rápidamente.

No había nadie. El pasillo presentaba un aspecto desolado y silencio absoluto. Terminó de salir de su cuarto, adentrándose en la oscuridad del pasillo, tan solo iluminado por la tenue luz de emergencia situada a pocos metros. Giró la cabeza a un lado y a otro. Algo la seguía llamando. No sabía explicar qué, pero aquello que la invitaba a salir de su dormitorio dirigió sus pasos hasta la puerta de Constantine, contigua a la suya. Posó la mano sobre ella y respiró profundamente. Sabía que él no podía estar allí, llevaba desaparecido tres agónicos días, pero aun así llamó a la puerta suavemente con los nudillos.

Cuando esta se abrió y en el umbral apareció Constantine, con el torso desnudo, la sorpresa no asomó a su corazón que ahora se entregaba henchido, a la necesidad que albergaba dentro de ella. Él la miró en silencio, conteniendo el aliento. Ninguno de los dos dijo nada. Dakata dio un paso hacia delante y entró en su cuarto haciendo que sus cuerpos, a tan corta distancia, se rozasen. Constantine no se movió, petrificado en el sitio. Dejó que ella entrase y tras hacerlo, cerró la puerta lentamente. Apoyó las manos en la madera, dándole la espalda. No sabía cómo empezar aquella conversación que sin duda los partiría a ambos en dos. Le daba miedo volverse, perderse en los ojos violetas de Dakata y tener que explicarle que tenía que separarse de ella, que tenía un deber que cumplir que le impedía unir su corazón y su vida a la de ella, a la de la mujer de la que había estado enamorado desde siempre.

Su respiración profunda y precipitada se detuvo en seco al sentir las manos de Dakata sobre la piel desnuda de su espalda. Las deslizó lentamente por ella, rodeándolo y recorriendo sus costados; acarició sus abdominales, haciendo que contrajera los músculos y se le erizase la piel. Ambas manos terminaron en su pecho, al tiempo que sentía la mejilla de Dakata presionando su espalda. El cálido aliento que emanaba de su boca lo acarició justo antes de que esta depositase un primer beso sobre su piel. Gimió posando las manos sobre las de ella, que no podía imaginar la tortura a la que lo estaba sometiendo. Sintió los besos recorrer su espalda mientras todo el cuerpo femenino se apretaba contra su espalda. No podía soportarlo más y se giró para enfrentarse al rostro más bello

que había visto jamás. Dakata lo miraba con una mezcla de expectación, deseo e inocencia que le hizo perder la cordura. Atrapó su rostro entre las manos y se apoderó de sus labios carnosos, que lo recibieron entreabiertos, deseosos de ser profanados. Introdujo la lengua en la deliciosa boca y al sentir cómo ella inmediatamente, enredaba la suya, envolviéndolo en un baile diabólico, gruñó con desesperación. Descendió las manos para posarlas en su trasero y elevarla hasta su cintura, pegándola a él, dejándose llevar por la devastadora necesidad que tenía de ella. Dakata se aferró a él con piernas y brazos, sumergida en la misma urgencia imperiosa, lo que no hizo más que aumentar su más primitiva necesidad.

No lo pensó, no podía hacerlo en ese momento, y la llevó hasta su cama, allí bajó hasta depositarla con suavidad sobre la superficie acolchada sin separarse un milímetro de ella, que devoraba su boca con una pasión desmedida. Tuvo que tomar oxígeno cuando sintió que su ardiente erección presionaba dolorosamente la presión de sus pantalones, a punto de estallar. Con ambas manos separó el sedoso cabello castaño de su rostro, queriendo perderse en su mirada violeta. Descubrió destellos eléctricos en ella que lo hipnotizaron. Sus largas pestañas oscuras bajaron mientras sus labios exhalaban un gemido al sentir que él frotaba la erección contra su sexo, buscando sentirla en aquella zona que pedía atención. Dakata dejó de aferrarse a sus hombros para hacerlo al cabecero de la cama. Al estirar los brazos arqueó el torso, haciendo que su pecho se elevase para él. Constantine estaba a punto de descubrir las curvas del cuerpo femenino que lo habían atormentado durante tanto tiempo. Y sintiéndola entregada a sus caricias, subió las manos por los costados de su cuerpo, clavando las yemas en su piel y elevando al tiempo la camiseta blanca de tirantes que la cubría. Al llegar a sus pechos, descubrió que no llevaba ninguna otra prenda que se interpusiese entre los rosados pezones y sus labios ávidos por saborearla. Sacó la camiseta por la cabeza de Dakata y extasiado por su belleza, comenzó un tortuoso paseo por su vientre, dejando un reguero de besos lentos, cálidos y devastadores. Ella contuvo la respiración encogiéndose el estómago. Constantine esperaba que en cualquier momento se asustase y lo detuviese, pero lo que hizo fue arquearse, pidiéndole más. No lo dudó y siguió subiendo en su exploración, hasta que llegó a la cumbre de su pecho derecho, lo atrapó entre los labios y lo succionó jugando con su lengua. Dakata gimió de una forma enloquecedora. La respuesta abierta y desinhibida hacia sus caricias lo atormentó, haciéndole temer perder el control. No podía precipitarse, tenía que contener el ardor que lo abrasaba y dedicarle toda la atención que ella merecía. Con cada embestida de su lengua sobre sus cumbres rosadas Dakata exhalaba un nuevo gemido que lo volvía loco. Ella comenzó a elevar las caderas contra su erección reclamando otro tipo de atención mientras enredaba los dedos en su cabello, y Constantine no dudó en complacerla.

Introdujo las manos dentro de su escueto pantalón de pijama, tomándola por el trasero y las descendió haciendo que la prenda y las diminutas braguitas blancas bajasen con él. De esta forma liberó los últimos rincones de la anatomía femenina, ocultos para él. Sus curvas eran preciosas, suaves y excitantes, su piel resplandecía de una forma mágica, y su sexo palpitante, rosado y henchido, quedó expuesto para él. No pudo menos que reverenciarlo bajando el rostro y besándolo con devoción. Dakata se arqueó nuevamente para él, levantando las caderas contra su rostro, pidiéndole más.

Constantine se incorporó para observarla arrebolada, entregada y ansiosa por recibir sus atenciones. Puso las manos bajo sus rodillas, flexionándoselas aún más y abriéndola para él. Dakata contuvo el aliento al ver su expresión hambrienta al contemplar el centro palpitante de su deseo, y jadeó de puro placer al sentir el juego endiablado de su lengua sobre sus pliegues íntimos.

Dakata no podía creer la infinidad de explosiones que provocaba él en su sistema nervioso, con aquello que estaba haciendo en sus partes más íntimas, con su lengua. Si eso era el sexo, ahora se arrepentía de no haber insistido más y haber desaprovechado el tiempo aquella semana. Jamás había sentido su cuerpo tan al límite como en aquel momento. Cada músculo de su cuerpo se contrajo anticipando el placer delirante que la poseía. Quería gritar, exultante, pero en su lugar tomó la almohada de Constantine y la posó sobre su rostro para morderla, cuando sintió que una oleada del más abrumador placer la atravesaba desde el centro de su sexo henchido, abarcando todo su vientre y haciéndola convulsionar sobre el colchón. La humedad caliente de su sexo se derramó mientras ella intentaba llenar los pulmones de oxígeno. No tuvo tiempo de recomponerse, Constantine tiró de la almohada liberando su rostro aún extasiado por el placer.

—Dakata, mi amor... voy a entrar dentro de ti —anunció él con voz ronca—. Necesito estar dentro de ti.

Ella no sabía qué quería decir él. ¿Le pedía permiso para algo? Su mente estaba sumergida en una neblina espesa de la que no quería salir. Estiró los brazos y tomó su rostro entre las manos para besarlo con devoción. Constantine sonrió contra sus labios mientras se acoplaba frente a su sexo. Lo vio descender una mano para colocar su imponente erección a las puertas de su sexo, aún inflado y latente. Se separó ligeramente de su rostro, aun a escasos centímetros, pero privándole del sabor de su lengua y sus labios. Constantine acarició su pelo y sus mejillas y clavó su mirada en la de ella antes de hundirse en su cuerpo, lentamente, invadiendo cada rincón de su cavidad íntima. Dakata abrió los ojos y los labios al tiempo, llevada por la sorpresa y el placer. Los movimientos de Constantine, en comunión con ella, eran lentos y delirantes. Comenzó a salir y entrar nuevamente en ella con una delicadeza enloquecedora, haciendo que su

cuerpo se fuese habituando a la implacable invasión de su formidable miembro.

La expresión contenida de Constantine le indicó que estaba procurando controlar su necesidad de ella, y Dakata, rodeando sus caderas con las piernas, lo presionó contra su cuerpo, invitándolo a seguir sin miedo. Lo besó en los labios y sintió cómo aumentaba el ritmo de las embestidas contra su interior. Un nuevo calor comenzó a embargarla al tiempo que los movimientos de la cadera masculina se hacían más profundos y rápidos. El gesto de Constantine se contrajo mientras ella sentía una nueva e inesperada explosión en su interior, que la arqueó sobre la cama. Sintió cómo cada célula de su cuerpo se cargaba de una energía eléctrica y poderosa. Pudo ver el resplandor azul incandescente de su mirada, reflejado en los ojos de Constantine que la observaba con fascinación, mientras se derramaba en su interior con un gruñido gutural y primitivo.

Constantine terminó por dejarse caer sobre ella, enterrando el rostro en el hueco de su cuello. Su respiración era acelerada y dificultosa, aún sentía las sacudidas de placer que sufría su cuerpo sobre el suyo. Se mantuvieron así enredados, en silencio, completamente unidos durante unos segundos eternos en los que ninguno de los dos quiso despertar de la sensación abrumadora que habían compartido. Finalmente, Constantine se dio cuenta de que debía estar aplastándola con su gran cuerpo, y sin salir de ella ni soltarla, giró sobre la cama para que quedasen tumbados de lado. La rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza de Dakata sobre su pecho hinchado de pura felicidad.

CAPÍTULO 22

Después de la extasiante experiencia compartida, ninguno de los dos se atrevió a pronunciarse durante un buen rato, como si temiesen que al hacerlo, el momento mágico e íntimo que acababan de vivir desapareciese como una nube de humo. No querían volver a la realidad y enfrentarse a los muchos peligros que les acechaban. Constantine, sabiendo que tenía que explicarle la batalla que estaba a punto de comenzar, y Dakata, admitiendo el sabor a despedida que le habían dejado los besos de Constantine en los labios.

Dakata posó una mano sobre el pecho de Constantine, queriendo memorizar el tacto cálido de su piel en las yemas de los dedos, en su mejilla contra su torso desnudo, el maravilloso olor de su piel, el sonido de cada latido de su corazón precipitado. Él tomó su mano y entrelazó los dedos con los suyos. Elevó las manos unidas para observarlas en perfecta comunión. Así le habría gustado pasar con ella cada minuto de los que le restaban de vida.

—Dakata... tengo tantas cosas que contarte... —le susurró contra la frente.

Dakata cerró los ojos con fuerza y enterró el rostro en su pecho. No quería oír nada, no necesitaba saber nada. Fuese lo que fuese lo que quería decirle, algo le decía que no le iba a gustar.

—¿Es absolutamente necesario? —preguntó contra su piel.

Constantine suspiró con profundidad.

—Sí lo es, mi amor.

¿Cómo una frase podía llenarla de gozo y angustia al mismo tiempo?, se preguntó quedándose sin oxígeno en los pulmones.

Constantine elevó su rostro tomándola de la barbilla. Admiró la belleza de su mirada salvaje y dulce a la par. Jamás habría nadie para él como ella. Y quería hacérselo entender. Pero ¿y si no conseguía volver de su misión? No podía dejarla atada a su recuerdo, necesitaba que ella siguiese adelante fuese cual fuese el destino que le esperaba a él.

—Dakata, yo... te amo...

—¡No me lo digas! ¡No quiero saberlo, si tras tu declaración vas a despedirme de mí! ¿Vas a dejarme, Constantine? ¿Otra vez? —se rebeló ella entre sus brazos.

—No para siempre, espero.

Dakata quiso incorporarse de la cama y alejarse de él.

—¡No! Déjame que te lo explique... —rogó sujetándola entre sus brazos, no

soportaba la idea de alejarse de ella aún.

—Me dan igual los motivos. Quieres alejarte de mí...

—Yo no quiero hacerlo, pero tienes que entender que tengo que cumplir con mi destino.

—¿Y qué maldito y cruel destino es ese que te aleja de mí, destrozándome de nuevo con tu ausencia?

Las palabras de Dakata se le clavaron en el corazón, hiriéndolo aún más de lo que ya estaba.

—Mi amor, ¿crees que a mí no me destroza tener que marcharme? ¡Pero lo tengo que hacer por ti, por mí, por la seguridad de todos los miembros de esta base, también los de la Colmena, de Dara, de toda la maldita humanidad!

Dakata pudo sentir todo el peso que él cargaba a sus espaldas.

—¿Por qué depende de ti la seguridad de todos? —preguntó con un hilo de voz, y tomó su rostro entre las manos.

—¿Recuerdas que te dije que mi padre era Raynard, y mi madre Michela...?

—Claro.

—¿Recuerdas también que te dije que mi madre superó mi gestación porque es una ninfa?

Dakata asintió sin saber a dónde quería llegar él.

—Los dhampiros adquirimos nuestros dones de nuestros progenitores, normalmente estos solo vienen dados por nuestro padre vampiro, pero en mi caso, yo he heredado dones de ambos, pues los dos tienen dones sobrenaturales. Mi madre no es una ninfa cualquiera. Es la última descendiente de las ninfas de la luz. Una princesa que atesora en ella la energía y dominio de la luz. Y yo he heredado dicha luz. Cuando fui rescatado, mis dones tampoco estaban completamente desarrollados a causa de la vacuna, pero con el tiempo despertaron no solo esos, sino los que heredé de mi madre.

Dakata seguía sin entender.

—¿Qué dones son esos?

—Básicamente me he convertido en el único ser sobre la faz de la tierra que puede devolver a los vampiros la facultad de caminar bajo el sol. Mi sangre tiene la propiedad de cambiar su estructura genética. ¿Sabes lo que eso significaría? Se harían mucho más poderosos. Podrían salir de sus escondites durante el día, nada les impediría cometer sus atrocidades a plena luz. El sol ya no los mataría, serían más fuertes. Se convertirían en inútiles muchas de nuestras formas de cazarlos.

—¿Y Raynard quiere capturarte para utilizar tu sangre y apoderarse de tu don?

—Él y su ejército serían prácticamente invencibles. Durante este último año, los científicos que trabajan para la Orden de los Guardianes han estado

estudiando mi sangre. Solo los miembros del Consejo saben lo que soy capaz de hacer, ni siquiera mi equipo conoce mi don. Sin embargo, y a pesar de haber tenido un cuidado extremo con esta información, descubrimos que al igual que tenemos un topo dentro de la Colmena, nosotros también lo teníamos entre nuestras filas. Él informó al Mando de mi don y desde entonces intentan apoderarse de él.

—Tenías que haberte marchado hace mucho tiempo, ponerte a salvo antes de que puedan dar contigo. ¡Raynard te matará!

—No podía hacerlo, no antes de...

—De sacarme a mí de la Colmena... ¿Ese era el trato que tenías con los Guardianes? ¿Te pondrías a salvo cuando ellos asegurasen que yo también lo estuviese?

—Así es...

La confirmación de Constantine la dejó paralizada.

—¡Pero podrían haberte atrapado! ¡Podías haber muerto!

—También lo hubiese hecho si te llega a pasar algo a ti...

Constantine tomó su rostro y la besó con devoción intentando borrar el horror y la preocupación del rostro de Dakata.

—¿Y ahora? —preguntó ella sin aliento cuando los labios masculinos se separaron de los suyos.

—Ahora tendré que marcharme y cumplir con mi parte. Tengo que desaparecer durante un tiempo, alejarme del Mando mientras encuentran la forma de hacer que mi sangre no sirva para sus propósitos.

—Yo iré contigo. ¡No tenemos por qué separarnos!

—Dakata, sí tenemos que hacerlo. El Mando me perseguirá a mí, y no voy a ponerte en peligro. Además, estamos a punto de enfrentar una batalla que llevamos tiempo esperando. Vamos a ir a rescatar al resto de semillas negras...

—Dara...

—Sí, Dara. No podemos dejar a más de los nuestros bajo el dominio del Mando.

—Pero tú no puedes luchar contra ellos, no puedes ir a la Colmena, ¡te estarán esperando!

—No, en realidad no lo harán.

Aubrey llevaba largos minutos llamando a la puerta de Constantine, sabía que estaba en el interior, lo había visto llegar a la base, pero no le abría. Timoleón y Michela le habían insistido en ir a por él con urgencia, y no sabía que más hacer, salvo utilizar su don. Antes de pensarlo dos veces, flasheó y se presenció en su cuarto. La escena que encontró la dejó perpleja y abochornada.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento...! —No dejó de repetir tapándose los ojos

con ambas manos. A pesar de lo cual podían verse sus mejillas arreboladas, a juego con su cabello rosa.

Constantine cubrió inmediatamente a Dakata con la sábana, protegiéndola de la exposición.

—¡Aubrey! ¿Qué haces aquí? —preguntó Constantine, alucinado.

—Lo siento, de verdad —repitió la chica con tono crispado por los nervios—. Llevo un rato llamando a la puerta pero no me oías y es urgente...

—¿Qué puede ser tan urgente como para que entres aquí?

—Ha empezado, Constantine. Hay noticias de la Colmena. Todo ha empezado.

Constantine cambió el gesto inmediatamente. Se levantó de la cama, y sin ningún pudor comenzó a vestirse apresuradamente, poniéndose los pantalones y las botas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha empezado? ¡¿Qué está pasando?! —preguntó consternada.

Aubrey vio que Constantine volvía a la a cama para dirigirse a Dakata y flasheó nuevamente, abandonando la habitación y proporcionándoles algo de intimidad.

En cuanto estuvieron solos, Constantine tomó su camiseta de la silla, se arrodilló frente a la cama y tomó las manos de Dakata. La sentía temblar como una hoja bajo su contacto.

—Lo siento, mi amor. Me habría gustado disfrutar de más tiempo juntos, de más momentos como este. Pero pase lo que pase, me suceda lo que me suceda en esta batalla, o tras ella, debes saber que te amo, que jamás he amado a nadie así, y que jamás podré entregar mi corazón, mi alma, cada uno de mis latidos, a alguien que no seas tú, Dakata.

Tras sus palabras, Constantine depositó un beso dulce, dilatado y cálido sobre sus labios, que la dejó sin aliento, necesitada de más. Sin embargo, aún con los ojos cerrados, sintió la repentina ausencia de su boca. Cuando abrió los labios, ya no estaba con ella. Se había quedado sola en la habitación.

CAPÍTULO 23

Aubrey volvió a flashear dentro de la habitación, dándole un susto de muerte.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento...! —comenzó a excusarse de nuevo.

—Te repites demasiado —fue la respuesta de Dakata, mientras se pasaba una mano temblorosa por la frente. Aún no podía creer lo que acababa de ocurrir. ¿Era eso un adiós? ¿Constantine acababa de despedirse de ella? ¿Para siempre?

Aubrey no le dio tiempo a pensar sobre aquellas dudas. Antes de poder predecirlo, posó una mano sobre su hombro y se vio transportada junto a ella, reapareciendo en la consulta de la doctora Meyers.

—¿Qué demonios...? —Su mirada encolerizada asustó a la pequeña chica que caminó hacia atrás distanciándose de ella.

—Bienvenida, Dakata —la saludó la doctora con una sonrisa, aunque era evidente la preocupación en su gesto.

Dakata se aferró a la sábana que la cubría escuetamente. Por suerte, esta también había viajado con ella. Intentó cubrirse cuanto pudo. No entendía nada, ¿por qué Aubrey la había llevado hasta allí?

—Por lo que veo, has conseguido satisfacer todas tus dudas sobre sexo sin mi ayuda. —El comentario de la doctora hizo hervir las mejillas de Dakata de forma inmediata.

—¿Qué hago aquí? Debería estar preparándome, Constantine...

—Constantine ha abandonado la base. Tiene que enfrentarse a una dura misión —le reveló—. Pero no debes preocuparte por él, tiene un buen equipo para respaldarle.

—¡No! ¡No puede ir a la Colmena! ¡Ellos lo atraparán y lo matarán! —gritó desesperada.

—Dakata, no va a ser así. Nadie lo estará esperando allí, al menos no los monstruos que nos preocupan; Raynard, Kendrick, y Vlad se dirigen hacia aquí en este momento, según nos ha informado el doctor Wu.

—¿Hacia aquí? ¿Cómo es posible? ¡Creí que este era un lugar seguro!

—Y lo era. Pero el día de tu rescate te inyectaron un localizador. Nosotros lo descubrimos al escanearte en el reconocimiento médico que te hicimos tras la sobreexposición que sufriste a tu poder. Mientras estabas inconsciente te hice varias pruebas para asegurar tu estado de salud —le explicó en tono suave. No quería que ella lo viese como una invasión.

Mientras daba las consabidas explicaciones, la doctora acercó un aparato a su brazo y este comenzó a emitir un pitido agudo, de aviso.

—Ahí está. —Le señaló el lugar en el que seguía inyectado el dispositivo y recordó el momento en el que Vlad lo colocó ahí, justo antes de entrar en la arena para enfrentarse a Akame.

—¿Sabíais que tenía eso en mi cuerpo y no me lo habéis sacado?! —preguntó con ojos desorbitados.

—No podíamos hacerlo. El Mando debía registrar todos tus movimientos para convencerse de que ignorábamos que lo llevabas. Teníamos que hacerles creer que así era. Tarde o temprano ellos utilizarían tu localización para venir a intentar masacrarnos, dejando la Colmena desprotegida. Mientras, nosotros estaríamos preparados para una doble batalla. Uno de nuestros equipos rescataría a los semillas negras que aún están prisioneros en la Colmena, mientras el segundo, preparado para el ataque, nos enfrentaremos al Mando para salvaguardar la seguridad de las razas.

Meyers observó a Dakata, que se había quedado en estado de shock al escuchar lo que se avecinaba.

—No debes preocuparte, llevamos mucho tiempo preparándonos para esto. Los habitantes de la base que no forman parte del ejército de la Orden ya están siendo evacuados por un sistema de grutas subterráneas hasta los búnkeres. Son el lugar más seguro de la base. Necesito que tú también vayas hasta allí. Aubrey te llevará.

—¡Aaah, no! ¡De eso nada! —se negó en redondo. Elevó una mano hacia Aubrey frenándola. La chica se detuvo en seco temiendo lo que podría hacer si iba a por ella—. No voy a ir a esconderme, soy una guerrera.

—No estás preparada... tu don...

—Mi don ha despertado.

—Dominick no nos ha notificado nada —alegó la doctora, sorprendida ante la revelación.

Dakata no sabía por qué el vampiro había ocultado al Consejo dicha información, pero tampoco le importaba.

—Ese no es mi problema. Voy a luchar como el resto de los soldados de la base, y por una vez en mi vida, lo haré para defender algo en lo que creo y no siguiendo las instrucciones de aquellos que me han tenido sometida. —Las palabras de Dakata llegaron a las dos mujeres envueltas en una determinación imposible de obviar. Nadie conseguiría detenerla, y ninguna de ellas estaba dispuesta a intentarlo.

—A Constantine no le va a gustar... —hizo un último intento la doctora, sabiendo lo que él diría al enterarse de que Dakata había participado en la lucha.

—Constantine está haciendo lo que considera correcto, y yo voy a hacer lo mismo.

—Está bien. —Meyers aceptó, suspirando—. Aubrey, por favor, ¿puedes llevar a Dakata hasta su cuarto? Tiene poco tiempo para prepararse antes de que lleguen nuestros enemigos.

Esta vez, antes de que la dhampir pudiera negarse, Aubrey la tocó y la llevó hasta su dormitorio.

No había tiempo que perder.

—¿Qué haces aquí, dhampirita? —le preguntó Gabriel al llegar al centro de mando de la base, elevando una ceja burlona.

Dakata se aproximó a ella, ataviada con un pantalón de cuero, las botas de combate, camiseta de tirantes y guantes cortos de cuero.

—Será mejor que vayas a esconderte, antes de que te hagas daño —continuó el ángel con sorna, dándose la vuelta para ignorarla.

—¡No puedes estar aquí, Dakata! —le expuso Michela separándose del resto de representantes del Consejo. Todos se habían girado a mirarla al verla llegar.

Dakata no tenía intención de perder el tiempo discutiendo con nadie. Cerró los puños y bajó la cabeza, concentrando su energía interior en las palmas de las manos. Solo tenía que pensar que Constantine y Dara estarían en peligro, que tal vez no volvería a ver a ninguno de los dos. La energía comenzó a fluir por sus manos, por toda su piel, envolviéndola ante la mirada perpleja de los presentes. Ya sabía lo que le esperaba y se dejó dominar, colmándose de ella, alimentando cada átomo de su cuerpo. La centralizó en sus manos e invocó su katana. Levantó la vista mientras la volteaba hasta colocarse en posición de ataque.

—Yo creo que no tenéis forma de evitarlo —retó a los presentes con mirada gélida, envuelta en la energía eléctrica y glacial que la convertía en un arma letal.

Las miradas de admiración de los miembros del Consejo eran un poema. Después observó a Gabriel que sonreía satisfecha.

—¡Ya están aquí! —gritó Aubrey en su mesa, desde la que controlaba las cámaras que rodeaban la base.

Efectivamente, el caos tardó pocos segundos en hacerse presente. Se oyeron varias explosiones que llenaron la zona de humo y escombros que volaban en todas direcciones, al tiempo que un gran número de soldados del Ejército Oscuro entraba como una horda de asesinos, anhelantes de hacer correr la sangre de cuantos estaban allí.

Dakata, al igual que el resto de guerreros que esperaban el ataque, comenzó

a enfrentarse a todos los que se ponían a su alcance. No pensó en ellos, en quienes eran, ni en que iba sesgando sus vidas una a una, con una frialdad absoluta. Cegada por la rabia, la impotencia y el dolor que le habían provocado durante toda su vida, solo pensaba en proteger a los que ahora consideraba miembros de su nueva familia.

Tras una lucha eterna y encarnizada contra decenas de miembros del Ejército Oscuro y acabando de liquidar la vida de un soldado al que había partido el cuello, haciéndolo caer de rodillas contra el pavimento con una patada lateral, sintió que la cogían por el cuello desde la espalda, elevándola del suelo como si fuese una pluma. Un segundo después la inconfundible y escalofriante voz de Vlad le susurraba al oído, tras lamerle asquerosamente la mejilla.

—Aquí estás... no imaginas lo feliz que me hace este reencuentro, Dakata — le dijo el Mutilador mientras apresaba uno de sus brazos y lo retorció hacia atrás con fuerza, pegándose a su cuerpo con lujuria. Dakata forcejeó y él rio satisfecho —. Esa es mi fierecilla. Por favor, sigue moviéndote así para mí. Me excita sentir tu miedo.

Dakata tomó aire antes de inclinarse hacia adelante, bajó su cuerpo y empujando al Mutilador, lo hizo voltear sobre su cabeza. Este cayó a cuatro patas frente a ella.

—Lo que hueles no es miedo. Tú solo me provocas asco. El mismo que una maldita cucaracha. Y morirás aplastado como una de ellas —le contestó justo antes de darle una patada que hizo voltear su cabeza a un lado, consiguiendo que saltasen de su boca varias piezas dentales junto a un oscuro chorro de sangre. Cayó de espaldas, aturdido.

Dakata estaba a punto de propinarle el golpe de gracia y acabar con su vida cuando llegaron hasta ella los gritos de Michela. Tuvo que dejar al Mutilador allí para saltar sobre el cuerpo de Vlad y de los soldados que había a su paso. Divisó a Raynard elevándose sobre los guerreros que luchaban bajo sus pies. Tenía atrapada a la madre de Constantine por el cuello, ahogándola.

—¿Dónde está nuestro hijo? —bramaba frente a su rostro, colérico, al darse cuenta de que la presa que buscaba no estaba allí.

Michela, con el rostro cada vez más enrojecido, luchaba por atesorar el último aliento que contenían sus pulmones. Dakata saltó sobre la cabeza de uno de los soldados del Ejército Oscuro. Mientras se impulsaba, convocó a su *katana*, que apareció en su mano derecha. Raynard, que la vio acercarse a él con el arma incandescente, soltó a Michela en el momento. Antes de que esta pudiese caer precipitándose contra el suelo, Gabriel alzó la mano y envolviéndola con su energía plateada, la hizo descender con cuidado.

Raynard contempló a Dakata con una mezcla de asombro, temor y

admiración, que entornaron su mirada, al tiempo que una idea germinaba en su mente. Evitó el ataque de la chica con su capacidad de levitación.

—La hija del dragón... —declaró con voz espeluznante—. Sin duda tu progenitor estará interesado en saber de tu existencia —señaló.

Aquella afirmación hizo que Dakata se detuviese antes de intentar un nuevo ataque. En lo que tardó en pestañear, Raynard desapareció de su vista. Miró a un lado y a otro, confundida, percatándose entonces del gran número de bajas que había entre los soldados del Ejército Oscuro. Los componentes del Consejo y los guerreros de la base estaban dando caza a los últimos soldados que intentaban huir, al ver diezmado al grueso de su escuadrón. Sin duda no habían contado con que los hubiesen estado esperando. Aun así, entre los cuerpos de los soldados podía contar también con varios muertos y otros tantos heridos que pertenecían a la Orden de los Guardianes.

—Gracias, Dakata —oyó que le decía Michela a su lado, con un hilo de voz, mientras posaba una mano sobre su hombro. Pero ella solo podía ver la atrocidad que aquellos monstruos habían provocado.

Su mirada se tiñó de horror y aversión.

CAPÍTULO 24

—¡Por todos los dioses! —Nyree vio a su líder de escuadrón inclinarse sobre el cuerpo inerte de un hombre, tirado sobre el suelo de la sala.

—¿Quién es? —preguntó mirando a un lado y a otro, alerta por si eran descubiertos por soldados del Ejército Oscuro.

—Es Tian Wu. El infiltrado que teníamos en la Colmena. Él me ayudó a escapar, nos ayudó a todos a sobrevivir —dijo con voz rota, mientras pasaba una mano sobre su rostro, cerrando sus párpados. Tenía la garganta desgarrada y de la herida mortal había emanado gran cantidad de sangre, ahora desparramada por el suelo blanco de la consulta.

Nyree vio la expresión abatida de su líder. Entendía su dolor, pero no podían detenerse. Cuanto más tiempo pasasen en la Colmena, más peligro corrían. Posó una mano sobre el hombro de Constantine, incitándolo a continuar con la misión.

—No podemos dejarlo aquí —declaró.

—No te preocupes, yo me ocuparé de llevárnoslo cuando hayamos rescatado a los prisioneros —se pronunció Shinué, tras la chica.

Nyree se giró para sonreírle y Dominick que los acompañaba a pocos pasos resopló evidenciando su malestar.

—Siempre te estaré agradecido. —Constantine se despidió del doctor, posando una mano sobre su pecho, dilatándose un segundo más mientras el resto de su equipo comenzaba a inspeccionar la salida de la consulta y los pasillos de la Colmena. Un segundo más tarde se unía a ellos, despejando de su mente el dolor y concentrado en la misión de rescate.

En absoluto silencio, dividió a los componentes del escuadrón con gestos de su mano en tres equipos. Cada uno registraría una zona de la Colmena. Junto a él quedaron Nyree y Shinué.

Apenas habían recorrido un par de pasillos cuando sorprendieron a los primeros soldados del ejército, justo al tiempo que comenzaban a escucharse las sirenas de alarma de la Colmena. Antes de que pudiesen enfrentarse a alguno de ellos, Shinué levantó una mano y de una sola pulsión, hizo caer a los tres soldados inconscientes sobre el suelo, tras chocar contra las paredes del pasillo.

—No voy a negar que tanto derroche de poder me pone, ¿pero piensas privarme de toda la diversión? —preguntó la dhampira al ángel con una sonrisa coqueta y traviesa.

Él la escrutó con gesto serio hasta que ella le dio la espalda y liberó una

sonrisa ladina.

Siguieron por el pasillo, ya estaban muy cerca de las celdas que, en mitad de la noche, permanecían cerradas. Estaba a punto de llegar a la de Dara cuando por el pasillo apareció el Hombre Tortuga. A su espalda fueron rodeados por media docena de soldados del Ejército Oscuro.

—Yo me ocupo de este —reclamó Constantine señalando al vampiro que los había tenido atemorizados cada noche durante las inspecciones.

—Perfecto —contestó Nyree dándose la vuelta en alerta.

Shinué se limitó a, con una inclinación y media sonrisa, invitar a la dhampira a comenzar ella con la lucha. Nyree sintió de nuevo cómo el ángel caldeaba la zona baja de su vientre. Sacudió la cabeza para eliminar de su mente los inapropiados pensamientos que él le provocaba y sacando de su cinturón dos puñales, fue a enfrentarse a los soldados.

Constantine podía oír los gruñidos de la guerrera luchando contra los soldados a su espalda, sabía que Shinué la protegería y él se centró en el Hombre Tortuga, que haciendo alarde de su condición, desplegaba los colmillos en ese momento. Sus ojos mutaron a un rojo carmesí y encolerizado, y de sus manos, garras afiladas aparecieron para completar la imagen letal del monstruo. La expresión de Constantine no cambió un ápice. Durante años, aquellos seres les habían tenido doblegados y atemorizados. Ahora no solo sabía lo que eran en realidad, sino que muchos habían perecido ante él en combate. No le tenía ningún miedo. Aquel horrendo ser solo despertaba una cosa en él, ansias de venganza.

—¡Vaya, el Hombre Tortuga! —dijo sonriendo al saber lo mucho que ofendería al vampiro que lo llamase de aquella forma despreciativa y carente de respeto.

Tal y como esperaba, su apelativo consiguió que el vampiro fuese hasta él encolerizado, dispuesto a acabar con su vida. Constantine saltó contra la pared lateral; corriendo por ella y dándose un último impulso cayó sobre él, propinándole el primer puñetazo en el rostro. El Hombre Tortuga, que había caído al suelo, se levantó rápidamente, sacudiendo la cabeza, y fue a devolvérselo. Constantine evitó el golpe dirigido a su pecho, giró sobre sí mismo y volvió a golpear al vampiro, esta vez en la espalda, haciendo que cayese boca abajo en el suelo.

Constantine pasó por su lado, no pudiendo creer que fuese a ser tan sencillo acabar con un ser que los había tenido atormentados durante tantos años. Pero para su sorpresa, el vampiro alzó la mano, aferrando con sus garras una de sus piernas que rasgó como si fuese mantequilla. El dolor lacerante de la herida le hizo sentir que le hervía la carne desgajada, momento que aprovechó su contrincante para incorporarse y ser él el que golpease su pecho, haciéndolo caer

hacia atrás contra una de las paredes del pasillo. Constantine vio la mirada de horror y sorpresa de Dara tras el Hombre Tortuga, dentro de su celda, contemplando la escena. Recibió otro golpe del vampiro, esta vez en el estómago, cuando este cargó contra él. Aun sintiendo el dolor agónico del golpe, unió los puños y lo golpeó en la espalda, haciéndolo caer de rodillas. Inmediatamente después de una patada, presionó su cráneo contra el suelo. No podía detenerse ni un minuto, e hincando una rodilla en la espalda del Hombre Tortuga, tomó su cabeza y le partió el cuello. Pero aquel era un vampiro, la jugada solo le serviría para dejarlo inconsciente unos minutos. Miró a Dara a los ojos y le pidió que se diera la vuelta con un gesto de su mano. La niña, como cada vez que él le había dado una orden, obedeció. Constantine volteó el cuerpo del Hombre Tortuga y de un solo golpe atravesó su pecho. Un segundo después, le arrancaba el corazón que aún latía en su mano, llenándolo todo de sangre.

Se dio la vuelta para ver que Nyree terminaba con el último soldado del ejército. Por el intercomunicador, pidió informes del estado de los otros dos grupos de rescate. Ambos habían terminado con los enemigos, por lo que ya era seguro sacar a los semillas negras de sus celdas. Constantine fue directamente hacia la celda de Dara, que ya se había girado para observarlo con estupor. Golpeó el botón que había junto al cristal y que abría la celda de la niña y con un gesto dictó a Nyree y Shinué que hicieran lo mismo con el resto.

La pared de cristal de la celda de Dara emitió un chasquido tras el cual se elevó, dejándola libre.

—Dara... mi pequeña... —le dijo temiendo que ella, asustada tras la lucha, sorprendida por verlo y al apreciar la cantidad de sangre que chorreaba de sus manos, no quisiese salir de allí.

La niña corrió hacia él, sorprendiéndolo, y se abrazó con fuerza a su estómago. Constantine la rodeó con los brazos, con cuidado de no mancharla con la sangre.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! ¡Nunca quise creer que habías muerto...! —sollozó contra él—. Dakata...

—Dakata está bien. Te llevaré con ella ahora mismo.

La sonrisa radiante, envuelta en lágrimas, de la pequeña, le caldeó el corazón. Y volvió a abrazarla mientras la sacaba de allí.

Rápidamente fueron sacando a todos los dhampiros de sus celdas. Algunos se resistieron a ser liberados hasta que vieron a Constantine y, consternados, se dejaron guiar por los pasillos en dirección a la salida. Los pocos que aún seguían mostrando resistencia, aterrorizados, fueron reducidos por Shinué que los dejó inconscientes para que pudiesen ser rescatados.

La adaptación de todos ellos sería dura al descubrir, como habían hecho

Dakata y él, que todo cuanto habían creído hasta el momento no era más que un artificio para convertirlos en esclavos del Mando.

—Todos han sido liberados, señor —le informó Ulua, que había estado en otro de los equipos participantes en el rescate.

—Perfecto, ¿hemos sufrido bajas? —preguntó acompañando al resto de su escuadrón a la salida por la que habían entrado, junto a la consulta del doctor Wu.

—No, señor, solo heridos.

Constantine asintió satisfecho.

—El equipo uno que lleve a los semillas negras hasta los furgones. El dos, que se haga cargo de los heridos. Y el tres, que arrase todas las instalaciones. Quiero que el fuego consuma cada palmo de esta prisión.

—Sí, señor —obedeció Ulua, comenzando a trasladar las órdenes de Constantine a través del intercomunicador de su oreja a los distintos equipos.

Al llegar a la consulta, Constantine vio a Shinué cumpliendo con su palabra de sacar el cuerpo del doctor Wu de allí. Tomó aire con pesar. Odiaba ver cómo tras todos los sacrificios hecho por el hombre, no había podido llegar a ver la liberación de los de su especie gracias a él.

—Lo has conseguido —le dijo Dominick posando una mano sobre su hombro en reconocimiento a su gran trabajo de rescate.

Constantine tomó aire con lentitud. Acarició la cabeza de Dara, que seguía pegada a su cuerpo, temiendo separarse de él y dijo:

—Aún queda lo más difícil. Mucho más difícil —sentenció con sus palabras saliendo de allí para siempre.

CAPÍTULO 25

Los ángeles eran igual de eficaces destruyendo que haciendo limpieza. Dakata pudo descubrirlo cuando Gabriel, utilizando su energía, fue capaz de mover y despejar de escombros toda la zona en la que había transcurrido la lucha. Mientras, el resto había tenido como misión ocuparse de liberar el espacio de cadáveres y heridos. Estaban en esa tarea cuando aparecieron por la puerta los soldados del ejército de los Guardianes.

Dakata, que estaba trasladando el cuerpo de uno de los soldados caídos pertenecientes al Ejército Oscuro, los vio entrar como si lo hicieran a cámara lenta. Su corazón se ralentizó y se quedó sin aliento buscando entre los rostros de los recién llegados. Cuando finalmente su mirada se cruzó con la de Constantine y junto a él vio a Dara, sintió que regresaba a la vida. Constantine señaló a la pequeña dónde se encontraba y la niña corrió hacia ella sin pensárselo dos veces. Dakata se fundió con su cuerpo en un fuerte abrazo.

—Dara, cielo. ¡Ya estás a salvo! —le dijo con los ojos llenos de lágrimas. Al sentir sus brazos rodeando su cintura, volvió a tener esa sensación de felicidad y plenitud que ella siempre le proporcionaba.

Tan solo cuando levantó la mirada y la cruzó con la de Constantine percibió el sabor agridulce de las lágrimas que derramaba. Dara estaba con ella, y él había vuelto sano y salvo, tal y como había anhelado cada minuto desde que se fuera, hacía unas horas. Pero imaginaba que ahora su marcha sería inminente.

Constantine fue hasta ella y tomó su rostro entre las manos para besar sus labios con fervor.

—Tendrás que marchar... —comenzó a decir en un susurro.

—Pero ahora no —Constantine la detuvo, con un nuevo beso.

Después bajó la vista hasta la niña, que los miraba alucinada. Sin duda no esperaba aquellas efusivas muestras de afecto entre ambos. Pero finalmente sonrió.

—Ahora hay que llevar a Dara a la doctora Meyers para que compruebe que todo está bien.

—Tal vez también debería verte a ti —dijo Dakata percatándose de la sangre que había en sus ropas y manos.

—No es mía, tranquila. Es toda del Hombre Tortuga.

Dakata abrió los ojos desorbitadamente.

—Ya no volverá a aterrorizar a nadie más.

—Bien —fue cuanto pudo decir, apoyando la cabeza en su pecho, feliz de que todo hubiese salido según lo planeado.

—¿Entonces están todos a salvo?

—No todos. El doctor Wu ha sido asesinado. Debieron descubrir que trabajaba para nosotros y acabaron con su vida antes de salir de la Colmena —dijo con evidente pesar—. Su último acto fue avisarnos de que venían a atacar la base.

—Y eso nos salvó a todos... Ojalá hubiese podido ser testigo de la liberación de nuestra raza —añadió sumándose al abatimiento de Constantine.

—Tengo que ver cómo está mi madre, notificar al consejo la muerte del doctor Wu y ponerles al tanto de cómo ha ido la operación de rescate. ¿Puedes llevar tú a Dara a la consulta? Yo os veré más tarde.

El gesto de Dakata se contrajo por la tensión y el miedo.

—Lo prometo. No volveré a marcharme sin despedirme de ti, de vosotras —añadió sonriendo a la niña.

—Está bien —aceptó—, yo me ocuparé de Dara. Se va a quedar alucinada con todo lo que hay en la base —dijo esta vez para la pequeña, cambiando el gesto por una gran sonrisa.

Constantine las vio marchar, abrazadas, y suspiró lentamente consciente de lo duro que iba a ser separarse de ellas.

—Esa niña... ¿es Dara? —preguntó Dominick a su lado sorprendiéndolo. Él también contemplaba a la pareja alejarse, mientras se prodigaban miradas de cariño.

—Sí, lo es. ¿Ya no la reconoces? —preguntó intentando que no asomase el reproche a su voz. Sabía lo mucho que se esforzaba el vampiro por resarcirse de sus pecados.

—Han pasado siete años. —Aunque la mente de Dominick recordaba perfectamente cada pequeño detalle del día que la llevó a la Colmena. Incluso aquellos a los que no dio importancia en su momento, y que ahora eran una auténtica revelación —¿Están muy unidas? —volvió a preguntar, sorprendiendo a Constantine que le devolvió una mirada confusa.

—Mucho. Los tres lo estuvimos desde su llegada. Éramos... somos una familia —corrigió su respuesta.

—Bien... —fue la escueta respuesta del vampiro, que se marchó dejándolo con la incógnita de qué estaría pasando por su mente.

Constantine no podía detenerse a pensarlo demasiado, tenía muchas cosas que hacer, y desechando la extraña conversación se marchó a toda prisa a ver al consejo.

—¿Tian ha muerto? —preguntó afligida Michela, tomando asiento.

—Sí. Hemos traído su cuerpo para que podamos darle sepultura junto a su esposa —contestó Constantine.

—Es lo que él habría querido. Gracias por ocuparte de ello —intervino Timoleón.

—Era lo mínimo que podía hacer —contestó él con una inclinación de su cabeza—. ¿Cómo han ido las cosas por aquí? —preguntó rompiendo el silencio instaurado después de notificar la muerte del doctor.

—Tras nuestra exposición, tendremos que cambiar la ubicación de la base, pero hemos sobrevivido y no hay duda de que dañamos considerablemente la estructura creada por Raynard. No le será fácil restaurar su ejército, pero lamentablemente, tanto él como Kendrick y Vlad, siguen con vida.

Ese fue el turno de Constantine de tomar asiento. Si su padre hubiese perecido en la batalla, quizás no habría tenido que marcharse de allí. Ahora, sin embargo, sabía que no tenía más opción, pues él no cesaría en su empeño de atraparlo.

—¿Cuántas bajas? —preguntó con los puños apretados por la frustración.

—Hasta el momento hemos contado doce —le contestó su madre, conociendo las preocupaciones que atormentaban la mente de su hijo.

Constantine la miró y fue cuando se dio cuenta de las marcas enrojecidas que cubrían su cuello.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso? —bramó furioso, levantándose del asiento.

—Ha sido Raynard, estaba furioso por no encontrarte aquí e intentó que tu madre le confesase tu paradero... —intervino Timoleón.

—Pero estoy bien, Dakata me salvó. Ella se enfrentó a él...

—¿¡Dakata ha participado en la lucha!?! —El tono encolerizado de Constantine retumbó por toda la sala de juntas.

—No pudimos prohibirle que lo hiciera. Y a decir verdad, ha sido un activo inestimable en el combate. No teníamos ni idea del gran poder que alberga en su interior —apuntó Timoleón.

—¿Un activo? ¿Qué poder? —preguntó perplejo.

—Por lo que veo tú tampoco sabías nada. Deberías hablar con ella —le dijo su madre, posando una mano sobre la suya en un gesto que pretendía ser reconfortante. Pero pensar que Raynard había estado a punto de matar a su madre y que Dakata se había enfrentado a él, lo tenía completamente enfurecido.

—Desde luego, si estabas preocupado por su seguridad en tu ausencia, no

deberías estarlo. Pocos serán los rivales que puedan enfrentarse a ella en igualdad de condiciones —apuntó Timoleón.

Cada vez más aturdido por aquellas revelaciones, Constantine se alejó de la mesa. Sabía que contaba con poco tiempo allí en la base y no quería perderlo divagando con el Consejo.

—Si no me necesitáis para nada más, será mejor que me marche —anunció.

Timoleón y el resto del consejo asintieron en respuesta.

—Me alegro de que estés bien, madre. Más tarde hablaremos —apuntó dirigiéndose a ella. Y con paso decidido se marchó de la sala.

Constantine llamó a la puerta de Dakata, casi sin aliento. Necesitaba hablar con ella con urgencia. Saber qué estaba pasando, cuál era su don y por qué había participado en el combate. Le preocupaba su marcha y que ella, después de todo, corriese peligro. Al cabo de uno segundos la puerta de Dakata se abrió, y fue Dara la que lo recibió con un nuevo abrazo. Se lo devolvió con efusividad y una sonrisa, hasta que vio que no estaban solas en el cuarto.

—¿Qué haces aquí, Dominick? —preguntó con frialdad.

—Acaba de llegar —se apresuró a contestar Dakata.

—Necesito hablar con ellas —se excusó el vampiro.

—¿Qué puede ser tan urgente como para que tengas que venir a su dormitorio a hacerlo? —La mirada entornada de Constantine demostraba su recelo.

Dominick suspiró haciendo acopio de toda su paciencia.

—Se trata de su padre —atajó, decidiendo que lo mejor era evitar rodeos.

—¿Mi padre? —preguntó Dakata levantándose de la cama, sobre la que había permanecido sentada.

—Así es.

—Dijiste que no sabías quién era...

—Y eso creía hasta que vi despertar tu poder. ¿Recuerdas el momento en el que invocaste por primera vez la katana?

—Claro, ¿cómo iba a olvidarlo?

Constantine escuchó aquella revelación con la boca abierta.

—El arma que invocas se llama katana Draka. Y solo el primogénito del Dragón puede convocarla, además de él mismo, por supuesto.

—¿El Dragón? —preguntó Constantine cruzándose de brazos.

—Es uno de los vampiros más antiguos que existen. Originario de Japón. Sus dones, tanto físicos como psíquicos, son sumamente poderosos y peligrosos.

Durante milenios no se le ha conocido rival en la batalla, y tampoco descendencia. Algo lógico sabiendo que de obtenerla, su prole podría convertirse en su verdugo.

—¿Y crees que Dakata es hija suya? —volvió a intervenir Constantine sin dejar que esta llegase a preguntar.

—No lo creo, lo sé. El día que se revelaron sus poderes, la marca de la estirpe quedó tatuada en sus muñecas.

—Ella no tiene marcas. —Constantine la tomó de las muñecas y se las mostró a Dominick con apremio. Era evidente su nerviosismo. Si su padre era tan poderoso y decidía ir a por ella, como Raynard lo hacía con él, estaría en serio peligro.

—Las marcas solo son reveladas cuando despierta el poder. El resto del tiempo permanecen ocultas para salvaguardar su identidad.

Constantine soltó las manos de Dakata y se dio la vuelta resoplando, al tiempo que pasaba una mano por su cabello con desesperación.

—¡Entonces está en peligro! —tronó dándose la vuelta y dirigiéndose directamente al vampiro.

—Nadie ha visto sus marcas, salvo yo.

Dakata se mordió el labio inferior y bajó la mirada. Dominick tenía razón: aunque había dejado expuesto su poder durante la lucha, nadie había visto sus marcas, cubiertas con los guantes, pero Raynard sí había reconocido su arma... y su don.

—¿Qué ocurre? —preguntó Constantine, consciente de su turbación.

—Hay otra persona que conoce mis orígenes. Raynard, durante el combate, me llamó la hija del Dragón. Y dijo que seguro que mi padre estaba encantado de saber de mi existencia.

Fue el turno de Dominick de resoplar con efusividad.

—¡Entonces vendrá a por ella! —gruño Constantine enloquecido.

—Si eso sucede, sabré defenderme. Dominick me entrenará para que termine de dominar mi don —declaró Dakata enfrentándose a ambos hombres. Odiaba que la viesan como a alguien débil, necesitada de protección.

—Sin duda podrías hacerlo. Tú no lo has presenciado, pero es muy poderosa y letal, te lo aseguro —le dijo Dominick a Constantine, que mantenía clavada la vista en el suelo, con los puños apretados.

—Sé que puedo hacerlo. No debes temer por mí —intentó tranquilizarlo.

Dakata se aproximó a él y rodeó su rostro pétreo con las manos. Su mirada, cargada de dulzura se clavó en la suya, buscando la conexión que los unía. Odiaba pensar que él tenía que marcharse, pero aún más sopesar la posibilidad de que decidiese permanecer con ellos para protegerla, poniendo así su vida en

peligro.

—Eso no es todo —intervino Dominick, con un suspiro.

—No me digas que hay más —respondió Constantine con gesto indolente.

—Me temo que sí —Dominick se acercó a ella un par de pasos—. Dakata, necesito que tomes la mano de Dara.

Frunciendo el ceño, confusa, Dakata le dio la mano a la niña, como lo había hecho con anterioridad miles de veces. Dominick tomó las manos de ambas y las colocó de manera que sus antebrazos quedasen enfrentados.

—Dara, ¿te han puesto alguna vacuna en la Colmena? —preguntó Dominick de repente.

La niña negó con la cabeza.

—Aún no eras un riesgo. Demasiado joven, pero eso nos beneficia ahora a nosotros.

—¿Por qué? —quiso saber Dakata.

—Ahora deslizad las manos y aferrad cada una el brazo de la otra, de manera que vuestras muñecas queden unidas —continuó diciendo Dominick obviando la pregunta.

Ambas obedecieron y entonces ocurrió. La marca incandescente de Dakata brilló sobre su piel, despertando su don. Comenzó a sentirlo por su brazo, subiendo hasta cubrirla por completo. Dakata miró su propio cuerpo, resplandeciente. Y después miró a Dara frente a ella, quedando perpleja. La luz azul de su cuerpo invadió el de la niña, cubriéndola también. Y en su menuda muñeca apareció la misma marca que en la suya, como si fuese el reflejo de un espejo.

Ninguno de los presentes pudo articular palabra, tampoco se atrevieron a moverse.

—Sois hermanas —anunció finalmente Dominick.

—¡No puede ser! —se pronunció Constantine.

Dara sin embargo mostró la sonrisa más radiante del mundo, mientras Dakata miraba a la niña, fascinada.

—El día que te recogí, en Japón —se dirigió directamente a la niña— llevabas esto colgado del cuello —explicó sacando del bolsillo una cadena de oro de la que pendía un colgante con el símbolo que ambas ahora llevaban tatuado en sus muñecas—. No le di importancia. En esa región las familias que sirven de algún modo al Dragón, a veces reciben regalos por sus servicios con su símbolo. Pero al ver despertar tu don, Dakata, y presenciar tus reacciones al hablar de Dara, sospeché que de alguna manera os habíais reconocido en la Colmena. La unión que hay entre vosotras es mayor que la que forja la amistad, o la necesidad de supervivencia. Os llama la sangre.

Ninguno de ellos parecía preparado para hablar, y Dominick continuó.

—Dakata, tú has heredado los poderes físicos de tu progenitor; su fortaleza en el combate, la capacidad de invocación de vuestras armas y la letalidad. Y creo que tú, Dara, los poderes psíquicos del Dragón, que también son muchos y variados. Lo comprobaremos cuando llegue el momento y despierten.

Ellas no dejaron de mirarse, fascinadas, mientras Constantine seguía consternado. Y el vampiro decidió que era el momento de dejarlos solos para poder asimilar la noticia.

CAPÍTULO 26

Constantine golpeó con suavidad la puerta de Dakata y esperó pacientemente que esta la abriese. Cuando lo hizo, su rostro se iluminó al verlo y su corazón se aceleró al comprobar que ella compartía su misma felicidad. Dakata salió con sigilo de la habitación tras echar un último vistazo a su cama. Allí dormía plácidamente Dara, que desde su llegada a la Colmena y descubrimiento del lazo fraternal que las unía no se había separado de ella. Constantine había dilatado el momento de su marcha tras conocer los dones y relación entre ambas. Necesitaba cerciorarse de que iban a estar seguras antes de abandonar la base. Que Raynard y sus lacayos estuviesen debilitados les proporcionaba cierta tranquilidad, pero estaba seguro de que esta no dudaría demasiado y que pronto hallarían otra forma de llegar hasta él.

En un par de días a lo sumo tendría que marcharse. Le habría gustado estar cada una de esas noches junto a Dakata, pero no podía separar a las chicas, así que aguardaba todo el día por momentos como ese, en los que podían compartir unos minutos a solas. Entonces se perdía en sus labios, que eran el único bálsamo que calmaba su dolor ante la inminente separación.

—¿Otra noche movidita? —le preguntó él tras besarla.

—Hoy no. Por fin ha dormido de un tirón. No ha habido pesadillas. Creo que ahora no conseguiría despertarla ni una bomba —comentó ella elevando los brazos hasta rodear su cuello y ofreciéndole los labios con una sonrisa.

Desde que estuvieron por primera y única vez juntos había ansiado poder repetirlo, pero no había sido posible. Ahora lo tenía allí, rodeándola con sus fuertes brazos, posando una mano en su espalda y otra en su trasero y despertando así las miles de mariposas de su vientre.

—¿Cómo voy a sobrevivir sin esto? —terminó por decir apoyando la frente en el pecho de Constantine. El aire salió de sus pulmones dolorosamente.

Constantine la apretó aún con más fuerza contra él.

—Yo tampoco podré hacerlo. Pero al menos estarás con Dara. Tenéis mucho que disfrutar y hacer juntas ahora. Deberás ser su guía en este nuevo mundo que se abre para ella. —Se deleitó en la suavidad de su rostro mientras acariciaba su mejilla.

—He estado pensando en eso... —El ceño fruncido de Dakata no era buena señal.

—¿Qué te preocupa? Esta base ya no es segura, pero el Consejo tendrá preparada la nueva ubicación en pocos días. Allí estaréis a salvo. Seguro que a Dara le encantará relacionarse con el resto de niños, y le fascinará conocer todas las razas que habitan en ella.

—No me preocupa la nueva base. Sé que será un lugar seguro y que Dara disfrutará mucho. Ya ha mostrado interés por los habitantes que le he presentado aquí. Y tiene un par de amigas...

—Es una niña muy fuerte —apuntó Constantine.

—Lo es.

—Tú también lo eres. Tengo que reconocer que después de ser testigo de tu poder, me siento un poco... intimidado.

—¡Menuda estupidez!

—¡Podrías decapitarme antes de que pudiese ver siquiera que convocas tu katana!

—Exageras...

—No, no lo hago. Eres letal y peligrosa y eso hace que aún me parezcas más sexy... —confesó él comenzando a besar su cuello.

Dakata, entre risas, pues se sentía desfallecer a partes iguales por las cosquillas y el placer que le producía él en aquella parte sensible de su cuerpo, consiguió apartarlo.

—No... hablo en serio. Estoy preocupada. Creo que permaneciendo con los Guardianes solo los pongo en peligro, al igual que a Dara.

Constantine abandonó su mirada juguetona para centrarse en sus palabras.

—Raynard sabe quién soy y amenazó con revelar mi existencia a mi padre. Dijo que estaría encantado de saber de mí, lo que me hace pensar que no dudaría en venir a matarme. Si es tan peligroso como dice Dominick, todo el que esté conmigo correrá peligro. Además, nadie conoce la verdadera identidad de Dara salvo él y nosotros. Dominick ha prometido protegerla y mantenerla en secreto, pero si permanezco aquí y mi padre viene a por mí, podría dar con ella también. Jamás podría perdonármelo. Dara tiene que estar a salvo, por encima de todo.

Constantine no supo qué contestar. Entendía los motivos de Dakata para pensar así, pero a él también le preocupaba el destino de la mujer a la que amaba. Por poderoso que fuese su don, no estar con ella e imaginarla lejos de la protección de los Guardianes lo dejaba sin aliento.

Pero no pudo expresarle sus miedos, pues el intercomunicador en su oído se abrió y escuchó la voz de Timoleón al otro lado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Dakata, viendo que se llevaba una mano al oído y se apartaba para escuchar.

—Está bien, ahora mismo iré —le oyó comentar a su interlocutor—. Tengo

que marcharme... —anunció con pesar, y besó sus labios, presionándolos con fervor.

Dakata lo apartó, rompiendo el beso.

—Ya no soy nueva aquí, no puedes dejarme al margen. ¿Qué está pasando?
—Elevó su rostro con gesto obstinado.

Él conocía esa mirada. No iba a hacerla cambiar de opinión. Tampoco le gustaba tenerla enfadada. Habría preferido profundizar en ese beso y no volver a la realidad.

—Está bien —dijo pasándose una mano sobre el rostro, con frustración—, era Timoleón. Mako y Luta han regresado. Tienen noticias de la Portadora.

Los ojos de Dakata brillaron de forma peligrosa. Cuando escuchó hablar sobre ella la primera vez, su curiosidad se despertó. Había estado investigando sobre esas ninfas en concreto, a las que durante siglos se había llegado a considerar un mito, pues no se había vuelto a ver una en ese tiempo.

—Quiero ir contigo —declaró sin pensarlo.

—No puedes hacerlo. Es una reunión del Consejo, no estás autorizada.

—No me importa si estoy autorizada o no. Tengo derecho a estar. Como bien dijo el Consejo, soy uno de los activos más valiosos ahora mismo en la base. Debería estar al corriente de todo.

—¿Y Dara? —Utilizó su última baza para intentar disuadirla.

—Dara no se despertará en horas. Duerme como un tronco. Puedo ir a esa reunión y volver sin que se entere.

No le dio tiempo a replicar. Abrió la puerta de la habitación, y ante su mirada perpleja, la vio quitarse el pijama y vestirse con uno de sus pantalones cargo negros y una camiseta blanca de tirantes. Ella no podía ni imaginar lo duro que era para él contemplar su desnudez y no poder saciar su apetito de ella. Ignorante de la tortura a la que lo había sometido, Dakata se puso las botas y salió de la habitación con sigilo tras echar un último vistazo a Dara, que tal y como había predicho, seguía durmiendo sin percatarse de nada.

—Vamos, tenemos una reunión a la que asistir —le dijo, guiñándole un ojo.

La siguió embelesado, viéndola caminar en dirección a la sala de juntas.

Dakata abrió la puerta de la sala provocando que todos los presentes se girasen a mirarla.

—Dakata... esta es una reunión del Consejo...

—Lo sé. La habéis convocado para hablar de la Portadora. Esa que si es atrapada, al igual que Constantine, pondrá en peligro la vida de todas las razas que habitan en la tierra. Y creo que siendo así, debo estar aquí.

El silencio se hizo tangible durante unos segundos, hasta que finalmente Michela sonrió y tomó la palabra.

—Bien, comencemos la reunión. No hay tiempo que perder y sí muchas decisiones que tomar.

El resto del Consejo aceptó su decisión y dieron la palabra a Mako. Dakata tomó asiento en la mesa junto a Constantine.

—La Portadora está en la actualidad en Chicago. Nos costó encontrarla porque realmente su rastro mágico es nulo. El sacrificio de su madre fue efectivo. Entonces se nos ocurrió seguir la huella de otros rastreadores que hubiesen estado interesados en localizar a una, y lo encontramos. Las cosas empezaron a cuadrar e hicimos grandes descubrimientos. Se llama Allison O'Rourck...

—Un momento, ¿Allison O'Rourck, la escritora?

—Exactamente —continuó Mako—, pero ahora es Allison Connor. Se casó hace un año con James Connor.

—¡Oh, por todos los dioses! —La mirada consternada de Timoleón preocupó al resto de personas de la sala.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es James Connor? —preguntó Constantine, quitándole a Dakata las palabras de la boca.

—Es el hermano de Caleb Connor, uno de los jefes de manada de los licántropos más importantes. Está destinado a convertirse en el rey de su raza. Hace unos días estuvo aquí con nosotros. Fue el último que tuvo contacto directo con Tian antes de ser asesinado. Estaba muy preocupado por él.

—¿Y por qué tiene que inquietarnos que la Portadora se haya casado con James Connor? —preguntó Dakata.

—Es algo complicado pero Pony, la madre de James, ya nos puso en aviso sobre su hijo. Este, siendo descendiente de un semidiós y una licántropo, no llevaba bien ser el único miembro de la familia carente de algún don sobrenatural. Temía que hiciese alguna locura, y finalmente parece que estaba en lo cierto, pues no puede ser casualidad que diese con una Portadora —argumentó Michela. Tras sus últimas palabras, un escalofrío recorrió su espalda.

Dakata había leído lo suficiente sobre esos míticos seres como para saber de su poder y cómo habían sido ansiadas y perseguidas para ser explotadas durante milenios. También podía imaginar las intenciones de tal James al querer casarse con una. La idea era tan atroz que le resultaba imposible concebirla.

—Entonces está en doble peligro. Si su marido ansía su poder...

—Se quedó viuda hace un mes —volvió a intervenir Mako—. Él murió en un accidente de avión. Era piloto. Hemos tenido suerte con eso, pero hemos descubierto algo más: está embarazada. Pudimos colarnos en su casa y el rastro de sus hormonas no dejaba lugar a dudas. También descubrimos que está haciendo todos los preparativos para mudarse a Brawnsville, Texas.

—Allí viven los Connor, pero si Caleb supiese algo de esto imagino que nos

lo habría comentado —apuntó la representante de las hadas.

—¿Y él podría protegerla allí? —preguntó Gabriel, que hasta el momento se había mantenido en silencio.

—Podría. Pero James era su hermano, y no sabemos si está al corriente de lo que está pasando. Deberíamos enviar a alguien para asegurarnos de que está protegida. Debemos ser cautos. Si Raynard aún no la ha encontrado, no podemos ponerle sobre su pista.

—Ese es el problema, no hemos conseguido localizar al rastreador que utilizó James Connor para dar con ella. Y si Raynard lo hace, estaría totalmente expuesta.

—Nosotros podríamos protegerla —se ofreció Gabriel, hablando esta vez por su compañero y por ella.

—¡No! Lo haré yo.

La intervención de Dakata sorprendió a todos, pero sobre todo a Constantine, que la miró con una mezcla de consternación y miedo.

—Vosotros no pasáis precisamente desapercibidos, y estoy segura de que seréis de más utilidad aquí, creando la próxima base de los Guardianes. Yo sin embargo puedo hacerlo sin problemas. Me será más fácil no llamar la atención, acercarme a ella y protegerla.

Constantine hubiese preferido que ella no se presentase voluntaria para una misión de tan alto riesgo sin haberlo consultado con él primero. Pero tras la conversación que habían tenido antes de la reunión entendía las motivaciones que la habían llevado a hacerlo. Miró al resto de miembros del Consejo que se contemplaban entre sí, debatiendo si aceptar su ofrecimiento o no, mientras contenía la respiración.

—Dominick, ¿tú crees que está preparada? —preguntó Timoleón al vampiro que había sido su maestro y con el que había entrenado cada día desde su llegada.

Dominick clavó su penetrante mirada en Dakata, como si pudiese leer su mente y los motivos que la habían llevado a pronunciarse.

—Sin duda lo está. Ya la habéis visto, es una gran guerrera. No se me ocurre nadie más capaz para cumplir con esta delicada misión.

—Pues entonces, está decidido. Dakata partirá a Brawnsville y protegerá a la Portadora y a su bebé —sentenció Timoleón, dando la reunión por terminada.

CAPÍTULO 27

Dakata no quiso dar la noticia de su marcha a Dara hasta no pasar con ella todo el día, y mostrarle cómo iba a ser su nueva vida junto a los Guardianes de las razas. Dara se había mostrado emocionada al presentarle a sus nuevos amigos; otros niños de diversas razas y edades que convivían en la base, compartiendo sus entrenamientos y formación. Allí le enseñarían cómo adaptarse al mundo exterior y estaría protegida por el Consejo, especialmente por Dominick y Nyree. Esta última la había acomodado en un bonito cuarto compartido con otras tres niñas de su edad. Entre ellas había una dhampira, una cambiante, y una licántropo.

Le partía el corazón separarse de su hermana ahora que ambas eran libres y podían disfrutar del nuevo mundo que se presentaba ante ellas, pero sabía con certeza que la decisión que había tomado era la mejor para su pequeña. No iba a ponerla en peligro. Y permanecer con ella era un gran riesgo no solo para ella, también para el resto de la base. La ubicación cambiaría en un par de días, y en cuanto la dejase instalada, ella se marcharía a cumplir con su misión. Salvo los integrantes del Consejo de los Guardianes, Constantine, y su escuadrón, nadie más conocería su paradero. Mantendría comunicación telefónica con ellos y aguardaría cada día el momento de volver a estar con Dara y Constantine.

Al pensar en este último, un nudo se apoderaba de su garganta. El tiempo que habían podido estar juntos había sido tan exiguo que ahora parecía un espejismo. Su separación iba a ser más dura, pues con él además sufriría la preocupación de temer por su seguridad. Y ahora la sola idea de tener que despedirse de él se le hacía insoportable. Por eso lo había estado evitando todo el día, concentrada en Dara y su adaptación.

De repente, en mitad del pasillo, de vuelta a su dormitorio, sintió una mano que tiraba de ella para introducirla en un cuarto de almacenaje de toallas y ropa de cama. El grito sorprendido de Dakata quedó ahogado entre sus labios y la mano de Constantine que cubría su boca. La pegó a la pared y cerró la puerta del pequeño cuarto tras él.

—¿Qué demonios haces? —le increpó ella cuando él liberó sus labios.

Constantine no respondió, se limitó a apoderarse de su boca con codicia y podría decir que hasta furia. Cuando ella tembló sintiendo que había perdido el control de cada uno de sus sentidos, él se separó con brusquedad.

—Llevas todo el día evitándome —la acusó, clavando la mirada en la suya.

—No es cierto... —consiguió decir en un susurro nada convincente.

—Hasta ahora nunca me habías mentido.

Dakata apartó la mirada.

Constantine no iba permitirle que huyese de él, y tomando su barbilla, la volvió a girar hacia él.

—Sabía que estarías enfadado conmigo.

—Y lo estoy. Habría preferido que, antes de apuntarte a una misión tan peligrosa, al menos lo hubieses consultado conmigo. Creía que éramos una... pareja.

—¿Una pareja? —preguntó ella confusa. Nunca se había planteado que hubiese un nombre para lo que había entre los dos. Ella lo amaba, y él la amaba a ella, ¿había algo más?

Constantine, a pesar de su enfado, no pudo evitar que una sonrisa pasease por sus labios. El gesto inocente, ingenuo y dulce de Dakata era un poema.

—Será mejor que tengamos esta conversación en un lugar más tranquilo y privado —le dijo él tomándola de la mano, y abriendo la puerta se asomó al pasillo.

—¿Vamos a tu cuarto? —le preguntó Dakata, expectante.

—No, allí podría venir cualquiera a buscarme e interrumpirnos. Y en el tuyo pasaría exactamente igual. Vamos a la azotea.

Dakata sonrió sintiéndose traviesa. Le encantaba estar con él allí. Eran aquellos momentos de intimidad los que atesoraría en su mente cada día, tras su marcha.

Cuando abrieron la puerta de la terraza, como en cada uno de sus encuentros, las apabullantes luces del atardecer los recibieron, creando una atmosfera mágica y única solo para ellos. Dakata contuvo el aliento, como cada vez que era testigo de una maravilla como aquella.

—¿Crees que el atardecer en Brawnsville será tan hermoso como este? —preguntó haciendo que fuese más real la idea de su marcha.

—Para mí no, seguro. Sea cual sea mi destino, el atardecer no será lo mismo si no lo veo reflejado en tus ojos violetas.

Dakata contuvo el aliento, mientras retenía un nudo de emoción en la garganta. Constantine la rodeó con sus brazos y se apoderó del temblor de sus labios. Bebió de ella, intentando borrar aquella pena. Ya no se mostraba enfadado, ahora solo quería imprimir en cada gesto el amor que derrochaba por la mujer que tenía frente a él. Con las manos conteniendo su rostro, reverenció aquella boca exquisita que lo extasiaba con cada beso, cada aliento, cada caricia de su lengua de la que se apoderaba. Dakata gimió entregada y supo que no iba a conformarse con unos cuantos besos y caricias, como en otras ocasiones. La necesitaba al completo, una vez más, antes de su marcha, de tener que soportar la

agónica tortura de su ausencia.

La tomó por el trasero y la elevó contra su cintura, Dakata se aferró a él con fuerza mientras devoraba su boca con la misma codicia que lo consumía a él. La llevó hacia la zona de mantas y cojines que habían improvisado allí para sus momentos a solas y se sentó con ella en brazos sobre él, rodeándolo con sus piernas.

—Eres tan hermosa —confesó contra su hombro, apartando el tirante de su camiseta y dejando un reguero de besos por dicha piel hasta subir por su cuello.

Dakata se arqueó hacia atrás ofreciéndoselo, y lo cubrió de besos y pequeños mordiscos que la hicieron gemir, aturdida por el deseo. Ella mantenía los ojos cerrados y él contemplaba seducido sus reacciones a cada uno de sus movimientos. Cuando tomó sus pechos a través de la tela de la camiseta y el sujetador, ella abrió los ojos para regalarle la espectacular visión de su mirada encendida. Ya no era tan violeta, pues miles de destellos incandescentes la hacían brillar de forma sobrecogedora. Ella se apretó contra él, mientras con una mano recorría su rostro, introducía la otra bajo su camiseta y comenzaba a acariciarle el vientre. Otro jadeo entregado escapó de sus labios carnosos. Y Constantine supo que estaría para siempre perdido con ella.

La urgencia se hizo palpable entre los dos cuando las manos volaron entre sus cuerpos, despojándose el uno al otro de las prendas que se interponían en la caricia total e íntima de sus pieles. Cuando la tuvo desnuda la abrazó con fuerza queriendo cubrir cada poro de su piel. La luz anaranjada de aquel precioso atardecer se reflejaba en ella dándole una apariencia mágica. El cabello largo y sedoso le acarició el brazo con el que la presionaba uniéndola a su cuerpo. Ella elevó los brazos apoyándolos sobre sus hombros, sentada a horcajadas sobre él y pegó su sexo al suyo, reclamándolo. Constantine contuvo el aliento antes de hablar.

—Te amo, Dakata —declaró frente a sus labios, mientras compartían jadeos y respiraciones necesitadas.

—Yo también te amo, Constantine —reveló ella casi sin aliento.

—¿Recuerdas lo que te he dicho antes de que somos una pareja? —preguntó él usando toda su capacidad de autocontrol para mantener aquella conversación.

—Sí, ¿pero podemos hablarlo luego? Me gustaría que entrases en mí, ahora.

Constantine rio a carcajadas ante la declaración abierta de Dakata.

—Lo siento, preciosa, pero necesito que la tengamos ya —le dijo él posando un beso leve sobre sus labios, que a ella le supo insuficiente.

Con gesto coqueto se movió sobre él torturándolo con el roce de sus sexos.

—¡Por todos los dioses! ¿Es que quieres matarme? —preguntó él aferrando su rostro entre las manos para detenerla a pocos centímetros de sus labios.

Ella sonreía satisfecha.

—De veras intento decirte algo importante. —La súplica y frustración contenida en su tono hicieron que Dakata detuviese su tortuoso movimiento.

—Está bien, soy toda oídos —resopló con frustración, echándose hacia atrás y apoyando las manos tras ella, sobre las rodillas de Constantine, lo que hizo que sus pechos, expuestos, se elevasen y su sola visión provocase el colapso de las neuronas masculinas.

—No sabía que fueses tan perversa... —dijo él apretando con fuerza los ojos para obligarse a dejar de contemplar sus globos llenos y sus tentadores pezones.

—Tú eres el perverso, que te niegas a saciarme —protestó ella.

—Te puedo asegurar que no es lo que pretendo, pero necesito decirte una cosa antes.

—Está bien, habla.

Constantine sonrió y ella quiso borrarle esa sonrisa satisfecha a besos, pero se contuvo antes de que él volviese a protestar.

De repente pareció que él no era capaz de decirle aquello por lo que los había interrumpido, y Dakata buscó sus ojos, preocupada.

—Sé que somos muy jóvenes —comenzó él finalmente a pronunciarse en tono firme—, y que, si todo sale bien, tendremos por delante una vida excepcionalmente larga por disfrutar.

—Eso espero yo también —dijo ella sin entender hacia dónde quería ir.

—Pero esa larga vida no significará nada para mí si no la comparto contigo, Dakata. Te he amado desde el primer momento en el que te vi. No ha habido un día desde entonces en el que mi corazón no haya latido con la esperanza de unirse al tuyo.

El corazón de Dakata se hinchó de felicidad.

—Por eso, quiero pedirte...

Dakata abrió los ojos, expectante.

—Que te comprometas conmigo, y cuando todo esto termine, quieras unir tu destino al mío para toda la vida.

Constantine sacó un cordón negro del bolsillo de su pantalón, tirado a su lado, y bajo la mirada atenta de Dakata, tomó sus manos, de forma que quedasen encaradas las palmas de una y otra, mirándose. Unió con el cordón negro ambos dedos anulares, atándolos.

—¿Querrás hacerlo, Dakata? Cuando todo esto termine, ¿me harás el honor de unir nuestros destinos, siendo mi compañera de por vida?

Los ojos de Dakata se llenaron de lágrimas de la más pura felicidad.

—Necesito una respuesta, preciosa —le rogó, mientras limpiaba su mejilla

con su mano libre.

Dakata comenzó a asentir.

—Sí, claro que sí, Constantine. Uniré mi destino al tuyo para siempre — contestó con una radiante sonrisa.

Constantine, con el corazón henchido a punto de estallarle en el pecho, entrelazó los dedos de ambas manos, cuyos dedos seguía uniendo el cordón, y ante la estupefacta mirada de Dakata, el cordón se transformó antes sus ojos en dos preciosas alianzas negras.

Dakata contempló la suya fascinada, tocándola sobre su dedo.

—Mi prometida —declaró Constantine abrazándola con fuerza con ambos brazos.

Ella le devolvió el abrazo, sintiendo que cada poro de su piel estallaría de felicidad. Hasta que los labios exigentes de Constantine se apoderaron de los suyos, devorándolo todo a su paso, devastando hasta el más pequeño resquicio de cordura que perdurase en su mente. Cuando creyó que se desmayaría de puro placer, él introdujo su miembro erecto dentro de ella, embistiéndola con fuerza, y uniendo así sus cuerpos, al igual que sus almas.

CAPÍTULO 28

—¿De veras vas a atravesar el país en ese trasto? —preguntó Constantine a Dakata viendo cómo ella admiraba la imponente Ducati Monster negra que Dominick le había regalado hacía un par de días.

—No te metas con mi moto. No me gustaría tener que hacerte daño antes de marcharme —le contestó ella con una sonrisa maliciosa.

Constantine se mordió el labio inferior conteniendo la suya.

Dakata lo volvía loco, y aunque pensó que no podía verla más hermosa de lo que ya lo había hecho, lo cierto era que aquella mañana estaba arrebatadoramente sexy con su nuevo look. El día anterior, después de que la doctora Meyers le sacase el dispositivo de rastreo del brazo, se había marchado para presentarse un par de horas más tarde con un nuevo atuendo, todo de cuero: pantalones, botas altas, guantes, y cazadora sobre una de sus camisetas de tirantes ajustadas. Pero lo más impactante era ver que había cortado su larga melena, que antes caía hasta el final de la espalda y ahora llegaba poco más abajo de su barbilla, en un corte que dejaba despejada su nuca y la hacía parecer más oscura y peligrosa. No iba a negar que se ponía malo con solo mirarla.

Ella era su chica; preciosa, peligrosa, dulce, valiente, letal, y... suya. Cada día sin estar a su lado iba a ser una tortura, pero no podía demostrárselo en ese momento. Sabía lo dura que resultaba la marcha para ella. Él se iría en pocas horas también y no quería ni pensar en las despedidas. Dakata se había pasado el día anterior abrazando, besando y aleccionando a su hermana, sobre cómo vivir en la base. Sabía que la mitad de su corazón se quedaba junto a la pequeña y la otra mitad la guardaba para él. Habían vuelto a hacer el amor aquella mañana, cuando el sol derramaba sus primeros rayos, y él intentaba dejar una impronta de fuego en cada poro de su piel, reclamándolo como suyo.

Dara corrió hacia ella y se le abrazó con fuerza. Dakata le devolvió el abrazo, tragándose la congoja que le producía la separación.

—Prométeme que hablaremos cada día —volvió a pedirle su hermanita sin soltarla.

—Todos los días, sin falta. Podrás contarme todo lo que te haya pasado en la base. Cómo te van las clases, con tus amigos... Aunque no pueda estar contigo ahora, siempre lo estaré aquí, en tu corazón, al igual que tú en el mío —le dijo posando una mano sobre cada uno—. Te dejo en buenas manos, y volveré antes de lo que imaginas.

Dara le brindó una mirada brillante de aquellos rasgados y preciosos ojos que tanto la emocionaban.

Dakata miró tras la niña a Joss, que aun estando en la base, seguía haciendo su papel de guardián de la pequeña. Y con una pequeña inclinación de su cabeza, le dio las gracias.

—Vamos, Dara, o llegaremos tarde a desayunar. No querrás quedarte sin gofres —le dijo el chico haciendo que el rostro de la pequeña se iluminase al pensar en el chocolate, recientemente descubierto, con el que cubría la masa dulce.

Dakata depositó un último beso sobre la frente de su hermana y esta se marchó con Joss, corriendo por el pasillo.

—Estoy muy orgulloso de ti y tus progresos —tomó la palabra Dominick dando un paso hacia ella—. Todos los estamos —añadió mirando hacia atrás a los representantes del Consejo que asintieron apoyando las palabras de su compañero.

Dakata vio sorprendida como Michela se adelantaba del grupo e iba hacia ella para darle un abrazo y un beso en la frente.

—Gracias por todo, Dakata, pero sobre todo por hacer tan feliz a mi hijo —le dijo al oído, mientras tomaba la mano en la que ella llevaba la alianza de compromiso que le había regalado Constantine.

Dakata asintió con las mejillas arreboladas.

Tras la inesperada muestra de afecto, el Consejo al completo se marchó dejándola con el equipo de Constantine y este último.

Nyree fue la siguiente en abrazarla.

—Prométeme que me mantendrás al tanto de los avances con tu ángel —le dijo a su nueva amiga al oído.

—Por supuesto. No te librarás de mí. Tenemos línea segura —le contestó la dhampira guiñándole un ojo.

El resto se despidió de ella, mostrándole su respeto y aceptación con idénticas inclinaciones a las del Consejo, y en cuestión de pocos minutos, se quedó por fin a solas con Constantine.

Este no tardó ni un segundo en ir hacia ella y apoderarse de sus labios con tanta hambre y codicia que la dejaron sin aliento. Hasta la última mota de oxígeno abandonó sus pulmones para ser entregado al hombre al que amaba.

—Prométeme que te mantendrás a salvo —rogó apoyando la frente en la suya y cerrando los ojos.

—Solo si tú prometes que harás lo mismo —le dijo él sin soltar su rostro—. Tienes que volver junto a mí para cumplir tu promesa.

Ambos entrelazaron sus dedos para ver las alianzas unidas, brillando ante

sus miradas emocionadas.

—Cada segundo... —dijo él.

—Cada minuto... —añadió ella.

—Cada latido...

—Cada aliento...

—Siempre tuyo —declaró él con devoción.

—Siempre tuya —terminó Dakata con un nudo en la garganta.

Constantine la besó dejando una impronta de fuego, dilatada, profunda, sobre sus labios. Tras la cual ella se separó de él con pereza. Fue hasta la moto y subió a ella tras ponerse el casco. Bajó la visera para que él no pudiese ver las lágrimas que corrían ya por sus mejillas.

—Hasta pronto —le dijo antes de arrancar el poderoso motor y salir por la puerta del hangar de la base, recién abierta para su marcha.

—Hasta pronto —susurró él quedándose solo, grabando la imagen de su marcha en la retina.

Dakata llegó a Brawnsville tras treinta y ocho largas horas de viaje. Apenas había parado las veces justas para estirar las piernas, echar una cabezada, llenar el depósito, y alimentarse, pero su gran resistencia le había permitido hacer el viaje prácticamente del tirón.

Lo había disfrutado. Le encantaba la moto, la velocidad, la sensación de libertad y poder maravillarse con cada cosa nueva que aparecía ante sus ojos. Había comprobado que los humanos eran seres muy curiosos y dignos de estudio. La pena por separarse de su hermana y su gran amor seguía ahí como una enorme espina clavada en el corazón, que le dolería todo el tiempo que estuviese alejada de ellos, pero no podía negar que también se sentía exultante y nerviosa por la misión que estaba a punto de comenzar. Quería conocer a los humanos, a la Portadora, servir a un propósito mayor que el de su propia supervivencia.

Ya sin conocerla personalmente, sentía una conexión inexplicable con esa mujer y su bebé. Y quería explorar por qué.

Detuvo la moto a la entrada de la calle principal de la población, que en nada se parecía a Seattle. Miró a un lado y a otro intentando ubicarse para localizar el que iba a ser su hogar durante los próximos meses. Tenía toda la información sobre su nueva identidad en el bolsillo interior de su cazadora de cuero. Estaba a punto de abrirla para sacarla, cuando la vio; allí estaba la Portadora.

Podía reconocerla perfectamente gracias a las fotografías que le había

mostrado Mako. Su cabello rojo refulgía bajo aquel sol abrasador. La observó caminar por la calle, escrutando las fachadas de los establecimientos con curiosidad. De repente sintió que algo no iba bien, la vio perder el color y en cuestión de segundos, caer desmayada. Seguramente a causa del dolor. Pero antes de poder acercarse a ella, vio a un hombre de gran tamaño tomarla, impidiendo que esta se precipitase contra el suelo. El hombre que la recogió la cargó con facilidad y la introdujo en el interior de un establecimiento.

Se acercó con la moto hasta la puerta de la tienda, tenía que ser cautelosa y no despertar sospechas. Cerró los ojos y agudizó el oído, haciendo uso de uno de sus dones naturales. Percibió el sonido fuerte y precipitado del corazón de la Portadora, y el de su bebé. Abrió los ojos, mostrando una gran sonrisa. Y arrancando la moto, se dirigió a su nuevo destino, segura de que aquella iba a ser una gran aventura.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Antes de nada, quiero agradecer a todos mis lectores y seguidores de esta serie, la paciencia que han tenido, sin mermar las ganas, esperando esta historia cuya publicación se ha dilatado demasiado en el tiempo.

También decirles que ojalá la espera haya merecido la pena y aguarden con el mismo entusiasmo el último libro de la serie, *El destino de Noah*.

¿Y qué puedo decir sobre Dakata? Qué desde el momento en el que apareció en mi mente, fulminándolo todo, se convirtió en mi musa, mi objetivo y hasta mi salvavidas. De no ser por ella jamás habría visto la luz la historia de *La Portadora* (con la que ya tenía una larga y complicada relación). Y muchos de los personajes que ahora forman parte de mi vida, y de la de miles de lectores, se habrían quedado en el montón de los proyectos que no habrían visto la luz.

Pero que llegase a mi mente imponiendo su presencia, obligándome a mirar con otros ojos la historia de *La Portadora*, haciendo que me enamorase de ella y obsesionase hasta el punto de ansiar reescribir una historia que se había convertido en mi pesadilla, mi talón de Aquiles, hizo que quisiese escribirle una historia a ella también. No podía dejarla como a una simple secundaria, pues no lo era. Y su historia se convirtió rápidamente en mi mente en la precuela perfecta de *La Portadora*.

El final de este libro es evidente que está abierto, y me ha supuesto un gran conflicto interior. Me debatía entre el final que me dictaba el corazón y el estratégico, que debía tener para la continuación de la serie. Finalmente conseguí combinar dichos finales, satisfaciendo mis dos necesidades. Espero que vosotros lo sintáis de igual manera.

Y, para terminar, anunciaros que el último libro de la serie Semillas Negras, *El destino de Noah*, verá la luz en 2018. Y con él veremos el desenlace final no solo del propio Noah, sino también de Dakata y del resto de personajes que nos han ido acompañando en los libros anteriores.

Para aquellos que hayan llegado a este libro sin haber leído *La Portadora*, os dejo un aperitivo del mismo, para abrir el apetito. (No os la podéis perder).

Una vez más, gracias por leerme y compartir mis locuras y mundos imaginarios conmigo. Todo esto no tendría sentido sin vosotros.

Hasta la próxima historia.
Un beso,
Lorraine Cocó

LA  RTADORA
Lorraine Cocó

LA PORTADORA

Semillas Negras

1

La tarde que Allison fue citada por el abogado, el sonido seco de la carpeta del señor Cousin al caer en la mesa de madera maciza de su caótico despacho la despertó del estado catatónico de los últimos días.

Echó un vistazo a aquella habitación por primera vez desde que había entrado hacía unos minutos. El mobiliario era caro y de calidad. La decoración cargada y no carente de cierta excentricidad. Las paredes estaban cubiertas de mapas de apariencia antigua marcados con multitud de púas de colores que localizaban sitios, imaginaba que de algún interés para el abogado.

Cuatro vitrinas cubrían una de las paredes. Estaban llenas de objetos extraños: máscaras tribales y artilugios estrafalarios de madera y metal, papeles y más papeles, y una completa colección de brújulas y anteojos que, aunque parecían de valor, estaban amontonados unos sobre otros de cualquier manera.

No parecía el despacho de un abogado. De no conocer la profesión del señor Cousin, habría apostado por la antropología, arqueología o alguna ocupación similar.

El hombrecillo no desentonaba en aquel ambiente variopinto. De muy baja estatura, a ella debía llegarle poco más que a la altura del pecho, vestía con un traje en tonos castaños y estampado de cuadros, demasiado grueso para las temperaturas que sufrían en aquella semana de primeros de julio, aunque el ventilador de aspas que colgaba del techo lo mantenía aireado y se sentía fresco. La piel se le erizó, pero el abogado sudaba a chorros que surcaban su despejada frente y empapaban el escaso pelo que le caía por los lados. La montura de sus gafas resbalaba por su angosta y desproporcionada nariz una y otra vez, mientras intentaba mantenerlas en su sitio.

En aquel momento, abría una carpeta de cuero ajado y descolorido que estaba atada con un cordón elástico. Lo vio sacar unos papeles del interior y hacer un gesto que la dejó perpleja: se los acercó al rostro, los olfateó y cerró los ojos, como disfrutando de aquel acto, haciéndola sentir incomoda al presenciar un momento aparentemente tan íntimo para él. De repente, pareció consciente de su presencia.

—Señora Connor, la he hecho venir con tanta urgencia porque tenemos un asunto muy delicado que tratar —comenzó a decirle el abogado, sin levantar la

cabeza de los papeles que tenía sobre la mesa y que observaba con extremo interés.

Allison, sin embargo, no había podido escuchar más allá de aquellas dos palabras: «Señora Connor». Curiosamente, aquel hombre era la segunda persona en un año que la llamaba de esa manera... «Señora Connor». Nunca había utilizado su apellido de casada. Estaba tan acostumbrada al suyo que no se le ocurrió. Era algo en lo que pensar. Le extrañaba, ya que había estado ansiosa por formar parte de James, de una familia...

—¡Ujum!... ¡Señora Connor!

Una vez más se había quedado perdida en alguna palabra.

—Lo siento, me he distraído.

—No se preocupe, estos no son momentos fáciles para usted. Prometo no dilatarme en exceso, pero como le decía es de vital importancia que mantengamos esta reunión. No quise molestarla el día del entierro, pero viendo que no se ponía en contacto conmigo para hablar del testamento de su esposo, creí necesario contactar con usted.

—Señor Cousin, mi marido no tenía posesiones. Ni siquiera nos había dado tiempo a establecernos en un sitio, juntos. Teníamos pensado comprarnos una casa, pero...

Sintió un nudo en la boca del estómago que amenazaba con estallar en llanto, aunque sabía que no sería capaz de hacerlo. Aun así, tampoco el resto de las palabras consiguieron salir de su boca.

—Lo cierto es que el señor Connor sí tenía propiedades. Más concretamente hablamos de una en Brawnsville, Texas, su ciudad natal —le dijo el abogado mientras le acercaba una foto.

La tomó entre los dedos con sumo cuidado. Parecía antigua, amarillenta por el paso de los años, pero la extrema delicadeza de su tacto se debía más bien al desasosiego que le producía tener la prueba palpable de toda una vida, la de su propio marido, totalmente desconocida para ella.

—¿No tenía usted conocimiento de esta propiedad?

Se limitó a negar con la cabeza mientras escudriñaba la foto con minuciosidad.

Parecía sacada de *La casa de la pradera*. ¡Vaya! Era exactamente lo que había soñado de niña que sería su hogar. Una estructura de dos plantas en madera blanca y tejado negro. Las enormes ventanas con contraventanas de la misma robusta y blanca madera y la valla del mismo color. No era una construcción que llamara la atención por su tamaño, parecía incluso un poco pequeña, pero tremendamente acogedora. La verja, que recogía un cuidado jardín, se abría al interior por una puertecita junto a un buzón antiguo, no se distinguía bien si de

hierro forjado.

En los escalones que llevaban hasta el porche distinguió tres figuritas: un niño moreno, de facciones oscuras y mirada seria, sostenía con uno de sus brazos un bebé mientras pasaba el otro de forma protectora sobre los hombros de uno más pequeño de cabello rubio y ondulado. Este guiñaba los ojos cegado por el sol. Apenas eran dos rayas en aquella hermosa cara pecosa, pero no le hacía falta verlos para reconocer el increíble color verde de aquella mirada.

Era su marido.

Se llevó una mano a la boca sintiendo temblar los labios por unos momentos bajo las yemas de sus dedos, que luego pasó con delicadeza por la foto, en busca de respuestas, de calor.

Se estaba asfixiando. Volvían a apoderarse de ella las náuseas y los mareos de los últimos días. No aguantaba más en aquel despacho y decidió marcharse, deseosa de salir y refugiarse en la tranquilidad de su casa y asimilar la vorágine de sentimientos que había despertado en ella aquel encuentro.

Al despedirse en la puerta del despacho, el abogado le dio una tarjeta suya, momento que aprovechó este para agarrar su mano. Se inclinó y le dio un beso en el dorso, de manera anticuada, sosteniéndola demasiado tiempo y haciendo que aquel gesto fuese aún más incómodo para ella. No pareciéndole suficiente, se dispuso a olisquearla como un rato antes había hecho con los papeles. Inhaló lentamente y, cerrando los ojos, se inclinó un poco más hacia ella.

Se incorporó abruptamente, sin soltarla. La mirada que le dedicó el abogado en ese momento le provocó otro escalofrío: estaba cargada de un interés desmedido, como si fuese la primera vez que tenía ante su presencia a una persona como ella. Le recordó a la expresión de los niños cuando hacen un descubrimiento importante, solo que la de ellos está cargada de inocencia e ingenua excitación, y la de aquel hombre tenía algo oscuro que le erizaba la piel. Quiso ignorar la sonrisa curiosa e indescifrable que paseaba por sus ojos, pero entonces, el hombre anunció:

—Dos latidos. —Arrastró el sonido de cada letra al pronunciarla.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendida. Aprovechó el momento para intentar deshacer el apretón de manos, pero el extraño hombre no estaba dispuesto a soltarla tan fácilmente.

—Es usted fascinante, señora Connor, y tremendamente valiosa —añadió ampliando la inquietante sonrisa—. Debería tener cuidado. En este mundo, muchas personas harían cualquier cosa por conseguirla. —Mientras pronunciaba aquellas escalofriantes palabras, entrecerró los ojos tras sus gafas redondas y volvió a olfatearla—. Exquisita, sin duda.

Ese fue el límite que sus nervios fueron capaces de soportar, por lo que se

liberó con brusquedad y salió de su despacho prometiendo llamarlo en caso de necesitar sus servicios.

Hacía algunas semanas que había perdido la capacidad de reírse, de vivir, incluso de sobrevivir. Pero a los pocos días algo volvió a cambiarlo todo.

Primero fue la visita al despacho del abogado y albacea testamentario de su marido. Fue toda una sorpresa recibir la llamada de aquel hombrecillo, de cuya existencia no tuvo noticia hasta ese momento. El especial interés que mostró el abogado en que se citase con él aquella misma semana la había dejado intrigada, pues no imaginó que hubiese nada que notificarle.

James y ella habían vivido una relación relámpago, pero tan bonita e intensa como un sueño. Un sueño de esos que solo puedes tener mientras eres una niña. Cuando aún crees en la magia, no te cuestionas ningún «pero» y la ilusión guía tus pasos sin esperar que haya una red de seguridad bajo tus pies.

Estaba en una firma de libros cuando lo vio por primera vez. James se acercó para pedirle que le firmara un ejemplar de su última novela, que quería regalar a su madre. Lo observó acercarse a la mesa vestido con su uniforme de piloto, blanco inmaculado, ajustado a sus anchos hombros, elegante y distinguido; como el príncipe de una de esas historias de dragones y princesas que tanto le gustaba leer de pequeña, escondida en un rincón solitario del orfanato en el que se crio mientras pasaba las horas dedicada a soñar.

James fue como una visión, con el cabello rubio perfectamente cortado y una sonrisa amplia y limpia como la de un niño. Se enamoró de él a primera vista. Y él de ella, así que la invitó a cenar aquella misma noche.

Tardaron pocas semanas en decidir que querían pasar el resto de sus vidas juntos y casarse. Y, aunque debido al trabajo de ambos no pudieron disfrutar de una luna de miel tradicional, el año que compartieron como marido y mujer fue un festejo diario de su amor.

No habían sido un matrimonio convencional, ya que él viajaba constantemente y ella estaba de promoción por todo el país con su última novela. Pero había sido intenso, y ella se había sentido, por primera vez en la vida, completa; por fin formaba parte de la vida de otra persona.

Al casarse con James pensó que nunca más volvería a estar sola ni sentirse como la niña desgarbada de pelo rojo y rebelde que jamás era elegida para ser adoptada.

La visita de hacía unos días al señor Cousin había sido una sorpresa inquietante y reveladora, definitivamente. Aunque no tanto como descubrir aquella misma mañana que la vida le había vuelto a cambiar para siempre, que ya no volvería a ser la misma jamás.

Se había levantado temprano por no haber podido dormir en toda la noche, algo que últimamente le ocurría con demasiada frecuencia y hacía que se le hubiesen instalado de manera permanente unas feas y oscuras bolsas bajo los ojos que le daban un aspecto aún más frágil del habitual. Sentía que había cambiado por dentro, pero no imaginaba hasta qué punto.

Se observó en el espejo del baño, sosteniendo la prueba de que su vida no volvería a ser la misma. La mantuvo entre los dedos unos minutos mientras perdía la mirada en los ojos de la Allison que la observaba desde su reflejo. No era capaz de reconocerse en ellos.

En realidad, aquella imagen tan solo le mostraba a una extraña en su baño, sosteniendo aquel trozo de plástico con dos rayitas dibujadas en rosa que cambiarían su vida para siempre.

Quiso acercarse a ella, abrazarla, decirle que no pasaba nada, que todo iba a salir bien, pero las palabras no salieron de su boca. Solo vio cómo el rostro se le compungía en un gesto roto. Y, de repente, se dejó caer. Su cuerpo adormecido durante días empezó a temblar desconsolado.

Durante aquellos días se había sentido en una enorme esfera de cristal que alguien especialmente aburrido vapuleaba de un lado a otro haciendo que todo temblara. A la sensación de desequilibrio se sumó la asfixia, la náusea y, por fin, el llanto. Ese llanto que había estado conteniendo durante semanas rompió sobre su rostro quebrado por el dolor y la esperanza.

Saber que iba a tener un hijo de su difunto marido le hizo reaccionar y tomar la decisión más drástica de su vida.

Mudarse a Brownsville. A aquella casa en la que creció su marido y que ahora, sin quererlo, era suya.

Y lo primero era contárselo a Jane. Fue a su despacho esa misma tarde con la intención de comunicarle sus planes, pero de ninguna manera podía decirle toda la verdad. No debía contarle lo que la había llevado a tomar esa decisión, al menos de momento. Conocía a su amiga y su vocación súper protectora para con ella. Siempre lo había hecho, como un perro guardián. Cuando comenzó a tener una relación con James, llegó al punto de investigarlo. Por lo que sabía que, de conocer su embarazo, habría hecho lo que estuviese en su mano para impedir su marcha.

—Ali, ¿qué demonios dices? Bromeas, ¿verdad?

Allison vio cómo los chispeantes ojos de su amiga y editora, Jane, adquirían

toda su capacidad de expresión. En cualquier otro momento habría conseguido zafarse de esa mirada inquisitiva que tanto miedo provocaba en otros escritores, con una ridícula mueca o algún comentario jocoso, pero no sería así en aquella ocasión.

—Jane, ya he tomado una decisión. Estoy decidida. Sé que es algo repentino, pero tengo que hacerlo. Necesito ir allí y conocer a su familia.

—¿Y qué esperas ganar relacionándote con esa gente? ¿No crees que si realmente mereciese la pena hacerlo te los habría presentado él mismo? No han formado parte de vuestras vidas, no sabes nada de ellos. Viven en un pueblo perdido en la otra punta del mapa. ¿Vas a cruzar el país para conocerlos? Aún peor, ¿para comenzar una vida allí sin nadie? Aquí estamos los tuyos, tus amigos, tu gente.

Jane se dio la vuelta en mitad de su exposición, justo a tiempo para ver cómo se rompía por el dolor.

—Lo siento, cariño... —Se acercó a ella con ternura y secó su rostro con un pañuelo de papel que sacó del bolsillo—. Lo siento de veras, pero intento que no cometas un error. Ir a ese sitio...

—Brawnsville —la interrumpió entre lágrimas—. Se llama Brawnsville.

—Está bien, Brawnsville. Irte a vivir a allí no traerá de vuelta a tu marido. James no va a volver —dijo casi en un susurro, como esperando que las palabras no hiriesen aún más su maltrecho corazón—. Me preocupas tú. Evidentemente, como editora, mientras reciba tus escritos, lo mismo da que los escribas aquí en Chicago, en una isla tropical o en ese pueblo perdido del mapa. Pero, personalmente, si el consejo se lo doy a mi amiga, a mi mejor amiga, no lo entiendo. —Comenzó a pasear por la habitación mientras hablaba, algo muy característico en ella—. Tómame unas semanas para airearte, visita el pueblo y disfruta de unas vacaciones, pero no a vivir. Además, tal y como estás de ánimo, no deberías marcharte sola. Espérame un par de meses. Ahora tengo la promoción del libro del engréido de Jonathan Graus. Bien sabes que por librarme de ese engendro de hombre renunciaría a mis espléndidas vacaciones en La Toscana italiana y me iría contigo a disfrazarme de vaquera. —Colocó los dedos como si fuesen un par de revólveres y sopló después de fingir que disparaba al cartel de promoción del último libro de Jonathan.

—Lo siento, pero lo necesito ahora. Entiendo que te preocupes por mí, pero no puedo esperar y voy a hacerlo.

Allison levantó la vista, y lo que Jane vio en sus ojos, aún brillantes por las lágrimas, la dejó sin palabras.

Determinación.

La clase de determinación que pararía el tráfico de la avenida Michigan o

que llevaría a una persona a emprender una nueva vida. No había una sola palabra más que decir. La conocía desde hacía diez años y, si había decidido marcharse, solo quedaba una cosa que ella pudiese hacer. Pero estaba preocupada. Hasta el momento había mantenido segura a Allison. Ella era la única que conocía su naturaleza mágica. Allison no había tenido la misma suerte que ella al nacer en una familia que la aleccionó sobre sus poderes, sobre lo que era en realidad. Jane siempre había sabido quién era; Allison no. Si bien sus naturalezas eran muy diferentes, Allison era única en su especie y si alguien más lo descubría estaría en serio peligro. Tenía que asegurarse de que no fuese así. Tendría que pedir ayuda para llevar a cabo su misión, pero mientras, respecto a su conversación con Allison, solo le quedaba una cosa por hacer:

—¡Prométeme que me llamarás! ¡Todos los días! —dijo Jane acercándose y fundiéndose en un profundo abrazo con ella—. Iré muy pronto a verte —terminó por prometer.

—Te voy a echar de menos —le dijo Allison entre sollozos.

—Y yo a ti, maldita cabezota —le contestó su amiga apartándole un mechón de pelo color cobre del rostro.

Recoger los recuerdos de toda una vida le llevó mucho menos de lo que esperaba. Por algún motivo, se las había ingeniado para no atesorar demasiadas cosas. Intentó convencerse de que aquello se debía a su naturaleza práctica, pero en realidad, echando un último vistazo al que hasta ese momento había sido su apartamento, se daba cuenta de que lo había tratado como un lugar provisional. No había querido hacer grandes reformas ni cambios drásticos en la estructura y decoración de la casa. La adquirió con los beneficios de su primer gran éxito como escritora, impaciente por tener su espacio propio por primera vez en la vida, algo suyo, su casa, su rincón.

En el orfanato cambiaba cada cierto tiempo de dormitorio según las necesidades de espacio y el número de niñas que hubiese. Siempre compartió habitación, eso no era problema para ella, le había hecho sentir segura y más tranquila. Pero las internas iban y venían y ella siempre estaba allí, viendo cómo el mundo cambiaba a su alrededor. Las vidas de las otras chicas que se marchaban acompañadas por sus nuevos padres, a veces, también encontraban en su esperado hogar más hermanos. Otras se iban con familiares que venían desde lejos a recogerlas. Aquellos recuerdos le resultaban agridulces.

Pasados los primeros años en el orfanato se dio cuenta de que con lo único que podía contar siempre era consigo misma y su fértil imaginación. Llenó sus horas, sus días y noches, al igual que sus cuadernos, con los personajes que habitaban en su mente. Personajes que manejaba a su antojo, que vivían vidas extraordinarias como las que imaginaba y que siempre transcurrían fuera de los muros del orfanato. Personas y seres magníficos que habían sido su compañía y familia durante todos los años de su vida. La acompañaron en el orfanato, en la escuela básica, en la secundaria y en la universidad.

Consiguió una beca para Northwestern gracias a las estupendas notas que obtuvo y por haber ganado el premio literario del condado de Cook: El despertar de las letras. Colaboró con el periódico universitario donde recibió halagos y premios por algunos de los artículos que escribió. Fueron unos años interesantes; estudiaba mucho, trabajaba en la biblioteca del campus y compartía habitación con otras chicas que comenzaron a formar su grupo de amigas definitivo, entre las que se encontraba su adorada Jane. Entonces descubrió que la escritura no tenía

por qué ser solo un mundo de escapada, también podía convertirse en su futuro, su medio de vida.

El éxito de su primera novela fue tan inesperado como abrumador. En unos meses se convirtió en un pez nadando en el mar, en lugar de la que hasta ese momento había sido su acogedora pecera. Fue afortunada al tener a Jane con ella. Su amiga había leído algunas de las historias que había escrito en la universidad y su familia estaba ligada y muy bien situada en el mundo editorial. Creyó en ella y comenzó a ocuparse pronto de lo que denominaba «el trabajo sucio», para que Allison solo tuviese que dedicarse al creativo.

Hacían un buen equipo.

Jane le había aconsejado también sobre cómo invertir el dinero. Un ejemplo era la compra de aquel bonito apartamento situado en el Downtown, en uno de los mejores barrios de Chicago.

Como no quería sentir que todo cambiaba demasiado en su vida, en lugar de comprar una casa grande y ostentosa se había decidido por un coqueto apartamento de dos habitaciones, con techos altos, paredes blanquísimas, moderna cocina americana perfectamente equipada, grandes ventanales que iluminaban cada rincón de su hogar y un cálido y bello suelo de *parquet* en madera clara. Era todo lo que había esperado y necesitado.

Vivía en un décimo piso, lo que le proporcionaba unas estupendas vistas de la ciudad del viento. Desde la ventana podía disfrutar de la imagen de los enormes rascacielos bañados por el sol, como inmensos caballeros de brillante armadura desgarrando el cielo azul intenso que se reflejaba en las tranquilas aguas del río Chicago. Le encantaba contemplarlas cuando eran teñidas de verde cada año para la festividad de San Patricio, evocando en ella sensaciones extrañas de tiempos lejanos e impregnando en sus retinas imágenes llegadas de otros mundos, desconocidos para ella pero, al mismo tiempo, inherentes a su historia. Una historia desconocida, pues jamás había conseguido averiguar algo sobre sus orígenes.

Ese pensamiento la perturbó y volvió a centrarse en el paisaje del río.

La vegetación que lo rodeaba esos días se confundía con el agua, haciendo que pareciese rebosar y querer invadir el Downtown, al igual que las luces y sonidos que llenaban una ciudad repleta de vida que le había inspirado día a día, hasta ese momento.

Sin embargo, desde que se marchó James tampoco había conseguido escribir. No le salían las palabras ni de los labios ni de la cabeza ni del corazón. Solo oía murmullos de pensamientos vagos ir de un lado a otro, incoherentes e inconexos aparentemente. Esperaba que esto también cambiase con su marcha a Brownsville.

Aparte de las pertenencias personales, ropa, ordenador, impresora, fax y algunos recuerdos de los viajes que había realizado en las promociones de sus libros, no había más que empaquetar. No tenía nada de valor ni algún mueble especial que quisiera conservar para su nuevo hogar. Tan solo la magnífica colección de libros, algunos atesorados desde la infancia, y que debían aguardar en Chicago a que Jane se los enviase semanas después, cuando tuviese un sitio adecuado para ellos en la nueva casa. Y su inseparable bicicleta que también tendría que esperar por problemas evidentes de espacio en el transporte. Por todo lo demás, no había tenido problemas para meter toda una vida en el escueto maletero de su lujoso Jaguar XK color plata.

No era el coche que hubiese elegido ella para realizar ese viaje, ni siquiera para pasear por la ciudad o hacer los recados de su vida cotidiana. Solía utilizar la red de trenes de la CTA y la bicicleta para ir a pasear por Grant Park en su ruta habitual para visitar museos los domingos por la mañana. Chicago era una gran ciudad para ir en bicicleta. Con sus más de ciento sesenta kilómetros de ciclovías, era una auténtica atrocidad desperdiciar la oportunidad de perderse entre sus calles y disfrutar de las vistas por estar pendiente del tráfico.

En la elección de su coche había tenido mucho que ver Jane también. El día que fueron a comprarlo, Allison se decantaba una y otra vez por cómodos turismos de amplios maleteros, gran fiabilidad, fáciles de manejar y, desde luego, con un glamour que no llegaba a la altura de las llantas de su fabuloso Jaguar. Jane le había dicho que esos no eran coches dignos de una escritora de éxito como ella.

Tal vez no lo habría elegido porque no se sentía una escritora de éxito, sino simplemente Allison. La misma Allison de siempre, que ahora se ganaba el pan dando vida a los personajes que siempre la habían acompañado en sus fantasías. Pero había accedido a comprar aquel coche del que al final había terminado encariñándose. No podía negar que para un viaje tan largo como aquel, con mudanza incluida, otro vehículo más amplio habría sido mucho más útil, pero se alegraba de hacerlo con su coche. Compañero inseparable durante los últimos tres años, era como viajar con un viejo amigo. Y tenía que reconocer que si había un coche cómodo y confortable en la conducción, ese era su Jaguar.

Y en ese instante, ambos se dirigían a comenzar una nueva vida en un lugar en el que tampoco tenía raíces. Tal vez las de su marido fuesen suficientes para proporcionarle la calidez y sentido que había buscado hasta este momento. Esperaba que así fuese, porque el motivo real de dejarlo todo e ir a Brownsville no era otro que el de dar a su hijo lo que ella no había podido tener: una familia. No podía dársela por su parte, pero su padre sí tenía una. Y eso le daba una esperanza, aunque no pudiese evitar la incertidumbre y el temor de que se

materializasen como verdaderas todas las dudas que, tanto Jane como ella misma, se había estado formulando los últimos días sobre la familia de James.

No sabía qué iba a encontrar allí. Su marido le había hecho una descripción demasiado superficial. En las ocasiones que había hablado de su madre, lo hizo con evidente amor y admiración. Sabía que había tenido que luchar ella sola para criar a sus hijos desde jóvenes, pues su padre había fallecido cuando él y sus hermanos eran unos niños, en un accidente de tráfico. James se la había descrito como una mujer fuerte a la vez que amorosa, firme en sus convicciones y de gran corazón, y eso la tranquilizaba.

James y ella mantenían comunicación por correo electrónico y, en contadas ocasiones, telefónica. Después de hablar con ella, James siempre le decía que estaba seguro de que cuando se conociesen se llevarían estupendamente bien, pero ese supuesto no se había llegado a materializar. James siempre daba largas al momento del encuentro. De su hermano mayor, Caleb, y su hermana menor, Casey, sin embargo, apenas sabía nada. La edad y poco más. Cuando había querido indagar en lo que a ella le parecía el maravilloso mundo de tener hermanos y la relación de su marido con los suyos, él siempre había contestado con evasivas, respuestas generales e impersonales que, aunque no habían satisfecho su curiosidad, había dejado pasar para no incomodarlo.

Eran contados los momentos que habían tenido para disfrutar el uno del otro, y no quería empañarlos con temas que parecían no ser de su agrado, pues en aquellas ocasiones él se tensaba, se le oscurecía la mirada y parecía perdido durante unos minutos. Ahora, sin embargo, se arrepentía de no haber insistido un poco más.

Era consciente de lo poco que sabía de su marido, y aquel viaje habría sido mucho más sencillo de haber conocido por lo menos a qué tipo de recibimiento se iba a enfrentar al mudarse a Brawnsville. Pero no iba a tardar en descubrirlo.

Cuatro estados, dos mil trescientos veinte kilómetros, tres días y medio y veinticinco horas de conducción después, llegó por fin a su destino. Brawnsville la esperaba regalándole un espléndido y caluroso día de principios de agosto. Afortunadamente, el interior climatizado del coche le permitía disfrutar de las magníficas vistas sin sudar una gota, ya que no estaba provista de la protección ni la indumentaria necesaria para enfrentarse al calor texano.

Aquel pueblo no se parecía en nada a su Chicago natal. Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar, detuvo el coche ante el cartel de bienvenida que ofrecía en letras negras y verdes algunos datos de interés sobre el pueblo. Contaba con novecientos veintitrés habitantes. «Ahora novecientos veinticuatro», pensó mientras se hacía a la idea de que casi vivían más personas en la manzana donde se ubicaba su apartamento en Chicago que en todo el pueblo. Debía conocerse todo el mundo, iba a ser una sensación extraña pasar del anonimato de una gran ciudad a ser reconocida y reconocer a todo el mundo por la calle.

Aquel letrero de bienvenida, por tonto que pareciera, le hizo sentir emocionada y algo nerviosa, como un niño el primer día de escuela. La mezcla de incertidumbre, expectativas y una pizca de miedo, hicieron que comenzasen a sudarle las manos y tuviese que limpiarse las palmas en las perneras de los pantalones.

Lo siguiente en llamar su atención fue la distribución del pueblo, que recordaba a la que aparecía en las películas de vaqueros: una calle principal lo dividía en dos, sorprendentemente ancha y delimitada por los edificios principales de la ciudad, como el ayuntamiento, la comisaría y, en el otro extremo, la iglesia. A ambos lados compartían acera pequeñas tiendas con fachadas coloridas en madera cuyos escaparates parecían sacados de revistas antiguas, con grandes almacenes de electrodomésticos, ropa, ferreterías... Para placer de su pasatiempo favorito, pudo comprobar que uno de los establecimientos era una bella librería de dos plantas, no sabía si muy acertadamente ubicada junto a la biblioteca del pueblo. Vio también un par de almacenes de materiales que seguramente tendría que visitar cuando hubiese hecho un inventario de las reparaciones que necesitaba la casa. Tal vez allí pudiesen darle referencias de alguien para ayudarla con la reforma.

Otra cosa que llamó su atención fue la manera tan natural en la que compartían las calles vehículos todoterreno, turismos y personas a caballo. Acababa de llegar al viejo oeste con su flamante coche. Era como ir vestida de corista en un poblado amish.

Impresionada por la singular belleza de aquel lugar de contrastes y mezclas, continuó por la avenida principal hasta que un cartel de madera con letras blancas indicó la entrada a la zona residencial en la que estaba situado su nuevo destino. Giró a la derecha y no tardó mucho en encontrarlo, pues a los pocos metros de comenzar la calle pudo reconocer la construcción blanca de la fotografía.

Aun así, la sacó del bolsillo en el que había permanecido guardada durante todo el viaje, como si necesitase la prueba palpable de que algo la había empujado hasta aquel lugar. Un vistazo a la fotografía le confirmó que aquella era la casa que buscaba y que seguía en pie, aunque parecía que necesitase ayuda urgente para continuar haciéndolo.

La pintura estaba descascarillada, la madera claramente envejecida. Se mantenía en su sitio, pero estaba pidiendo a gritos un lijado y pintura urgentemente, al igual que el resto de la fachada. Había que cambiar algunas maderas de las ventanas. La verja y el buzón de correos también tenían un aspecto alicaído. El jardín ya no aparecía como en la fotografía, verde, salpicado de flores y bien cuidado. Ahora, una selva de matojos había asfixiado a las culpables de su belleza anterior.

Comenzó a subir los escalones sin permitir que la apariencia desoladora de la casa la amilanase, pero antes de llegar a la puerta escuchó que alguien la llamaba a su espalda.

—¡Disculpe! —le gritó, sonriendo, una pintoresca mujer desde fuera de la valla.

Sobresaltada, se tomó unos segundos para fijarse en ella. Llevaba unos pantalones rojos a juego con una cinta que le recogía el pelo a modo de diadema, y el cabello de un tono más rojo aún. Vestía una amplia camiseta blanca y zapatillas de deporte del mismo color. Era bajita, debía medir unos diez centímetros menos que ella, que no sobrepasaba el metro sesenta y cinco, lo que la convertía en una miniatura muy llamativa, ya que dudaba que pudiera pasar desapercibida. Daba la impresión de ser un polvorín a punto de estallar. Su voz algo chillona y cantarina la saludó con un acento ligeramente dulce del que estuvo segura que no le costaría acostumbrarse.

—¡Hola! Soy Carol, vivo en la casa de al lado. ¿Puedo ayudarla en algo?

—¡Hola, Carol! Encantada de conocerla. Soy Allison, su nueva vecina —le dijo acercándose hasta la valla.

La mujer fue entrecerrando los ojos hasta convertirlos en dos líneas de

susplicacia.

—Esta casa lleva abandonada casi veinticinco años, debe haberse confundido, querida.

—Estoy segura de que es aquí, no se preocupe —contestó con la intención de girar sobre sus talones para volver hacia la entrada. Estaba ansiosa por inspeccionar su nuevo hogar.

—Pero esta casa pertenece a la familia Connor... —insistió la mujer con apremio.

—Lo sé.

Bajó la vista hasta sus manos entrelazadas impacientemente y acarició su anillo de bodas, una sencilla alianza de oro blanco con un diminuto diamante en el centro. Le dio un par de vueltas en el dedo antes de continuar con la explicación.

—Soy la señora Connor.

Los ojos de aquella pintoresca mujer pasaron de ser dos líneas en su rostro a abrirse como platos; llenos de curiosidad la recorrieron de arriba abajo. Las miles de preguntas que aparecieron en su boca se atragantaron en su interior al escuchar sus siguientes palabras.

—Soy la mujer de James.

—¡Oh! Vaya, no sabíamos que James se hubiese casado antes de... Lo siento mucho, querida... —dijo la vecina, aventurándose a cogerle las manos. Unas manos menudas y regordetas de tacto frío y húmedo.

Aquel gesto que pretendía demostrar cercanía, la hizo sentir incómoda. No era muy dada a tener contacto con otras personas, y menos con una mujer a la que no conocía y de la que no quería recibir ningún tipo de compasión.

—De cualquier manera, querida —continuó sin dejar de mantener el contacto—, no creo que sea conveniente que se quede usted hospedada en esta casa. Lleva muchos años abandonada, no está en condiciones de ser habitada. Hace un tiempo, yo misma hice una propuesta a la familia para ponerla en venta, porque soy agente inmobiliario, ¿se lo había dicho, querida?

—No, no lo había mencionado.

—Pues sí, lo soy —afirmó, ampliando su sonrisa de vendedora nata—. Pues, como le decía, vender esta casa hubiese sido la mejor opción para la familia, pero rechazaron la oferta. Creo que tiene algo que ver con el valor sentimental que posee para la señora Connor... La otra señora Connor, quiero decir —añadió torciendo el gesto.

Escuchó a aquella mujer, que parecía no necesitar tomar aire para seguir hablando, y comenzó a sentir cómo le daba vueltas la cabeza y el mareo amenazaba con hacerla caer de bruces. No podía aguantar un minuto más y decidió terminar con aquello cuanto antes.

—Gracias, señora... —comenzó a decir cuando se dio cuenta de que la mujer no le había dicho su apellido.

—Carol, querida. Llámame Carol —insistió ella, manteniendo la sonrisa más grande que hubiese visto jamás.

—Carol, le agradezco muchísimo su interés y preocupación —dijo sacando la mano aprisionada entre las de la vecina—, pero no será necesario. Vengo con toda la intención de quedarme. Dedicaré todo el esfuerzo y recursos que sean necesarios para restaurar la casa y voy a quedarme en ella. Siento tener que despedirme ahora mismo, pero comprenderá que vengo de hacer un larguísimo y agotador viaje, y necesito descansar. Gracias por su bienvenida. —Con este pequeño discurso dio por zanjada la conversación y se apresuró a subir los escalones que se dirigían al porche, rezando para que la contundencia de su tono hubiese hecho desistir a la charlatana vecina de cualquier intento de conseguir más información.

Unos segundos después, suspiró agradecida cuando la escuchó mascullar una rápida despedida a su espalda.

Los días amanecían en el rancho Connor rebosantes de aromas de la cocina: galletas de canela y jengibre, tortitas, huevos rancheros y café. Cada hombre que estuviese en las inmediaciones sentía su apetito despertar a los pocos minutos de que Pony entrase en la cocina. Siempre le había gustado preparar platos especiales para los suyos. Desde que sus hijos eran pequeños, jamás había faltado una deliciosa tarta casera o alguna variedad de exquisito pastel a los que hincar el diente. Era una de sus formas preferidas para demostrar su amor a los suyos, y se veía gratamente recompensada, pues aún en el día de hoy, seguía viendo la sonrisa en sus hijos de treinta y seis y veinticinco años al morder una de sus crujientes galletas. Ojalá pudiese seguir viendo la del mediano de sus hijos.

James había fallecido hacía apenas dos meses y medio y, aunque habían pasado años desde que decidió marcharse del rancho y la correspondencia que mantenían era poco frecuente, aún no se había acostumbrado a vivir con aquel vacío. El dolor que le provocó pensar que jamás podría volver a hacerle galletas como cuando era niño, le atravesó el corazón hasta el punto de tener que agarrarse el pecho con la mano. No podía dejarse llevar por ese sentimiento. Casey se negaba a hablar sobre el tema, al igual que Caleb; aunque sabía que el sufrimiento de este último era aún mayor.

Los fantasmas del pasado lo atormentaban cada noche y lo estaban destrozando por dentro. El mayor de sus hijos no quería hablar y tampoco podía forzarlo, tenía que esperar a que estuviese preparado. Con el objetivo de desechar aquellos pensamientos tan dolorosos, intentó centrarse en otra cosa.

Aquel día tenía una misión especial: hacer una tarta de cumpleaños para Jake, el capataz del rancho. Cumplía treinta y un años, y en los cinco que llevaba trabajando para ellos se había convertido en un miembro más de la familia. Lo quería como a un hijo, y como tal, cada día entraba en la cocina a «robarle» unas galletas.

—¡Buenos días, señora Connor! —la saludó, quitándose el sombrero y disponiéndose a entrar en la cocina.

—Jovencito, ¿ni se te ocurra entrar con esas botas de barro en mi cocina! —le regañó Pony, con el dedo índice levantado a modo de advertencia.

Jake se limpió las suelas contra el felpudo de metal que había en el exterior y le dedicó a Pony su mejor cara de falsa inocencia.

—¿Cuándo va a dejar de llamarme jovencito? —dijo Jake con una sonrisa juguetona.

Pony estuvo segura de que aquella era su arma letal para derretir a las mujeres, pero ella ya era vieja e inmune a los encantos masculinos.

—Cuando llegues a mi edad —le dio una galleta—. Mientras, seguirás siendo un jovencito.

—Hoy cumplo treinta y un años, señora —le dijo mientras se metía la galleta entera en la boca.

—Lo sé, te estoy haciendo tu tarta favorita. —Y le mostró el cuenco en el que batía vigorosamente los huevos.

—No tiene que molestarse —apuntó Jake, sonrojado por los cuidados que le profesaba Pony. Lo cierto era que ella había sido lo más parecido a una figura materna que había tenido en su vida.

Jake se crio con su tío, un rudo vaquero al que tenía que agradecer haberle enseñado todo lo que sabía sobre caballos y cómo manejar un rancho. Su vida no fue fácil. Su tío lo sacó de la escuela con catorce años porque hacía falta que se pusiese a trabajar y, desde entonces, lo hizo tanto como un adulto. Se levantaba al alba y se acostaba al anochecer, con el cuerpo molido de tanto trabajar. Pero jamás se había quejado y, aunque nunca tuvo el cariño de unos padres, tampoco lo echó en falta pues no sabía lo que era. Y estaba agradecido a su tío que había sido un ejemplo de honradez y trabajo duro, ayudándolo a convertirse en el hombre que era ahora.

Cuando llegó al rancho Connor, cinco años atrás, descubrió lo que se había perdido al conocer a la señora Connor, una madre amorosa que velaba y se preocupaba por sus hijos cada día. Decididamente, Caleb y Casey eran muy afortunados al tenerla. Aunque estaba seguro de que uno de los problemas de la pequeña de la familia, Casey, era haber sido tratada como una princesa. Demasiado cariño y protección la habían convertido en una niña mimada que tendía a pensar que siempre podía salirse con la suya. «Y hablando de la reina de Roma...», pensó.

—¡Buenos días, mamá! —dijo Casey a su madre, plantándole un amoroso beso en la mejilla—. Jake —fue el escueto saludo que le dedicó, acompañado de un ligero ladeo de cabeza que dejó caer su larga melena negra como una cascada de seda.

—Casey —contestó él con el mismo tono seco.

Jake vio a la princesa mimada estirarse con ciertas dificultades para coger un bote de la estantería más alta de la alacena de la cocina. Si hubiese sido un

caballero, pensó, la habría ayudado y le habría alcanzado aquel bote de confitura. Pero ni lo era ni quería facilitarle las cosas. Y mucho menos, perderse las vistas. Casey se había puesto un vaquero negro ajustado y una camisa blanca anudada en la cintura que dejaba esta al descubierto, mostrando una piel morena, tersa y aparentemente suave. Sobre sus caderas redondeadas descansaba un cinturón adornado con balas. Aquella postura también le daba una visión bastante provocativa de sus pechos elevándose erguidos contra la tela fina de la camisa.

Sí, aquella niña mimada era una auténtica pesadilla cuando uno pretendía hablar con ella; estirada, creída y desconsiderada, pero una verdadera delicia mirarla. En su vida jamás había conocido una mujer con semejante belleza: salvaje y refinada al mismo tiempo. Su mirada oscura y su increíble melena negra que le caía lisa hasta el final de la espalda, eran el resultado de su herencia genética Kickapoo. Pony era indoamericana, y su hija había heredado esas facciones exóticas de aspecto salvaje que magnetizaban a cualquier hombre que posase la mirada sobre ella. Pero también poseía una gracia gatuna al moverse que recordaba a una chica fina y exquisitamente educada. Jake sabía que eso solo era una fachada y que Casey tenía más de salvaje que de cualquier otra cosa. Él había visto el fuego en su mirada cada vez que se cruzaban. No la soportaba, y ella a él tampoco, lo que facilitaba mucho el trabajo en el rancho, porque ambos se evitaban prefiriendo no cruzar sus caminos. Aun así, no podían evitar momentos como aquel, de convivencia familiar, en los que tenían que verse, pero al menos ante Pony lo llevaban de la forma más educada posible.

—Voy a hacer una llamada mientras reposa la masa —dijo la señora Connor, saliendo de la cocina mientras se limpiaba las manos con un trapo.

Unos minutos después, Casey rompió el silencio entre los dos.

—¿Vas a ayudarme o prefieres seguir mirando? —preguntó ella, dedicándole una mirada furiosa.

—No hay nada que desee mirar —contestó él, ladeando la cabeza con la misma expresión inocente que le había dedicado a Pony minutos antes.

Aquel comentario encendió aún más los ojos de Casey. «Es tan previsible», pensó. «Enfadarla es tan sencillo como atizar el fuego de una hoguera».

Casey colocó una de sus manos en la cadera y lo obsequió con una sonrisa tan fría que provocaba el mismo efecto que una bofetada.

—Me alegro de que pienses así, porque aquí no hay nada que esté a tu alcance —dijo ella, señalándose de arriba abajo con gesto altivo.

Jake apretó los labios y entonces los de ella transformaron la sonrisa fría en una de plena satisfacción. Casey disfrutaba humillándolo, haciéndolo sentir inferior. Ya le había dejado claro más de una vez que, para ella, él solo era el capataz, un trabajador más a su cargo, y como tal no merecía consideración

alguna. En ese momento, Jake sintió ganas de estrangularla, así que decidió marcharse.

—¡Que tengas un buen día, princesa! —se despidió, colocándose el sombrero y saliendo por la puerta.

Casey se quedó allí, con el tarro de confitura en la mano, mirando la puerta que se cerraba frente a ella. ¿Cuántas veces había deseado que él la llamara así? Pero la forma en la que Jake le tiraba las palabras, como un lanzador de cuchillos, revelaba sus intenciones. Aquel «princesa» era un insulto. Se lo escupía cada dos por tres para hacerla sentir rastrera, y lo odiaba por eso. En realidad no lo hacía, pero ojalá fuera así. Su vida sería más sencilla.

—¿Y Jake? —preguntó su madre en cuanto regresó a la cocina.

—Se acaba de marchar.

—¡Vaya! Quería pedirle unas cosas. ¿Le has dicho lo de la cena de esta noche? —insistió su madre, ajena al torbellino de emociones que la atormentaban cada vez que se cruzaba con él.

—La cena... no. Pensaba que se lo habrías dicho tú.

Casey llevaba toda la semana pensando en aquella cena. Una parte de ella se alegraba de no poder poner excusas para no asistir, su madre la habría matado solo por intentarlo. Caleb y ella apreciaban verdaderamente a ese hombre. Pero después de aquel pequeño encuentro, no sabía cómo iba a sobrevivir estando sentada a la misma mesa que él durante horas, mantener la compostura y ocultar lo que sentía por él sin que la perspicaz de su madre se diera cuenta. Prefería que sus sentimientos por Jake permanecieran en el anonimato; de lo contrario sería el hazmerreír del rancho. Todo el mundo sabía que él no la soportaba. Solo él se atrevía a hablarle de esa forma tan despectiva.

—Tendrás que ir a decírselo. Caleb y él van a salir a dar una vuelta por el rancho, tenían que hacer unas reparaciones.

—¿Y por qué tengo que ir yo a decírselo? ¡Qué lo haga Caleb ya que va a estar con él! —protestó Casey, que no estaba dispuesta a salir corriendo detrás de Jake.

—Pues porque no he avisado a tu hermano, y de veras, señorita Casey Connor, cada día te comportas más como una niña. No entiendo por qué tienes que poner tantas pegas para cumplir un recado tan sencillo, ni que tuvieras algo mejor que hacer... —le dijo Pony reprobatoriamente.

—¿Ves? ¡Ahí radica el problema, mamá! —comenzó a quejarse Casey—. Todo el mundo piensa que la pequeña Casey no tiene nada que hacer, y que por eso tengo que estar siempre dispuesta a hacer recados como si tuviera aun diez años, y no es así ¡Yo tengo mis intereses! ¡Mi vida! —exclamó, sorprendiéndose a sí misma con aquel discurso.

Había intentado evitar que su madre le siguiese preguntando por qué no quería ir a hablar con Jake, y se le ocurrió la tontería de que la mejor defensa era un ataque. Y era una tontería porque, hablando con su madre, jamás se saldría con la suya.

—Por favor, cuéntame tus planes —se interesó Pony, dejando sobre la encimera las varillas y el cuenco para prestarle toda su atención. Esto era lo último que Casey quería.

Pony levantó los brazos en dirección a su hija, instándola a que hablara.

—Pues, unos planes, mamá, tampoco es necesario que los comentemos ahora —dijo ella, dándose la vuelta con la excusa de coger un pedazo de tarta y así evitar la mirada inquisitiva de su madre.

—No tengo nada mejor que hacer, menos cuando alguno de mis hijos cree que estoy siendo desconsiderada con él. Me preocupan tus cosas, así que me gustaría que me contaras. ¿Qué es eso tan importante para ti como para no poder ir un momento a decir a Jake que hemos preparado una cena para él esta noche?

Dios mío, su madre era buena. Demasiado, en realidad. Estaba convencida de que estaba siendo desaprovechada en aquel rancho. Era la mejor interrogadora del mundo. Sabía qué teclas tocar para que te sintieras culpable y pensaras que hablar era lo mejor que podías hacer, que de hecho era lo que querías hacer. Pero ella no quería. Y no tenía una excusa lo suficientemente buena como para no poder hacer aquel recado tonto. Tenía que haber cerrado la puñetera boca y haber ido a hablar con aquel estúpido que no hacía más que traerle problemas.

—¿Y bien, cariño? Me preocupan tus inquietudes, pero no tengo todo el día —apremió su madre.

—Bien, está bien. No tengo nada tan importante que hacer que pueda impedirme ir a decirle a Jake lo de la cena, ¿de acuerdo? Ahora mismo voy —se rindió, dirigiéndose a la puerta a regañadientes.

Reconocer aquello era más sencillo que inventar una excusa que la mantendría sentada en la mesa de la cocina, con su madre, durante horas, en las que esta intentaría que su hija se desahogase sobre las cosas que le preocupaban.

—Bien, pues corre, por favor. No quiero que haga planes y al final se pierda su propia celebración de cumpleaños.

—Sí, mamá —contestó mientras salía por la puerta.

Odiaba a Jake, lo odiaba a muerte por conseguir convertirla en una boba loca que andaba por ahí con repentinos cambios de humor, mintiendo a su madre e incluso a ella misma, que se pasaba la mitad del tiempo buscando excusas para verle y la otra mitad para evitarle. Cuando lo tenía cerca, la cabeza le daba vueltas y el corazón le latía tan rápido que pareciera el de un pura sangre al galope. En ocasiones le había faltado el aire y había conseguido hasta temblar. Se

sentía insegura y sin ningún control sobre ella misma. Y cuando estaba lejos de él o cuando llevaba más de dos días sin verlo, se ponía triste y ñoña, susceptible y enganchada. Necesitaba verle, aunque fuese desde lejos, y eso la hacía sentir patética; por aquello también lo odiaba.

Se acercó a los establos segura de que allí lo encontraría preparando su caballo, pero cuando estaba a punto de entrar lo oyó hablar con alguien. El tono seductor que dedicaba a su interlocutor la hizo pararse en seco y prestar atención.

—Ya sabes, preciosa... Que sí, cómo no voy a tener ganas de verte, por eso te llamo... Es que he tenido mucho trabajo, pero esta noche podría compensarte por lo de la semana pasada.

Casey escuchó la risa de Jake, juguetona y sexy, y sintió cómo le hervía la sangre en las venas. Estaría hablando con alguna fresca con la que quería quedar para aquella noche.

—Tú ya sabes cómo... ¡Ah! ¿Sí?... Mmmm... Seguro que eso me va a gustar.

Se estaba poniendo enferma, no podía soportarlo más. Quería pisotearlo allí mismo.

—¡Ujum! —tosió a su espalda. Pero él ni se inmutó.

¿Así de grande era su desfachatez para no terminar con aquella conversación aun estando en su presencia? Pensó.

—¡Ujum! —volvió a toser con más fuerza. Jake se giró lentamente sin soltar el auricular.

—¿Querías algo? —le preguntó, tapando el altavoz para que la mujer con la que hablaba no la oyera.

—Sí, ¡que dejes tus conversaciones privadas para cuando no estés trabajando! —le ordenó.

Jake elevó una ceja aparentemente divertido con la actitud de ella.

—Tú no eres quién para decirme cuando puedo hablar y cuando no —contestó sin dejar el aparato.

—Yo puedo ordenarte lo que me plazca. Te olvidas de que trabajas para mí, ¡capataz! ¿O se te olvida tu cargo?

—No se me olvida, princesa. ¿Y qué es lo que desea su alteza que ha venido hasta aquí a buscarme? —le dijo él con una sonrisa burlona.

—¡Yo no deseo nada de ti! —mintió—. Me ha mandado mi madre.

Jake la observó cruzarse de brazos y tamborilear la puntera de su bota de pitón contra la tierra como si estuviese siguiendo el ritmo de una canción, y supo que no lo iba a dejar tranquilo.

—Preciosa, tengo que cortar —comenzó a decirle a la chica que tenía al teléfono—. No se deben tener conversaciones de adultos en presencia de los niños —continuó riendo. No le hizo falta mirar a Casey para saber que la había

puesto realmente furiosa—. Un beso, preciosa. Hasta esta noche —terminó y colgó, dirigiéndose a Casey.

—Vas a tener que llamar a esa fresca con la que hablabas y cancelar la cita —le dijo con una mirada rabiosa.

—Es la segunda vez en esta conversación que te confundes creyendo que puedes decirme lo que puedo o no hacer, princesa —contestó acercándose a ella y deteniéndose a pocos pasos.

—¡A mí me da igual lo que tú hagas! —volvió a mentir—. Pero mi madre me envía para que te diga que ha preparado una cena en tu honor esta noche, para celebrar tu cumpleaños.

Casey apretó los dientes.

Era evidente que la chica no estaba conforme con el hecho de que le organizaran una cena de cumpleaños a un capataz. O tal vez solo se tratase de que era él el capataz en cuestión. De cualquier manera, el hecho de hacerla enfadar era siempre un placer y un motivo de diversión para Jake.

—¡Pony es una gran mujer! Es una pena que no hayas heredado nada de ella. Dile a tu madre que estaré encantado de asistir a esa cena. Puedo ir al bar después.

Jake le notificó sus planes y se marchó, pasando por su lado como si ella no tuviese nada más que decir.

¡Lo odiaba! ¡Lo odiaba a muerte! Le invadió la rabia por aquella conversación, por la forma que tenía él de tratarla. Porque hubiese quedado con aquella fresca esa noche y por saber que era completamente invisible para él como mujer.

Todo aquello le colocó un nudo en la garganta que no la dejaba respirar. Lo sentía ahí, asfixiándola hasta querer romper su dolor en un llanto impotente. Tenía que salir de allí. La sangre caliente hervía al recorrer sus venas en un torbellino impaciente que hacía latir cada célula de su cuerpo hasta llegar al punto en el que los latidos de su corazón lo llenaban todo, como un zumbido sordo que transformaba en neblina lo que se ponía a su paso. Tenía que correr y perderse un rato. Solía hacerlo por la noche, cuando la oscuridad le regalaba la intimidad que necesitaba y los seres nocturnos eran los únicos testigos de su otro yo, de su naturaleza salvaje.

Pero no podía esperar.

Se quitó toda la ropa en uno de los establos vacíos, la dobló y escondió entre unas balas de heno. Se asomó y comprobó con cautela que nadie podía verla. Allí mismo se transformó en una preciosa loba de color gris y ojos ambarinos. Los caballos comenzaron a alterarse y golpear los establos, endiablados, por lo que, sin esperar, salió por la puerta trasera del establo y fue

en busca de su ansiada libertad.

Al abrir la puerta de su nuevo hogar, lo primero que tuvo que hacer fue contener la respiración. El aire era tan espeso, cargado de partículas de polvo y olores intensos entremezclados, como el de la madera y la humedad, que sintió por unos segundos que faltaba el oxígeno y se mareó. Unos momentos apoyada en el marco de la puerta con los ojos cerrados le permitieron estabilizarse y continuar con la inspección.

Lo primero fue abrir la ventana que había junto a la puerta y que, tras rendirse a la insistencia con los pestillos oxidados que mantenían cerrada la contraventana, dejó entrar un torrente de la luz dorada del exterior que bañó todo el recibidor, despertándolo abruptamente de su prolongado letargo.

El aire que entró, aunque demasiado cálido para ella, le regaló un renovado ambiente que hizo su respiración más ligera y llevadera. Fue entonces cuando se fijó en la escalera que comunicaba con la planta de arriba; toda de madera, escalones, paredes y una preciosa barandilla lo suficientemente ancha como para intentar deslizarse y bajar por ella. Pasó una mano por la superficie llena de polvo de aquella pieza exquisitamente tallada y pudo imaginar a su marido de niño bajando desde el piso superior.

La imagen le dibujó una tierna sonrisa en los labios. Cerró los ojos intentando guardar el momento. Con el paso de los días había llegado a temer que las imágenes de James se borrasen de su mente. Las necesitaba, aún más que el aire que respiraba. Decidió seguir la inspección antes de que el llanto se lo impidiera.

Después de la muerte de James no había conseguido soltar una sola lágrima, hasta el día que tomó la decisión de marcharse. Y, desde entonces, no había hecho otra cosa más que llorar. Cualquier pequeño detalle que la removiese por dentro hacía que rompiese en un llanto profundo y desconsolado que duraba hasta que su cuerpo, dolorido y cansado, se rendía al sueño. En aquel momento no podía dejarse llevar por semejante abandono, por lo que se dirigió a la puerta que tenía a la derecha.

Primero encontró un pequeño aseo y después se topó con el salón: una habitación amplia e imaginaba que luminosa, por los dos grandes ventanales que veía en frente y a la derecha. La pared izquierda estaba presidida por una bonita

chimenea de piedra sobre la que descansaba una sencilla repisa. Estaba completamente vacío. Abrió los grandes ventanales para que la estancia se llenase de la luz que necesitaba para inspeccionar mejor paredes y techos en busca de desperfectos que necesitasen reparación.

Al otro lado del recibidor, la cocina mostraba el mismo estado de desolación. Una fila de muebles bajos con un pequeño fregadero era todo lo que había allí. Al inspeccionar el escaso mobiliario se dio cuenta de que había que tirarlos todos. La carcoma se había dado un festín con ellos. Tenía que montar una cocina completa allí, pero a su juicio tenía grandes posibilidades. La distribución cuadrada y el gran ventanal junto con la puerta, que dirigía a un bonito porche trasero, la hacían alegre y acogedora. Cuando terminase con ella no tendría nada que envidiar a la completa cocina que disponía en Chicago.

En la planta superior descubrió tres habitaciones. Las dos primeras de igual tamaño y forma cuadrada, y otra al final del pasillo, un poco mayor junto al baño. Esta tenía tan solo una pequeña cama individual y una bonita puerta de madera con doble hoja que daba a un balcón de apenas unos dos metros de ancho por tres de largo.

Se enamoró inmediatamente de aquella casa luminosa y espaciosa, completamente forrada de madera: paredes, techos, suelo... Era como estar en el interior de un gran árbol. Enseguida pudo imaginarse viviendo allí con su bebé, como si fueran los pequeños habitantes de una casa de muñecas con colchas floreadas, visillos de encaje en las ventanas y muebles macizos y robustos.

Necesitaba ayuda, eso sí, y de manera urgente, porque las reformas y arreglos que precisaba aquella casa iban a ser mayores de lo que había imaginado.

Lo primero era visitar el pueblo y comenzar a aprovisionarse de todo lo requerido. La cama del dormitorio principal le daba la posibilidad de pasar la noche allí, pero necesitaba artículos de limpieza, comestibles y mano de obra y materiales para la reforma. Tenía mucho trabajo por delante y estaba deseosa de comenzar.

Al entrar en Broderick e hijo, se sintió como un hombre en una mercería: completamente perdida. Enormes filas de estanterías de metal formaban el entramado de pasillos que exhibían todo tipo de herramientas y utensilios extraños que jamás había imaginado que existiesen, y cuya utilidad era un enigma para ella. Pasó unos segundos mirando a su alrededor, como si con aquel ademán pudiese familiarizarme con la mercancía y así empezar a pensar que sabía lo que estaba haciendo. Después se rindió, y decidió por fin aproximarse al mostrador. Un hombre de mediana edad y calva reluciente se acercó enseguida con gesto

amable.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —le preguntó mientras estiraba de uno de los tirantes que sujetaban sus pantalones vaqueros.

—Bien... Pues, no sabría decirle... Necesito muchas cosas, pero no sé por dónde empezar —contestó un poco perdida.

Nunca había tenido que hacer la reforma de una casa, sabía qué quería reparar, pero no cómo hacerlo ni cuáles eran los mejores materiales para la tarea. Estaba segura de que aquel hombre pensaría que era tonta del bote, pero al mirarlo a los ojos solo vio curiosidad.

—¿Usted no es de por aquí, verdad? —le preguntó mientras agarraba sus dos tirantes y metía una barriga inexistente.

—No, señor. Me llamo Allison —se presentó—. Acabo de mudarme.

—Yo soy Broderick, el dueño de esta ferretería —dijo el hombre, ofreciéndole la mano y una pequeña y casi imperceptible sonrisa.

Allison estrechó la mano de aquel hombre, de palmas grandes y ásperas, con un rápido apretón.

—Encantada.

—Y dígame, señora, ¿cuál es su problema?

—Pues... como le decía, acabo de mudarme. Tengo que hacer bastantes arreglos en la casa y me preguntaba si usted podía recomendarme a alguien para el trabajo.

—Claro, ha venido usted al lugar indicado —contestó el hombre ampliando la sonrisa—. ¡Junior! —gritó este por encima de su hombro en dirección a la trastienda.

—¿Qué? —dijo una voz desde la parte de atrás.

—¡Ven! ¡Aquí hay una señora que necesita tu ayuda!

—¡Voy! ¡Un momento!

—Junior es mi hijo. Además de ayudarme en la ferretería hace arreglos y chapuzas en las casas de la zona. Tiene buena mano con la madera y la pintura, seguro que podrá ayudarla.

—Eso sería estupendo —dijo aliviada.

No podía creer que al primer intento hubiese conseguido quien le hiciese la reforma. Estas cosas en Chicago no pasaban.

—Ya estoy aquí. —Tras el señor Broderick apareció una versión más joven pero tremendamente parecida a él. Incluso llevaba el mismo tipo de vaqueros con tirantes.

Los dos hombres tenían una complexión media, eran ligeramente desgarbados y de espalda ancha, solo que el hijo debía medir unos diez centímetros más que el padre y mostraba una abundante mata de pelo rubio donde

su progenitor lucía una espléndida calva.

—La señora acaba de mudarse y está buscando a alguien que le haga los arreglos de la casa.

—¡Claro! ¿Qué tipo de arreglos? —le preguntó el joven, que debía tener unos veintitantos años.

—Pues, la verdad es que son muchas cosas... Necesito pintar la casa entera por fuera y por dentro, arreglar algunas maderas en las ventanas, la valla, puertas... También hay que cambiar la cocina por completo, revisar la instalación eléctrica y seguro que habrá más cosas por hacer, eso es todo lo que he visto por encima. Quizás sea mucho trabajo para una sola persona, porque la verdad es que me urge que esa casa esté habitable. Ya me he instalado.

—Bueno, no se preocupe por eso. Mis primos, José y Antonio, pueden ayudarme si es necesario. Habría que ver el estado de la casa primero.

—¡Estupendo! Sin problema.

—Si le viene bien, Junior podría acercarse por su casa a eso de las cuatro y le echa un vistazo —dijo el señor Broderick.

Allison calculó rápidamente el tiempo que necesitaba para hacer el resto de las compras imprescindibles para aquel día y pensó que incluso podría darle tiempo a buscar un sitio donde comer algo.

—Perfecto, le escribo la dirección y lo espero a las cuatro.

Sacó la libreta de notas y la apuntó. Después entregó el papel al joven Junior, que lo tomó con una gran sonrisa. Parecía encantado de que lo hubiesen contratado para un nuevo trabajo.

—¿Esa no es la vieja casa Connor? —preguntó el señor Broderick, sorprendido, mientras tomaba la nota de manos de su hijo.

—Sí, lo es. —Allison bajó la mirada. Era evidente que en ese pueblo todo el mundo se conocía y que su llegada no pasaría desapercibida. Se preguntaba cuánto tardaría la familia de James en descubrir que había llegado al pueblo. No es que pretendiese esconderse de ellos; al contrario, había ido para conocerlos y que formasen parte de la vida de su hijo. Pero necesitaba un poco de tiempo para instalarse y pensar cómo iba a afrontar el encuentro—. Si me disculpan, acabo de llegar al pueblo y antes de las cuatro tengo aún algunas compras que hacer —explicó mientras se dirigía a la salida—. Una cosa más, ¿podrían decirme dónde puedo aprovisionarme de víveres y artículos de limpieza? —preguntó ya junto a la puerta.

—Sí, claro, a unos cincuenta metros bajando la calle está la tienda de Sally. Allí encontrará todo lo que necesita.

—Estupendo, muchas gracias. Lo espero a las cuatro, Junior. Ha sido un placer conocerlo, señor Broderick —se despidió antes de salir de la tienda y

topándose de nuevo con el calor sofocante de las calles de Brownsville.

Una vez fuera, tuvo que entrecerrar los ojos hasta que se habituó otra vez a la luz del exterior. El sol brillaba radiante en lo más alto del cielo y la temperatura subía por momentos.

Comenzó a bajar con apremio la calle en la dirección que le había indicado el señor Broderick, rezando para que el establecimiento que le habían indicado estuviese equipado con aire acondicionado. No había previsto semejante subida de temperatura, y como el viaje había sido tan agradable gracias a la climatización del coche, se había vestido con ropa cómoda pero no lo suficientemente fresca: unos pantalones camel de corte recto y un suéter de hilo fino con manga tres cuartos en crudo, zapatos de tacón y bolso marrón.

Observó a las personas que se cruzaban con ella. La indumentaria generalizada en los hombres era de vaqueros y camisa o camiseta de manga corta; y en las mujeres, vestidos y pantalones en telas finas mucho más frescas que las que ella llevaba.

Empezó a arrepentirse de no haber cogido el coche aunque fuese un trayecto tan corto. Cada vez le resultaba más difícil respirar.

Podía ver el calor que emanaba del suelo. Apenas le quedaban unos metros para llegar hasta la puerta, ya podía ver el letrero de madera que pendía de la fachada. «Sally Monroe, comestibles y mucho más» era lo que podía leer en aquel cartel, escrito en letra cursiva. Unas guirnaldas de flores pintadas en color violeta y verde encuadraban las letras, dándole un aspecto romántico y algo nostálgico. Le gustó.

De repente, las flores del letrero comenzaron a moverse, a bailar lentamente por el filo del cartel. Parecía que fueran a desbordarse y caer en la acera, a sus pies. Después, comenzaron a danzar también las letras, que se desdibujaban ante sus ojos como si se derritiesen, al igual que ella, por el calor. No conseguía mantener la mirada ni que todo dejase de girar, así que intentó encontrar un punto de apoyo con la mano derecha mientras su palma izquierda reposaba sobre la frente, empapada de sudor. La tierra se abrió bajo sus pies y cayó.

Y entonces sintió qué levitaba. Una campanilla tintineó en su mente y una bofetada de aire fresco le erizó la piel, aún en plena oscuridad. A continuación escuchó murmullos y sonidos confusos, pasos que corrían de un lado a otro, caos... Pero se sentía segura. Una masa cálida y firme la mantenía a salvo. El olor de un *aftershave* mezcla de sándalo y madera se abrió paso en su mente, inundándola de imágenes sensuales. Gimió suavemente.

—¿Qué ha pasado? —escuchó en la lejanía que decía una mujer.

—Se ha desmayado en la calle —contestó una voz masculina. Con aquel tono grave y profundo, la masa que la sostenía vibró bajo su cuerpo.

—¡Pobrecita! Le habrá dado un golpe de calor, estamos teniendo uno de los días más calurosos del verano —continuó la chica.

—A mí lo que me parece es que esta señorita de ciudad no parece haberse dado cuenta de que está en Texas. ¡Mira cómo va vestida! —la criticó el hombre en tono despectivo.

Intentó abrir los ojos ante semejante comentario, pero sus párpados parecían de acero inquebrantable.

—¿Dónde puedo dejarla? —prosiguió el hombre.

—¡Ay! Sí, perdona Caleb. Déjala en la mecedora. Iré a por un paño mojado para ponérselo en la frente —oyó que decía la mujer mientras se alejaba.

Sintió cómo la depositaban sobre una superficie dura y no pudo evitar emitir una pequeña protesta. Aquel aroma turbador también se alejó de ella junto con la calidez del cuerpo que la había sujetado. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos nuevamente y la silueta de un hombre increíblemente grande inclinado sobre ella lo ocupó todo. Volvió a cerrar los ojos intentando incorporarse, pero entonces la voz femenina volvió para ponerle el paño húmedo en la frente.

—No se levante aún, será mejor que descanse un poco más. Con esto se sentirá mejor —le dijo mientras le colocaba el paño.

—Yo tengo que marcharme, ¿te ocupas de ella? —dijo el hombre.

—Sí, no te preocupes, Caleb. Yo la atiendo.

—Perfecto —contestó él.

Supo que se había marchado cuando volvió a escuchar las campanillas de la puerta.

—Voy a traerle un vaso con agua fresca, también le ayudará —se ofreció la mujer.

Allison aprovechó el momento para intentar incorporarse y abrir los ojos. Poco a poco las imágenes de la tienda comenzaron a tomar forma ante su mirada. Estaba sentada junto a un mostrador de madera oscura que parecía muy antiguo, pero bien cuidado. Las estanterías, laminadas, se apoyaban sobre unas bonitas paredes color crema decoradas con las mismas flores que había visto en el letrero de la fachada. Era una tienda muy acogedora y decorada con evidente amor.

—¿Ya se siente mejor? —le preguntó en aquel momento una mujer joven de cabello rubio y enormes ojos azules que asomaban bajo un flequillo recto. Tenía un rostro amigable y dulce, y en ese momento le ofrecía un vaso de cristal con agua.

—Sí, mucho mejor, gracias —contestó tomándolo y dando el primer sorbo.

El agua bien fría resbaló por su garganta devolviéndole la vida. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que llevaba horas sin beber líquido. Aquello debía haber provocado su desmayo—. Gracias —repitió mientras se lo

devolvía—. No sé lo que me ha pasado, imagino que el calor...

—Sí, es sofocante. Apuesto a que podría hacer unos buenos huevos rancheros en el asfalto —comentó la mujer sin parar de sonreír mientras apoyaba ambas manos en las caderas.

Allison la miró durante unos segundos, sintiéndose incómoda con la situación. Había montado un buen numerito haciendo que tuviesen que recogerla del suelo. ¡Vaya forma de llegar al pueblo! Para colmo, el hombre que la había ayudado se había marchado sin que pudiera darle las gracias.

—Perdona, no me he presentado, soy Sally —le dijo la mujer.

—Yo soy Allison, encantada, y perdóname tú a mí por... el incidente.

—¡Oh! No te disculpes por eso, si no estás acostumbrada a este calor es fácil que te pasen estas cosas. Porque no eres de por aquí, ¿verdad? —le preguntó al tiempo que se sentaba a su lado, en un pequeño taburete.

—No, la verdad es que no. ¿Tanto se me nota? —preguntó avergonzada.

Las palabras del hombre que la había recogido seguían retumbando en su mente como un eco persistente.

—Un poco —dijo Sally encogiendo los hombros—. ¿De dónde vienes?

—De Chicago, acabo de llegar hace un par de horas.

—¡Vaya! Has hecho un largo viaje. ¿Tienes familia aquí? ¿Quieres que llame a alguien para que venga a recogerte? —se ofreció Sally, levantándose de su asiento y yendo hacia el mostrador.

—¡Oh! No te preocupes, he venido sola. Acabo de mudarme. El señor Broderick, de la ferretería, me ha dicho que aquí podría encontrar algunas cosas que necesito para instalarme.

—Por supuesto, yo te ayudaré. Sé lo difícil que puede ser llegar a un lugar nuevo cuando no tienes a nadie. Yo me mudé a este pueblo hace algo más de cinco años, y también estaba sola. Pero tuve suerte, conocí a Emma, la señora Thompson, y ella fue mi ángel de la guarda.

Sally le contó algunas cosas mientras la invitaba a recorrer la tienda y juntas hacían una lista de las cosas que Allison necesitaba. La siguiente hora y media pasó volando. Sally no solo le había vendido artículos de limpieza, higiene, alimentación, un espejo, utensilios de cocina, un par de juegos de toallas y sábanas, sino que también le facilitó una pequeña nevera que le enviaría a casa aquella misma tarde, junto con el resto de la compra. Y durante aquel rato Sally amenizó las compras contándole algunas cosas de su vida. Había llegado allí embarazada, después de que su novio camionero la hubiera dejado tirada en aquel pueblo con tan solo veinte años. Fue a comprarse algo para comer a aquella tienda con los únicos cinco dólares que llevaba encima y fue entonces cuando conoció a la señora Thompson, una viuda de sesenta años que no había tenido

hijos y poseía el establecimiento y la casa que se encontraba en la planta superior.

Cuando la señora Thompson le preguntó en qué la podía ayudar, Sally rompió a llorar. La mujer se apiadó de ella, la invitó a tomar un té y a contarle lo que le pasaba. Al escuchar su historia, le ofreció un trabajo y una habitación, y en aquel momento se convirtió en su familia, su apoyo y su amiga. Cuando la señora Thompson falleció por culpa de un cáncer un año atrás, le dejó a Sally y a su hija la tienda y la casa, y allí había decidido quedarse para siempre. Era feliz en aquel pueblo en el que todo el mundo se conocía, aunque eso también le hubiese traído algunos problemas los primeros meses después de su llegada.

—Tuve algunos problemas con la «La liga de la moral» —le dijo Sally.

—¿La liga de la moral? —preguntó sorprendida—. ¿Qué es eso?

—Una agrupación de mujeres vinculadas a la parroquia que se cree con derecho a decidir lo que es moral y lo que no en este pueblo. Al ser madre soltera tuve algunos problemas con esas señoras que intentaron tacharme de inmoral y hacerme el vacío en el pueblo. Pero hubo personas buenas que no lo consintieron. En los momentos difíciles es cuando uno se da cuenta de con quién se puede contar y con quién no, ¿sabes? Yo descubrí aquí a personas bellísimas que se convirtieron en amigas, incluso en familia, como la señora Thompson o Caleb, el hombre que te ha recogido en la calle.

—Sí, no he podido agradecerle lo que ha hecho por mí... —Sus palabras fueron interrumpidas por el saludo alborotado de una preciosa niña rubia que entró como un torbellino en la tienda y se abrazó a Sally.

—¡Mami! ¡Tengo hambre! —declaró la recién llegada.

Sally se rio mientras depositaba un tierno beso en la frente de su pequeña.

—Melania, esas no son formas. Saluda a nuestra nueva amiga, Allison.

—¡Hola! —dijo la niña medio escondida tras las piernas de su madre.

—Melania es un poco tímida al principio, pero luego se suelta y coge confianza —dijo Sally son una sonrisa amorosa hacía su hija.

—¿Sabes? A mí me pasa lo mismo.

Allison se agachó a su altura y le ofreció la mano.

—Encantada de conocerte. Tienes un nombre muy bonito.

—Gracias —dijo la pequeña saliendo un poco de su escondite mostrándole una sonrisa mellada que le convertía el rostro en la cara de un angelito travieso. Cogió su mano y la estrechó vigorosamente.

—¿Te quedas a comer con nosotras? —La pequeña soltó aquella invitación de la manera más natural y espontánea posible.

—¡Oh! No, ya he entretenido a tu mamá demasiado tiempo —se apresuró a decir, incorporándose.

—¡Menuda tontería! No me has entretenido en absoluto, y mi princesa ha

tenido una gran idea. Acostumbro a hacer demasiada comida que luego tengo que tirar. ¿Te gusta el chili? Tengo una olla llena.

—No lo he probado.

—¡Dios mío! No puedes vivir en Texas y no catar un buen chili con carne. Te quedarás a comer con nosotras, no hay más que hablar. Así podrás hablarme un poco sobre ti —propuso Sally mientras cerraba la tienda y se dirigía a la puerta que comunicaba con la planta superior.

Sally era encantadora, al igual que su preciosa hija. La trataron como si se conociesen de toda la vida, haciéndola sentir como en casa. Sally la puso al corriente sobre algunos detalles del pueblo, localizaciones y sitios donde podría encontrar materiales y mobiliario, y Allison le contó algunos detalles de su vida: el reciente fallecimiento de su marido y su oficio de escritora de novelas románticas de temática paranormal. También le relató cómo era vivir en Chicago, pero no se atrevió a explicarle los motivos que la habían llevado a tomar la decisión de mudarse allí; tan solo le dijo que necesitaba comenzar de cero. A ella le pareció razón más que suficiente y se alegró de que así fuese. No era desconfianza, sino simplemente que aún no se sentía preparada para hablar sobre el tema. Ella misma no terminaba de asimilar los acontecimientos de las últimas semanas y no sabía cómo explicar lo que sentía en aquellos momentos.

Estaba tan entretenida que cuando quiso darse cuenta habían dado ya las tres y media.

—¡Vaya! Voy a tener que marcharme. He quedado con el hijo del señor Broderick a las cuatro para que venga a ver los arreglos que hay que hacer en la casa —dijo levantándose de la mesa con pesar.

—Has hecho muy bien contratando a Junior, tiene unas manos increíbles trabajando la madera. El mostrador de la tienda me lo restauró él —apuntó Sally algo sonrojada mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Pues hizo un gran trabajo, me he fijado en él cuando estábamos abajo. Sally, muchas gracias por la comida y por todo, ha significado mucho para mí.

—No hay de qué. Si necesitas alguna cosa más, ya sabes dónde encontrarme.

A punto estaba de salir por la puerta cuando algo le impidió continuar. Un dolor intenso atravesó su estómago y le provocó un escalofrío. Sabía lo que ocurriría a continuación, así que salió corriendo en dirección al cuarto de baño. Sally, preocupada, la siguió, pero se mantuvo fuera para no incomodarla en un momento como aquel, cosa que Allison agradeció. No tardó en ver cómo todo alimento ingerido aquel día, se escapaba sin permiso. El malestar le dejó el rostro pálido y perlado por un sudor frío que la hizo sentir enferma.

—¿Allison, te encuentras bien? ¿Puedo hacer algo por ti? Seguro que me he

pasado con el picante, tú no estás acostumbrada a esta comida...

Avergonzada e intentando mantener la compostura, abrió la puerta del baño.

—No es la comida —comenzó a decirle a Sally, que estaba evidentemente preocupada—, pero... ¿podrías hacer una última cosa por mí?

—Claro.

—¿Podrías recomendarme un ginecólogo?

Si quieres conocer cómo sigue la historia de La Portadora, te invito a buscarla en Amazon. Está disponible en digital y papel.

Próximas publicaciones

Me hace muy feliz compartir con vosotras el anuncio de la próxima colección que voy a publicar. En esta ocasión me vuelco en el suspense romántico. Espero que os guste mucho y la disfrutéis tanto como yo.

La serie contendrá un total de cuatro títulos:

Lo que busco en tu piel
Lo que encuentro en tu boca
Lo que quiero de ti
Lo que tomo de ti.

Todos ellos saldrán publicados, de manera individual, en digital. Y en papel, de dos en dos, con una edición muy especial.

Ya estoy impaciente por saber vuestras opiniones.

Un besazo,
Lorraine Cocó

Fecha de publicación 13 de mayo, 2017



LORRAINE COCÓ

LO QUE
BUSCO EN
TU *Piel*

Suspense  Romántico

SOBRE LORRAINE COCÓ

Lorraine Cocó es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años.

Cartagenera de nacimiento y corazón, ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola.

En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo. Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea a la paranormal o distópica.

Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En mayo de 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos.

Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar *La Portadora* y *¡Bye bye, Love!*

En septiembre de 2015 publicó con la editorial Libros del Cristal *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica en los Premios Infinito.

En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada.

En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y el título de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor*.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

Podéis encontrarla en:

www.lorrainecoco.com

<https://www.facebook.com/groups/219104291622789/>

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Serie Amor en cadena:

Perdición Texana - HQÑ

Ríndete mi amor - HQÑ

Unidos por un ángel - HQÑ

Una boda sin fresas - HQÑ

Mi pequeña tentación - HQÑ

Gotas de chocolate y menta - HQÑ

Con la suerte en los tacones - HQÑ

Dulce como el azúcar - HQÑ

Otros libros:

Se ofrece musa a tiempo parcial - Los libros de Cristal.

Besos de mariposa - Romántica's Cocó

Series paranormales:

La Portadora - Romántica's Cocó

¡Bye bye, Love! - Romántica's Cocó

Las hermanas De'Marsi, y sus extraordinarias formas de amar - Romántica's Cocó

Colección Bocadoitos:

Hecho con amor - Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica's Cocó

Table of Contents

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[LA PORTADORA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

6

Próximas publicaciones

SOBRE LORRAINE COCÓ

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA